

PERSPECTIVAS

La Universidad de la República
en primera persona

175
AÑOS



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

PERSPECTIVAS

La Universidad de la República
en primera persona

Facundo Franco

PERSPECTIVAS

La Universidad de la República
en primera persona

Las entrevistas que se pueden leer en este libro son parte de unas más extensas en formato audiovisual que, a iniciativa de la Unidad de Comunicación de la Universidad de la República, Facundo Franco les hizo a los rectores, junto con Liroy Rodríguez y Juan Martín Xavier del Equipo Audiovisual de la UCUR en el verano montevideano de 2023-2024.

Analía Gutiérrez Porley
(diseño y diagramación de interior y tapa)

Nairí Aharonián Paraskevaídis y Victoria Zabala
(revisión de textos)

Diseño de tapas y detalles de interior sobre la base del proyecto de comunicación visual de Mateo Álvarez Orges, Lucía Antonella Grosso Melo y María Emil Saldaña Tate en el marco del trabajo interdisciplinario con estudiantes y docentes «Stand de Udelar en FILUNI 2024, México. Desarrollo de stand, sistema expositivo y elementos de comunicación», de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, coordinado por los docentes Leonardo Elizalde, Rosina Secondi y María Emil Saldaña.

© El autor y los entrevistados, 2024
© Universidad de la República, 2024

Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)
José Enrique Rodó 1866
Montevideo, CP 11200, Uruguay
Correo electrónico: <ucur@udelar.edu.uy>

<[https://udelar.edu.uy/portal/institucional/comunicacion/
ediciones-universitarias/](https://udelar.edu.uy/portal/institucional/comunicacion/ediciones-universitarias/)>

ISBN: 978-9974-0-2160-0
ISBN de este volumen: 978-9974-0-2162-4

Prólogo

La Universidad de la República celebra sus 175 años en movimiento. Conmemora su rica historia, enraizada en el proceso de construcción del Uruguay como nación, pero con la mira y la acción volcadas a los desafíos de este siglo.

Queremos poner en valor lo que nos une, al tiempo que celebrar nuestra diversidad. Hoy, más que nunca, reivindicamos este modelo de universidad pública latinoamericana: abierta, autónoma y cogobernada. Conectada con la vida política, social, cultural y económica de nuestra sociedad. Productora de conocimiento de excelencia y motor de la democratización del conocimiento superior durante toda la vida y en todo el territorio nacional. Comprometida con el desarrollo nacional, con la innovación, con la sostenibilidad ambiental, así como con la defensa de la democracia y los derechos humanos.

Esta publicación conmemorativa, impulsada desde Ediciones Universitarias y la Unidad de Comunicación de la Udelar, está organizada en tres tomos. En primer lugar, el Archivo General

de la Universidad actualiza la historia de nuestra casa de estudios hasta finales del siglo xx. Luego, desde el testimonio de los cuatro últimos rectores, se revisan las principales políticas desarrolladas por la universidad en estas décadas. Para finalizar, en un trabajo conjunto de la Dirección General de Arquitectura de la Universidad de la República y del Instituto de Historia de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, se pone en valor el rico patrimonio edilicio de nuestra universidad y su impacto en el desarrollo territorial de nuestro país.

Sea entonces este 175 aniversario una invitación para reinventar a la Universidad de la República del próximo siglo. Una universidad al servicio del país.

Rodrigo Arim

Rector
Universidad de la República

Presentación

En sus 175 años, la Universidad de la República ha sido una institución de suma relevancia para el país. Ha sido el espacio para la formación de los cuadros políticos e intelectuales durante décadas, también ha generado multitud de proyectos de investigación y extensión que han indagado y aportado al abordaje de problemas sociales, científicos, ambientales, entre otros. A su vez, ha sido —y es— un espacio que propicia la movilidad y el ascenso social, gracias a que cualquier persona puede ingresar de forma gratuita a cursar una carrera. Si bien este es un aspecto que está muy naturalizado en Uruguay, es frecuente ver la sorpresa de universitarios de otras partes del mundo, en las que familias enteras tienen que endeudarse durante años para solventar una carrera universitaria.

No sin marchas y contramarchas, a lo largo de su historia, la Universidad ha tenido distintos formatos de gobierno con participación de sus actores institucionales. Después de un intenso período de movilización de actores universitarios y externos a la universidad, la Ley Orgánica de 1958 logró consagrar la autonomía y el cogobierno, con participación de docentes, estudiantes y egresados, sin que ninguno de los tres órdenes pueda definir por sí solo las decisiones que toma la institución. En este esquema, los cargos de conducción, como los decanos y el rector, mantienen su

perfil ejecutivo y de representación de la institución, pero están siempre supeditados a las decisiones que toman los órganos colectivos, como los consejos y claustros. De hecho, quedó establecido que los decanos y rectores son electos por la propia comunidad universitaria, lo que aleja al Poder Ejecutivo de cualquier injerencia en el nombramiento de autoridades de la Universidad.

A través de entrevistas realizadas entre finales de 2023 y principios de 2024, esta publicación abordará las trayectorias vitales y académicas de cuatro rectores de la Universidad, quienes han desempeñado el cargo en distintos momentos de los últimos veinticinco años: Rafael Guarga, entre 1998 y 2006; Rodrigo Arocena, de 2006 a 2014; Roberto Markarian, desde 2014 hasta 2018, y Rodrigo Arim, desde 2018 hasta la actualidad. De esa forma, se puede apreciar de qué manera sus trayectos universitarios, que están marcados por el sentido de pertenencia y de responsabilidad hacia la institución desde la etapa estudiantil, fue moldeando la vocación de servicio hasta llegar al rectorado.

Una vez en el cargo, los rectores tienen sus respectivos proyectos e improntas personales, lo que hace que tengan una incidencia central en la agenda de temas que se maneja en los organismos centrales de la institución. De su capacidad de convencer y entusiasmar al resto de los colectivos que

forman parte del cogobierno dependerá su concreción. En las entrevistas, los rectores cuentan qué los llevó a aceptar la candidatura cuando les fue propuesta, lo que permite revivir el estado de las cosas en la Universidad en cada campaña rectoral. Incluso, ello muestra algunas diferencias entre los proyectos y las improntas de cada uno, que, lógicamente, en el momento de cada campaña electoral se vivieron de manera mucho más marcada.

No obstante, las diferencias entre personas y colectivos no tapan los puntos comunes, que son los que permiten acumular de manera institucional en el mediano y largo plazo. En las entrevistas, todos los rectores son capaces de reconocer aportes a la Universidad que ocurrieron en los distintos períodos rectorales. Ello no quiere decir que las líneas impulsadas en su momento se queden estáticas e incambiadas. Por el contrario, se puede hablar de políticas de la Universidad que en cada rectorado son rediscutidas en función de las necesidades del momento y de la visión a futuro de los actores del cogobierno. Pero también hay lugar para pensar en nuevas líneas de política, algo que, con distintos énfasis, cada rectorado también se propuso.

Tres de los rectores entrevistados fueron estudiantes de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de la República en la década del sesenta del siglo xx e incluso compartieron militancia en su centro de estudiantes. Por lo tanto, su formación académica estuvo marcada por referentes de la Universidad y de la vida científica nacional, como el exrector Óscar Maggiolo, el matemático Rafael Laguardia y José Luis Massera, entre otros. En paralelo, la época también estuvo

marcada por los crecientes enfrentamientos entre el movimiento estudiantil y el gobierno de Jorge Pacheco Areco, que fue endureciendo la represión a las protestas hasta que, en 1968, las fuerzas policiales comenzaron a matar a los primeros estudiantes.

Markarian fue apresado y torturado y Guarga se tuvo que exiliar, misma decisión que tomó Arocena después de ser liberado de la prisión. Sus experiencias durante esos años simbolizan la gran pérdida de valor académico que vivió la Universidad de la República durante la última dictadura. Desde la docencia universitaria y con la reapertura democrática, los tres fueron actores importantes de la reconstrucción de todo lo perdido durante los años de autoritarismo y la generación de nuevos espacios científicos y académicos.

Esa época fue el escenario para el ingreso de Arim a la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, en 1990. En sus años como estudiante militó en el centro de estudiantes, en un momento en el que también hubo varios conflictos con el Gobierno de turno, sobre todo por motivos presupuestales. Solo un par de décadas después, Arim se convertiría en uno de los decanos más jóvenes desde la recuperación democrática y desde allí impulsaría varias reformas en el centro de estudios.

Sin estar exento de conflictos y diferencias, desde 2007 el vínculo de la Universidad con los gobiernos de turno comenzó a vivir otra etapa, que estuvo marcada por una mejora en el presupuesto del organismo. Además del aumento de los siempre sumergidos salarios en la institución, ello fue clave para la sostenibilidad de nuevos

proyectos, como la profundización del desarrollo de la Universidad en el interior.

Como queda claro en las entrevistas, la preocupación de los entrevistados por el desarrollo de la Universidad de la República —y, en definitiva, el desarrollo del país— no se agota en los

años que ocuparon el Rectorado, como ocurre con tantos universitarios. La invitación de esta publicación es a leer, en primera persona, de qué forma los rectores viven y vivieron el desarrollo de una responsabilidad clave para el Uruguay y su independencia científica y económica.

RAFAEL GUARGA

«Hicimos un esfuerzo particularmente intenso en desarrollar el vínculo de las capacidades creativas de la Universidad con la producción nacional»





Desde su ingreso a la Facultad de Ingeniería, en 1959, Rafael Guarga se enamoró de la vida universitaria. Además de las bases para su desarrollo profesional, en el entonces Centro de Estudiantes de Ingeniería y Agrimensura encontró un espacio para incidir en la Facultad y la sociedad.

Ingresó a esa facultad en un momento en el que era gobernada por sectores conservadores, que, entre otras cosas, se oponían a la implementación de la Ley Orgánica, aprobada un año antes en el marco de importantes movilizaciones populares. Los estudiantes, que reclamaban la importancia que la nueva norma les daba, encontraron como aliados a algunos docentes progresistas importantes, como Rafael Laguardia, José Luis Massera y Óscar Maggiolo. La determinación por cambiar las cosas los llevó a plantear la situación ante el Consejo Directivo Central (CDC) de la Universidad que, al final, definió intervenir la Facultad de Ingeniería. En el ámbito académico, Guarga fue discípulo de Maggiolo, quien le enseñó a investigar y lo impulsó a publicar sus primeros artículos científicos, según recuerda.

Al igual que tantos otros universitarios, Guarga fue expulsado de la Universidad luego de que fuera intervenida por la dictadura civil-militar que sufrió el país entre 1973 y 1985. En ese momento, encontró trabajo en el sector privado, pero, al poco tiempo, en 1976, la situación no dio para más y tuvo que asilarse en la Embajada de

México, país en el que se exilió. Allí continuó con su carrera académica y profesional y también tuvo un papel protagónico en el colectivo de uruguayos exiliados.

En el retorno al país, una vez que se logró la recuperación democrática, ocupó un papel importante en la reconstrucción de espacios académicos en la Facultad de Ingeniería, donde, por ejemplo, fundó el Instituto de Mecánica de los Fluidos e Ingeniería Ambiental. Poco después, se encontró con el mandato de ser decano de la Facultad y, de nuevo, sin buscarlo demasiado, en 1998 se terminó candidateando al Rectorado de la Universidad de la República.

Más allá de su interés en continuar con su vida académica y profesional, en cuyo marco desarrolló algunos inventos y proyectos particularmente novedosos, primó su sentido de responsabilidad y priorizó la continuidad de las líneas que venía impulsando Jorge Brovetto, su antecesor en el cargo. En particular, Guarga estaba preocupado por el vínculo de la Universidad de la República y el sector productivo, del que se ocupó en especial en sus rectorados.

De esa forma, pudo llevar a la práctica lo que había aprendido de los grandes intelectuales que tuvo como docentes en su facultad: el país no dará el salto al desarrollo sin robustecer y desarrollar significativamente su aparato productivo, de forma de agregar valor en los procesos.

¿Qué incidencia tuvo su familia en que entrara a estudiar a la Universidad?

Nosotros provenimos de una familia de capa media donde no había egresados de la Universidad y, por tanto, la aspiración de los padres que se nos contagiaba a los hijos era ingresar a la Universidad y recibirse, ser profesional. Esta era la aspiración máxima de nuestros padres, y, cuando finalizamos el liceo —hicimos lo que antes se llamaban *preparatorios*—, ingresamos a la Facultad de Ingeniería.

¿Cómo era ser estudiante universitario en su época?

Ingresamos en 1959. La generación que entró ese año eran unos ochenta o noventa estudiantes. Venían muy pocos del interior; en general, eran de la capital. Al poco de transitar el año, quedaban unos cuantos menos. Ingresé en este edificio de la Facultad de Ingeniería..., era un descubrimiento, no había universitarios en la familia. Diría que un descubrimiento fascinante, porque teníamos docentes particularmente destacados, como José Luis Massera, en Análisis Matemático I, con unas clases sorprendentes por su precisión y claridad. Yo me enamoré de la Facultad con rapidez, me pareció que era un lugar de gente culta, inteligente y atenta a los problemas de la sociedad. Una vez que ingresé, me quedé enamorado de la vida universitaria.

José Luis Massera fue un destacado ingeniero y matemático uruguayo. Junto con Rafael Laguardia, fundaron el Instituto de Matemática y Estadística de la Facultad de Ingeniería. Sus aportes de investigación en el área de ecuaciones diferenciales le valieron distinciones. Entre ellas, fue nombrado doctor *honoris causa* en diez universidades, incluyendo a la Universidad de la República. En el ámbito político, fue integrante activo del Partido Comunista de Uruguay, motivo por el que fue detenido y torturado durante la última dictadura en el país.

¿Cómo recuerda el trayecto previo en la educación secundaria?

La etapa previa también la viví con alegría, la alegría de los adolescentes que descubríamos el amor, por ejemplo, y, entre otros descubrimientos, estuvo el de la ciencia. Viví la apertura a un mundo que yo desconocía con Física, en tercer año de liceo, que fue cuando empecé con esa asignatura. Me pareció un mundo maravilloso. De adolescente yo era un gran lector, ya había leído a buena parte de Mark Twain en la colección Robin Hood, una colección con una buena recopilación de buena literatura del mundo. Para mí, el contacto con la cultura y, en particular, con la ciencia, siempre fue algo muy emocionante y atrapante; construía pequeños telescopios y ese tipo de cosas, en la medida de las habilidades y la economía del hogar, que no era muy brillante, lo permitían.

Ingresó a la Facultad de Ingeniería en 1959, un año después de la aprobación de la Ley Orgánica. ¿Cómo fue su llegada al centro de estudiantes?

Yo me vinculé rápidamente al centro de estudiantes de la Facultad, que se llamaba CEIA, Centro de Estudiantes de Ingeniería y Agrimensura. Ahora la Agrimensura es una rama de la ingeniería, pero en ese momento era otra cosa, que se enseñaba también en Ingeniería. Conocimos a personalidades como don Rafael Laguardia, director del Instituto de Matemática, y el ingeniero Massera, de trayectoria pública conocida. Fueron las primeras personas atractivas que conocimos en la Facultad. Luego conocimos a otros, en particular, el ingeniero Maggiolo, de quien fui discípulo.

¿Qué significó la militancia en su trayectoria estudiantil?

El Centro de Estudiantes fue otra ventana al mundo. En tercer año fui electo secretario general del CEIA y, desde el comienzo, me interesó mucho la vida gremial, porque era una apertura al mundo que yo desconocía. Mis padres no eran activos ni política ni sindicalmente. Pasé a ser secretario general porque desde el comienzo había tenido una actividad muy interesada en la vida gremial.

¿Había sintonía con los docentes y el decanato?

En la Facultad de Ingeniería se vivió una situación compleja, en el sentido de que las autoridades, el decano y la gente que lo rodeaba —y la mayoría de la Facultad, que por algo había electo al decano— eran gente vinculada directamente a la derecha en el país. De hecho, tenían simpatías orientadas con claridad en contra de las movilizaciones estudiantiles, de la vida gremial universitaria. En aquel momento, eso era algo excepcional dentro de la Universidad, luego de las movilizaciones por la Ley Orgánica, en las cuales nosotros no participamos como estudiantes universitarios, sino que vivimos los resultados. La Ley Orgánica fue una gran conquista de la Universidad y, yo creo, del país. En la Facultad, si bien las autoridades tenían que adaptarse a la ley, no estaban para nada de acuerdo con la representación estudiantil en los consejos. En el consejo, en una minoría, la representación estudiantil sumaba su actividad

En la década del sesenta, que contó mayormente con gobiernos del Partido Nacional (PN), se generó una alianza entre un grupo de docentes y el CEIA, que, a partir de 1965, comenzaron a plantear duros cuestionamientos hacia la conducción política de la Facultad de Ingeniería, que en ese momento tenía como decano a Héctor Fernández Guido, cercano a sectores conservadores del PN. En particular, consideraban que la Facultad contaba con planes de estudios desactualizados y también cuestionaban los mecanismos de evaluación de los docentes en los cargos, entre otros aspectos. Los estudiantes también denunciaron persecución por parte del decanato, que no era afín a los mecanismos de participación estudiantil previstos en la Ley Orgánica de 1958. Luego de distintas denuncias en el CDC, lograron que el cuerpo les diera la razón y en 1966 definiera intervenir la Facultad, proceso que duró dos años y fue liderado por Arturo Carbonell.

A partir del artículo de Vania Markarian (2022) «La reforma universitaria en tiempos revueltos. El movimiento estudiantil uruguayo antes y después de 1968». *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], Cuestiones del tiempo presente. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.88223>

con algunos docentes que tenían una mayor simpatía y proximidad con los estudiantes, entre los cuales se destacaban don Julio Ricaldoni —que, luego de la intervención de la Facultad de Ingeniería por parte del CDC de la Universidad de la República (Udelar), fue el primer decano— y el ingeniero Maggiolo. Allí conocí a estas dos personalidades de esta Facultad.

¿Cómo definiría la incidencia de Óscar Maggiolo en su trayectoria universitaria?

Dentro de la Facultad de Ingeniería, sin dudas, fue un docente muy destacado que hacía investigación, creaba conocimiento que se publicaba en revistas de circulación internacional. Fuimos discípulos directos de Maggiolo, en tercer año nos planteó a tres estudiantes la posibilidad de trabajar con él: Julio Borghi, Carlos Mechoso y yo. Allá por 1963 o 1964 ingresamos al Instituto de Mecánica de los Fluidos e Ingeniería Ambiental (IMFIA), que tenía otro nombre y, obviamente, nada de lo que hay hoy estaba construido en aquel momento. Allí tomamos contacto directo con la investigación científica, tarea que terminó en una publicación que hicimos en conjunto con Maggiolo en una revista internacional, editada en Holanda. Con la intervención se cortó nuestra vida universitaria aquí, porque fuimos echados del plantel docente, como cientos y cientos de universitarios en la época.

¿Cómo vivió su destitución como docente?

Después de la intervención no pudimos entrar más al edificio de la Facultad de Ingeniería. Por fortuna, conseguí empleo en la Cooperativa de Artesanos del Vidrio (Codarvi), que hacía una cristalería de muy buena calidad y que, en general, a las señoras de la época les interesaba lucir en sus casas. Consegui trabajo como ingeniero hasta que la situación represiva se incrementó y tuvimos que buscar asilo político en la embajada mexicana. En Codarvi practiqué el interés

científico por los procesos a muy altas temperaturas, los flujos de líquidos como el vidrio a mil grados, y eso nos llevó a escribir un nuevo artículo científico sobre los hornos de vidrio. Ese artículo terminó publicándose en *Glass Technology*, una revista norteamericana, unos cuantos años después. En los tres meses que estuvimos asilados por la Embajada de México —en la casa del embajador Vicente Muñiz Arroyo, en Carrasco— escribí el artículo.

¿Cómo vivió los años anteriores al golpe de Estado?

En el año del golpe de Estado explotó la bomba en la Facultad de Ingeniería e, inmediatamente después de la explosión, con la muerte de un estudiante —Marcos Caridad—, se intervino la Facultad. Maggiolo estaba en Buenos Aires y no pudo regresar al país. Luego, emigró de Argentina a Venezuela, donde falleció. No pudo regresar.

¿Qué recuerdos tiene de las elecciones universitarias anteriores a la intervención?

Justamente, las elecciones universitarias dieron una ventaja inmensa a aquellos que defendían la Universidad y estaban en contra de la dictadura. Eso motivó la intervención. Era claro que la Universidad no iba a transitar de buenas maneras a una situación amigable con la dictadura.

Ya con cientos de docentes y estudiantes presos y exiliados, el 27 de octubre de 1973, cuatro meses después del golpe de Estado, la Universidad de la República seguía a cargo de las autoridades que habían sido electas en las elecciones universitarias realizadas en setiembre de ese año, marcadas por el triunfo de corrientes opositoras a la dictadura. Ese día explotó una bomba en la Facultad de Ingeniería, lo que causó la muerte al estudiante de la Facultad Marcos Caridad Jordán, de nacionalidad española y ciudadano legal uruguayo, con militancia estudiantil y en el Frente Amplio. El gobierno de facto llegó a la conclusión de que Caridad era quien estaba manipulando la bomba que le quitó la vida y ese episodio fue el argumento para la intervención de la Universidad de la República, que se concretó un día después.



¿Qué saldo dejó la dictadura en la producción de conocimiento en la Universidad de la República y el país?

En lo inmediato fue un desastre. Fueron perseguidos buena parte de los mejores científicos que tenía el país. Terminaron fuera de la Universidad, muchos de ellos en el extranjero, otros en sus casas, se jubilaron. En la Facultad de Ingeniería, fue representativo de lo que ocurría en todas las facultades, en las cuales la inmensa mayoría de los buenos docentes tomaban distancia de un proceso que se sabía conducía a una fascistización de la vida universitaria.

¿Cómo vivió desde el exilio los años previos a la recuperación democrática?

En México había una concentración importante de exiliados y de personas que, si bien no entraron por el exilio político, viajaron a México para salir de la situación insostenible que tenían en el Uruguay, por ejemplo, por la carencia de empleo. Se generó allí una colonia de uruguayos en la que los exiliados políticos que entramos a México a través de la embajada éramos el peso fundamental, pero había algunos cientos de uruguayos que eran hijos, parientes, amigos, etc. De hecho, estaban don Carlos Quijano, Carlos Martínez Moreno, Samuel Lichtensztejn —el rector intervenido—. La colonia estaba fundamentalmente constituida por uruguayos que habíamos llegado a México a través del exilio político, pero, en particular, Quijano no llegó por el exilio político y Lichtensztejn tampoco. Desde el punto de vista de Gobernación, que era el Ministerio del Interior mexicano que atendía a los asilados políticos, Lichtensztejn era la cabeza visible. Cuando había algún problema lo llamaban a él, que nos llamaba a nosotros para ver cómo encararlo. Creamos lo que se llamó el COSUR (Comité de la Solidaridad con Uruguay), cuyo primer presidente creo que fue Quijano. Con los años, ya no podía atender algo tan

problemático y dinámico como el exilio y Lichtensztejn pasó a ser la cabeza visible ante la Gobernación.

No hubo problemas significativos. Faltan palabras para elogiar la conducta del Gobierno mexicano, que nos albergaba algunos meses en un hotel con todo pago hasta que encontrábamos trabajo. Algunos lo hicimos con más rapidez que otros, pero hubo quienes estuvieron hasta seis meses en el hotel. Ahí nos ayudaron mucho los viejos asilados españoles. Hay que recordar que Lázaro Cárdenas, presidente de México durante el alzamiento de Francisco Franco, enviaba barcos a España para traer asilados. Era feroz la represión interna y Cárdenas, con una visión muy inteligente de futuro, traía a miles de personas. Se trajo la flor y nata de la intelectualidad española, que era representativa de la flor y nata de la intelectualidad europea de la época. En cualquier línea de trabajo que indagaras hacia atrás en México, era relativamente corriente que encontraras a algún español. Ayudaron enormemente a la modernización del país en su economía, en la literatura, el arte. Ellos nos ampararon a nosotros también, igual que a los argentinos, a los chilenos. En número, el exilio chileno era mucho más extenso que el argentino y el uruguayo.

¿Cómo fue el retorno al país y a la Universidad?

Muchos regresamos, otros no, por distintas razones perfectamente explicables. En México me fue muy bien, en particular desde el punto de vista académico. Publiqué un conjunto de trabajos, resolví problemas de escala nacional. Los amigos me decían: «Oye, tú estás loco, tienes todas las posibilidades aquí y te vas a ir a un país con una universidad destruida». En esas condiciones volvimos con la familia, por fortuna, y nos encontramos con una universidad destruida, en efecto. Al segundo o al tercer día de estar en el país, tomamos contacto con quien había sido electo decano de la Facultad, el ingeniero Luis Abete. Tuvimos una larga conversación. Maggiolo era jefe del Departamento de Mecánica de los Fluidos del Instituto de Máquinas, pero Abete me oía y me decía que

con lo que yo traía como idea teníamos que crear un nuevo instituto, que se iba a llamar Instituto de Mecánica de los Fluidos e Ingeniería Ambiental. En realidad, lo de Ingeniería Ambiental lo induje un poco yo, que venía con una clara convicción de la importancia de la temática ambiental, que no era generalizada. Yo lo había visto en México y en Estados Unidos. Pensé que iban a protestar con el nuevo instituto, pero nadie protestó. Ahí nació el IMFIA, del que pasé a ser director y al que se incorporaron de inmediato dos exdocentes que habían trabajado con Maggiolo, Julio Borghi y José Luis Genta. Así lo arrancamos, con tres docentes que habían ocupado cargos de ingreso antes de la intervención. Ahí creamos lo que ahora es un instituto de mucha importancia dentro de la Facultad.

¿Cómo comenzó el camino hasta llegar a ser rector?

En rigor, al llegar al Uruguay se dio ese vínculo con el decano Luis Abete y su iniciativa de crear un nuevo instituto. Traté de disuadirlo, sin éxito; me dijo que íbamos a crear el instituto y yo sería el director. La inserción fue en seguida, al llegar ya tenía un puesto de trabajo y, sobre todo, un sueldo. Nos restituyeron al grado 2 y ya traía la maestría y el doctorado que había hecho en México. De forma casi inmediata me ascendieron a grado 5 y me encomendaron la dirección del IMFIA.

El primer escalón fue el decanato de la Facultad. Un día me llama el decano Abete y me dice que se va a retirar: «Ya estoy viejo, tengo una larga carrera, soporté la Facultad desde el comienzo de la nueva etapa posintervención». Intenté convencerlo, pero me dijo que se iba a retirar y que yo iba a ser el próximo decano. Yo estaba trabajando en el nuevo instituto, pero lo cierto es que Abete renunció y el próximo decano fui yo, tal como había pronosticado. Obviamente, los decanos no designan a su sucesor, sino que lo debe hacer el Claustro. Fui electo como decano y hube de asumir el decanato y dejar la dirección del IMFIA, más allá de que mi trabajo académico seguía en el Instituto, pero con la carga de decano encima.

¿Cómo le propusieron postular al rectorado?

Ahí la situación fue un poco más controversial, por decirlo de alguna manera. En 1998 había surgido en la Universidad un grupo al que se le decía el *grupo de los cuatro decanos*. Era un grupo que enfrentaba claramente las orientaciones del rectorado de Jorge Brovetto. Un día Brovetto me llama y me dice que la cosa se estaba complicando, él ya había sido reelecto y no podía volver a postular. Me dijo que yo iba a ser el próximo rector. Otra vez, yo le decía que no, pero me convenció de que, si yo no asumía la condición de candidato, corría riesgo la orientación que Lichtensztein y Brovetto habían impulsado. Brovetto hacía valer mi acuerdo con la orientación política que él había impreso en el rectorado: muy abierta, muy atenta a los problemas del país. Incluso se había fundado La Asociación de Universidades Grupo Montevideo (AUGM), que involucraba, en sus inicios, a la Udelar y a un par de universidades argentinas. Brovetto había sido designado como responsable y era evidente que el grupo tenía un futuro muy importante.

De todo eso se valió Brovetto para que yo, a pesar de mi decisión personal, que era la de seguir trabajando en la Facultad de Ingeniería, tuviera que asumir la condición de candidato al rectorado en una elección que fue compleja. Este grupo de los cuatro decanos engendró un candidato, que era en aquel momento el decano de la Facultad de Medicina, la más importante.

El resultado no era predecible y gané la elección en la Asamblea General del Claustro (AGC). Así empezó otra etapa en mi vida, que fue la del primer rectorado.

En 1972, Samuel Lichtensztein fue electo decano de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración y, meses después, rector de la Udelar. Sin embargo, con la intervención del gobierno de facto, fue separado del cargo y tuvo que emigrar. Luego de la recuperación democrática, Lichtensztein ejerció como rector interino hasta que

se celebró una elección, en la que fue nuevamente designado en ese cargo, que desempeñó entre 1985 y 1989. Su sucesor fue Jorge Brovetto, quien fue rector durante dos períodos, hasta 1998.

A lo largo de su trayectoria ha planteado su preocupación por el desarrollo científico-tecnológico de la Universidad y el vínculo con el sector productivo. ¿Cómo pudo plasmar esas ideas en su etapa como rector?

Si uno piensa en nuestros países de América Latina, caracterizados, por su economía, como subdesarrollados, una de las carencias claras que tenemos es la incapacidad histórica para engendrar ámbitos productivos en los cuales intervenga el conocimiento, la inteligencia. Es decir, ámbitos que se materializan en industrias competitivas en el ámbito internacional. En particular, cuando se plantea este dilema entre la Facultad y el Rectorado, yo ya había creado la tecnología del sumidero invertido selectivo, que estaba avanzando en el mundo. En ningún momento pensé en dejar la Universidad. Pensaba que, finalizado el rectorado, volvería al Instituto. Pero, por otro lado, crecía la comercialización fuera de fronteras, en California. Por un lado, tenía el decanato, por otro, la empresa que había montado para el desarrollo de la tecnología, que era muy promisorio fuera de fronteras. También en Uruguay se hicieron algunas instalaciones importantes.

El sumidero invertido selectivo es una tecnología que desarrolló Guarga para disminuir los efectos negativos de la helada en los cultivos. Surgió a partir del contacto de productores de cítricos que sufrían pérdidas a raíz de las heladas y, luego de varios experimentos, se pudo comprobar el éxito de la tecnología. El sumidero invertido selectivo funciona a través de un drenaje selectivo del aire que, justamente, extrae el aire más frío sin transformar la atmósfera sobre el cultivo. Tuvo gran éxito en California, donde también hay condiciones adecuadas para plantar cítricos.

Tenía en qué entretenerme dentro de mi vocación. En realidad, lo que perturbaba mi vocación era el rectorado, de tal manera de que me resistí todo lo que pude, pero, finalmente, Brovetto me convenció. Brovetto también era ingeniero, ingeniero químico, y había tenido en

la época de la dictadura una actividad creativa en el área industrial fuera de la Universidad. En muchos aspectos, muy parecido a lo que me pasó a mí. Se dio una elección rectoral no acostumbrada, si uno miraba hacia atrás iba un solo candidato, la AGC votaba sobre ese candidato y, cuando había votos suficientes, quedaba designado el rector. En esta elección hubo dos candidatos y obligó, de cierta manera, a hacer una campaña, ir a las distintas facultades, explicar cuáles eran las diferencias de concepción con el otro candidato. Después, con una mayoría muy significativa, fui electo rector.

¿Cómo es gobernar una universidad cogobernada?

Ya había llevado adelante el decanato en la Facultad de Ingeniería y había sido activista estudiantil en su momento, de manera tal que conocía a la perfección la intimidad de la vida universitaria. A nivel del CDC, había quienes discrepaban con las propuestas del rector y quienes acordaban. Había una negociación siempre muy franca y abierta con la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), también con el gremio docente. Los profesionales en aquel momento no actuaban agremiados, pero nos entendimos siempre muy bien con los delegados profesionales. Al final, terminamos siendo reelectos en el rectorado.

¿Cómo quisiera que sus rectorados fueran recordados en la historia de la Universidad de la República?

En primer lugar, por un respeto irrestricto a la democracia interna. En ningún momento el rector asumió personerías que no correspondían a lo que resolvía el CDC y, en segundo lugar, por un esfuerzo particularmente intenso en desarrollar el vínculo de las capacidades creativas de la Universidad con la producción nacional. Así, hicimos varios eventos convocando a la Cámara de Industrias

del Uruguay (CIU), al PIT-CNT, para procurar nexos —algunos se consiguieron y otros no— entre la vida académica y la actividad productiva real del país. Es claro que, si seguimos en la línea de la exportación de productos primarios sin valor agregado, antes era la carne o la soja, hoy es la pulpa de papel, todos productos con bajo valor agregado, la condición siempre será la del subdesarrollo.

El país no puede darle un mejor nivel de vida a la sociedad si no existen inversiones significativas protagonizadas por gente que sepa de tecnología y que nos lleve a conectarnos con el mundo con productos elaborados, como fue la exportación del sumidero invertido selectivo. Hoy vencieron las patentes y están por todo el mundo, pero fueron creación de Uruguay. En el momento en el que las patentes existían monté una pequeña empresa que atendía en paralelo con el rectorado. Pero ese es el camino. La apuesta al conocimiento y a que los egresados de todas las facultades que tienen contactos más o menos directos con la industria puedan montar acciones dentro del ámbito productivo capaces de conectarlos con el mundo, más allá de las materias primas. Es el camino para el desarrollo, no hay otro.

¿Cómo definiría su vínculo con los gobiernos de turno?

Teníamos un relacionamiento muy bueno con el doctor Jorge Batlle, que fue el primer presidente al que se invitó al CDC. Lo invitamos nosotros, y en de la Universidad hubo cierto revuelo. Batlle, un hombre muy inteligente, hizo una presentación brillante en el Consejo. Luego, me reconocieron que había sido una buena medida. En esencia, la presentación que hizo Batlle fue la importancia capital para el desarrollo del país de la conexión entre el conocimiento que estaba albergado fundamentalmente en los laboratorios y en las

En sus rectorados, Guarga convivió con tres gobiernos distintos. Tomó el cargo de rector en el último tramo de la segunda presidencia del colorado Julio María Sanguinetti, fue rector durante los cinco años del gobierno del también colorado Jorge Batlle y estuvo en el cargo en el primer año del primer Gobierno nacional del Frente Amplio, encabezado por Tabaré Vázquez.

cátedras universitarias y en la vida productiva, que se limitaba a la exportación de productos con bajo valor agregado. Planteó que eso era primordial y que, en la medida de lo posible, nos iba a ayudar. Luego vino Tabaré Vázquez, también fue invitado al CDC. Desde el Rectorado, también hicimos lo posible por intensificar esa relación entre el conocimiento que se cultiva en los ámbitos universitarios, la capacidad creativa desde el punto de vista científico y la vida productiva real del país.

¿Cómo fue gobernar la Universidad durante la crisis de 2002, momento de importantes restricciones presupuestales?

Pienso que no hubo dificultades especiales desde el punto de vista del gobierno de la Universidad. De alguna forma, la Udelar asumió la crisis, no hubo divisiones, no hubo críticas severas al rectorado porque los rubros no alcanzaban, había una comprensión clara de que el problema no era interno de la Universidad. No recuerdo la crisis como generadora de una contraparte de crisis universitaria.

Hoy mencionaba al PIT-CNT.

¿Cómo fue el vínculo de sus rectorados con los actores de la sociedad civil organizada?

Armamos un organismo que incorporaba a los trabajadores, a los empresarios y a los universitarios. En ese organismo, que tuvo varias reuniones en la sala en la que funciona el CDC, se ve cómo había una puesta en común de elementos de valor compartidos por todos. Si se quiere, la crisis ayudó a que, por lo menos en el ámbito universitario, hubiera un reconocimiento de potenciales aliados muy significativos en el ámbito social y productivo. Estaban representados el PIT-CNT, la CIU y las gremiales agrarias. Están las actas de las reuniones, de las que todos salimos muy satisfechos. No hubo controversias ni enfrentamientos, así

que diría que transitamos la crisis, desde el punto de vista institucional, de una manera exitosa, en cuanto nos vinculó con ámbitos no universitarios, a los que de otra manera no hubiéramos llegado.

¿La discusión sobre la autonomía y el cogobierno en la Universidad de la República están saldadas en Uruguay?

Si viene una dictadura seguramente va a intervenir la Universidad, pero creo que es una discusión saldada en el ámbito democrático. Desconozco que existan grupos significativos en el Parlamento que planteen la pérdida de la autonomía de parte de la Universidad.

¿Cómo acompasó las responsabilidades académicas con la vida familiar?

Nunca tuve problemas, mis compañeras siempre entendieron. No hubo incompatibilidades de ninguna manera.

¿Durante el rectorado fue igual?

Siempre tuve una participación activa en las cuestiones sociales, en México integré la directiva del COSUR. Nunca hubo conflictos, siempre hubo comprensión y apoyo por parte de mi familia de estas actividades.

¿Qué significa, en términos personales, haber sido rector de la Universidad de la República?

Orgullo. Orgullo personal, en el sentido de que no es una tarea que me impusieron desde arriba, sino que me impusieron desde abajo, a la cual no le saqué el cuerpo en su momento. Toda la vida universitaria, para mí, fue absolutamente gratificante desde aquellos lejanos comienzos con Maggiolo, en una facultad compleja, gobernada por la derecha política en su momento. Pero, a través de esa elección de sus colaboradores, inicié una vida académica de la cual solo obtuve buenos momentos, gratificaciones de todo tipo. No solo no me arrepiento, sino que la volvería a transitar, si fuera eso posible.

RODRIGO AROCENA

«Tratar de construir consensos para cambiar
es el arte de la conducción democrática»





Entre marzo y abril de 2007, la Universidad de la República tomó una serie de resoluciones que la pusieron en un proceso de transformación que incluyó sus principales funciones. La llamada *segunda reforma universitaria* pretendió ser un mojón en la democratización de la Universidad y la mejora de sus acciones de enseñanza, investigación y extensión. No exenta de diferencias entre los actores del Cogobierno de la institución, con el liderazgo del entonces rector, Rodrigo Arocena, y un protagonismo importante de la corriente mayoritaria de la FEUU, se embarcó en una serie de procesos de cambio que impactaron a miles de estudiantes y también a la sociedad uruguaya.

Uno de ellos fue la profundización del proceso de descentralización universitaria, con un desarrollo importante en pocos años de la oferta de la Universidad fuera de la capital. La manera de llevarlo adelante fue la regionalización, que implicó la creación y puesta en marcha de los centros universitarios regionales (CENUR), que brindan oportunidades de estudiar nuevas carreras a personas que viven en el interior. Al mismo tiempo, estuvo acompañada de procesos de investigación de calidad. La creación de una Ordenanza de Estudios de Grado que fijara criterios comunes para las

carreras de la Universidad y la jerarquización de la extensión universitaria fueron otras de las iniciativas del proceso, que, sin embargo, no pudieron culminar con la definición de un proyecto propio de la Universidad de nueva Ley Orgánica.

La vocación reformista de Arocena no nació cuando fue rector, sino que viene desde su etapa de estudiante, cuando en los convulsionados años sesenta militó en la Agrupación Reforma Universitaria. Como estudiante de Matemática, ocupó lugares de relevancia en el entonces CEIA, perteneciente a la FEUU, y su activismo lo llevó a caer preso, condición en la que vivió los años previos y el inicio de la última dictadura.

En Venezuela, donde vivió la mayor parte de su exilio, cruzó de vereda académica para comenzar en el campo de los estudios de desarrollo. Desde esa área, ha investigado y reflexionado sobre las condiciones que los países del continente y, en particular, Uruguay deberían procurar para transitar hacia el desarrollo y, de esa forma, mejorar las condiciones de vida de su gente. Para ello, entre otros aspectos, es central avanzar en fortalecer la ciencia y la innovación, acciones con las que Arocena también ha contribuido desde el Rectorado de la Universidad.

¿De qué forma incidió su familia para que culminara los estudios secundarios e ingresara a la Universidad de la República?

Yo tenía una condición familiar relativamente privilegiada, no próspera, pero vivía en Pocitos. Una familia de clase media-alta. Siempre se dio por supuesto que iba a seguir estudiando. Me iba más o menos bien en el liceo, era muy torpe en términos técnicos, ¿qué iba a hacer, si no estudiar? No diría que hubo ningún tipo de empuje familiar, pertenecía a esa pequeña minoría privilegiada que en los años sesenta podía estudiar con cierta comodidad y se daba por sentado que la Udelar estaba esperándonos. Gran privilegio, andando después por el mundo uno se ha dado cuenta cuán privilegiado era.

¿Cómo recuerda el trayecto en la educación secundaria?

Tuve dos etapas totalmente distintas. Fui al Elbio Fernández, que es un lugar del cual recuerdo los excelentes amigos personales que hice y algunos buenos profesores, pero era un medio de probeta, digamos. En cambio, después entré al Instituto Alfredo Vásquez Acevedo (IAVA), en 1963. Eran tiempos agitados, no fui un militante activo en esa época, pero empecé a ir a asambleas y a algunas manifestaciones. Cuando uno entraba, en esa época, a preparatorios de Ingeniería, nada más que sobrevivir a las exigencias estudiantiles ya era muy difícil. Nunca en toda mi vida he encontrado un nivel de exigencia —a mi juicio absolutamente desmedido— como el de la Matemática en preparatorio de Ingeniería. Dejaba poco tiempo para otras cosas. Cuando entramos a facultad la gran sorpresa fue que entendíamos todo. Íbamos a las clases de Massera y le entendíamos todo. Y hasta podíamos hacer una vida más normal que incluyera estudiar y la vida social. Allí sí, en la facultad fue cuando me atrapó la militancia para el resto de la vida.

¿Cómo era ser estudiante universitario en su época?

1965, Centro de Estudiantes de Ingeniería y Agrimensura. Era un lugar fermental y de aprendizaje. Uno veía a los compañeros —sobre todo compañeros, muy pocas mujeres— de generaciones anteriores y era una formación. Entre los militantes mayores que yo estaban Mario Wschebor, Rafael Guarga, Martín Ponce de León y Víctor Bacchetta, una cantidad de gente que ha sido muy activa en el movimiento gremial y político progresista uruguayo. Era, para decirlo brevemente, una escuela de militancia, de participación, de compromiso, de seriedad.

No era habitual que una persona hablara en una asamblea del Centro de Estudiantes sin haberse hecho un esquema. Eso era lo que a uno le parecía natural, porque veía a los veteranos haciéndolo así. No es poca cosa. Yo fui toda mi vida militante de la Agrupación Reforma Universitaria, y en algún sentido no dejé de serlo ni cuando fui rector de la Universidad. Diría que se vivía el clima fermental latinoamericano de los años sesenta en un contexto de mucha seriedad de las generaciones anteriores a la nuestra, que eran nuestros maestros.

¿Qué temas se discutían en el Cogobierno y en el Centro de Estudiantes?

De todo. Se discutía lo que pasaba en el ámbito internacional, la situación de medio oriente era un tema permanente; se discutía el cambio de los planes de estudio; se discutía el papel que tenía que tener la matemática en la ingeniería, si era conveniente o no aceptar la ayuda de la OEA para cambiar la educación uruguaya; cómo hacer realidad la Ley Orgánica en la Facultad de Ingeniería... Se puede decir que, en 1965, siete años después de la aprobación de la Ley Orgánica, su espíritu no había llegado allí, y eso era uno de los grandes movilizadores del Centro de Estudiantes: la lucha contra la mayoría del Consejo, que mantenía en una situación de relativo estancamiento a la

Facultad y que motivó una de las últimas grandes huelgas del período, la huelga del Centro de Estudiantes de Ingeniería (CEI) de 1966 durante toda la primavera, que cambió a la Facultad.

Cuando ganamos la huelga, lo primero que hizo el Centro de Estudiantes fue pensar en un nuevo plan de estudios. No se trata de endiosar el pasado (estaba repleto de errores, esquematismos y torpezas), pero la militancia se intentaba conjugar con la transformación concreta de las condiciones de estudio. El Plan 67 fue un gran plan de estudios. Yo no seguí Ingeniería después, no soy quién para hablar del asunto, pero ese plan incorporó el taller. ¡Qué linda idea! Ya fue tarde para mí, debido a que más o menos hablaba con cierta fluidez y me desempeñaba bien con la matemática, pero con muy poca formación práctica. La idea de taller, de complementar tempranamente los estudios *teóricos* con el taller multidisciplinario y polifacético...

Recuerdo, hasta 1967 inclusive, como un clima fermental. En 1968, las cosas cambiaron, fue la primera vez que vimos morir compañeros en la calle. La vida relativamente soñada de militantes que creen que están transformando el mundo empezó a tener sus tonos más trágicos.

¿Cómo era el vínculo con los docentes de la facultad?

La Facultad de Ingeniería, en esa época, era un lugar muy polarizado. Había un conjunto de docentes de alta dedicación, cosa que no era frecuente en la universidad de la época. Gran capacidad técnica y vocación transformadora. Maggiolo es un nombre que viene enseguida a la memoria, pero, en aras a una justicia histórica que todavía está pendiente, hay que mencionar a Ricardo Pérez Iribarren. Era un extraordinario docente del Instituto de Ingeniería Eléctrica, hubiera sido el candidato natural a decano del Centro de Estudiantes. Se mató en un accidente de tráfico a comienzos de 1968. Fue el pionero de todo un esfuerzo en la electrónica uruguaya que después ha dado lugar a resultados muy notables. Judith [Sutz] volvió a Uruguay estudiando

ese tipo de cosas. Ese sector de docentes —que incluía a gente de Matemática; del Instituto de Máquinas, como Maggiolo; de Ingeniería Eléctrica— pugnaba por transformar la Facultad y su relación con el Centro de Estudiantes era muy buena. Con la mayoría del Consejo de Facultad yo diría que nuestra relación era pobre, para decirlo de manera elegante.

¿Qué docentes lo marcaron más en su perfil como universitario?

Me convertí de estudiante de Ingeniería en estudiante de Matemática, en primer lugar, porque tenía que ganarme la vida y la matemática era lo que más me ofrecía caminos. En segundo lugar, porque mis talentos para la ingeniería eran pobres. En tercer lugar, porque la militancia me empezó a atrapar con rapidez. Así que no puedo dar cuenta de quiénes podían haber sido maestros para la ingeniería. Sí en la matemática. Mencionar a Massera sería tan obvio que lo menciono y sigo. Una clase de Massera era como un templo griego, era perfecta. Que yo recuerde, una sola vez Massera se trancó en una demostración en el curso. La clase parecía una misa, no lo podíamos creer, todos callados la boca. Massera se rascó la cabeza y a los dos minutos siguió, pero no creíamos que eso pudiera pasar.

Rafael Laguardia, que no tuvo el destaque científico internacional de Massera, pero fue, de alguna manera, el fundador de la escuela uruguaya, tenía una característica que a mí me impactó mucho, y creo que a todos nuestros compañeros también. Laguardia hacía una clase que la iba armando mucho más sobre la marcha, mirando a los ojos a los estudiantes, no vacilaba en dudar en clase. Yo aprendí mucho de Laguardia, algo que después le repetía a mis estudiantes al comenzar los cursos de Matemática en la época en que todavía era docente de Matemática: de lo que yo haga bien ustedes probablemente no aprendan demasiado, porque está mejor escrito en los libros, pero cuando yo me equivoque, cuando ustedes me marquen y yo trate de

salir de eso, quizás aprenda más alguien más veterano que trata de revolverse, apuntando a estudiar con espíritu de investigación, a no divorciar ambas cosas. Esta es una frase de Mario Wschebor que yo he repetido más de una vez: hay que estudiar con espíritu de investigación. Rafael Laguardia, como muchos otros en el Instituto de Matemática, al cual tuve el privilegio de incorporarme a los 19 años, nos mostró con la manera de hacer las cosas, más que de discursar sobre las cosas, lo que quiere decir estudiar con espíritu de investigación. Peleando contra problemas, eso va más allá de la matemática, no se reduce a una sola disciplina ni al mundo de la academia.

Resulta ineludible preguntarle por la figura de Maggiolo. ¿Qué significaba para la Facultad y para la Universidad?

A Maggiolo llegué a conocerlo mucho. Él falleció en Caracas en el exilio, recuerdo como si fuera hoy la noche en que nos llamaron a decirnos que estaba muy grave. Lo conocí cuando entré a facultad, en 1965. Durante la huelga de 1966 del Centro de Estudiantes, Maggiolo fue electo rector. Era el rector de los estudiantes, sin ninguna duda. Un hombre que venía con planes de transformación universitaria, cosa que a nuestra Agrupación Reforma Universitaria le importaba mucho.

Permítanme señalar alguno de los privilegios que uno tenía en ese momento en el marco de la agrupación. En 1967 apareció el después famoso *Plan Maggiolo*, el proyecto de reestructura de la Universidad del cual se habló mucho más de lo que llegó a impulsarse, pero tuvo gran impacto. Había opiniones de las más diversas al respecto. En nuestra agrupación, Rafael Guarga planteó invitar a Maggiolo. Ese era el tipo de relación. He recorrido América Latina, manes del exilio, y no es frecuente que una agrupación estudiantil invite al rector a discutir. A nuestra agrupación a discutir con Maggiolo vinieron Darcy Ribeiro y Manuel Sadosky, vicedecano de la Universidad de Buenos Aires (UBA) echado por la dictadura de Onganía en la Facultad de Ciencias y recibido con los brazos abiertos por nuestra Universidad.

Maggiolo, allí, presentó su plan. Se puede hablar mucho de él, pero yo creo que lo más importante de Maggiolo era la vocación de transformar la Universidad. Lo que a mí me quedó, sobre todo de Maggiolo, junto con la admiración personal y el reconocimiento al gran rector de la resistencia contra el autoritarismo, es esa vocación que él no pudo llevar adelante, dadas las condiciones de la época: querer la Universidad y defender la Universidad pasa por estar tratando de transformarla hoy, mañana y pasado.

¿Cómo vivió los años anteriores al golpe?

Podría decir muchas cosas, quizás lo más importante sea señalar algunas singularidades. Las cuestiones generales son conocidas, se pueden encontrar en varios lados. La militancia estudiantil en la FEUU tenía algo de escuela de militancia, escuela de cuadros. Esa costumbre que nos venía, creo que de las generaciones anarquistas, de que todo lo que pasaba en el mundo tenía que ser discutido en la Federación de Estudiantes. Era, por supuesto, exagerado, llevaba a discutir cosas de las que estábamos muy alejados, pero mostraba la militancia como una labor no centrada en lo inmediato, sino en la vocación por transformar desde las condiciones mismas de estudio, hasta el contexto social. En ese sentido, la FEUU tenía una tradición antiimperialista, latinoamericanista, una tradición que, para Uruguay, es recontraconocida, pero que contarla en el exilio fue siempre excepcional por el asombro que producía, de pelear por la unidad obrero-estudiantil. En el mundo, encontrar una central sindical única es improbable. Encontrar que esa central le haya asignado en su mesa representativa un lugar permanente a la

Óscar Maggiolo fue docente de la Facultad de Ingeniería y rector de la Universidad de la República entre 1966 y 1972. En 1967, nueve años después de la aprobación de la Ley Orgánica y en el marco del pedido presupuestal de la Universidad, elaboró el llamado *Plan Maggiolo*, que apuntaba a transformar la institución. Dicho plan fue discutido en varias sesiones del CDC y, si bien fue aprobado, no llegó a concretarse, principalmente por no encontrar eco en el Gobierno nacional de turno. Para ello, fue clave el fallecimiento del presidente de la República, Óscar Gestido, y la asunción de quien era su vice, Jorge Pacheco Areco, que distanció las posturas de la Universidad y el Gobierno. El foco principal del *Plan Maggiolo* era desarrollar la investigación científica en vínculo con las tareas de enseñanza.

Federación de Estudiantes por lo que la federación hizo en pro de la unidad sindical es todavía más inusual.

Muy pronto, y me vino muy bien como muchacho de clase media de Pocitos, me puse a militar en la relación entre la FEUU y el movimiento sindical. Qué escuela era esa. Estar en la mesa de la CNT (Convención Nacional de Trabajadores) —todavía no era PIT-CNT—, en la semiclandestinidad de 1968, con Félix Díaz, Hugo Cores, Gerardo Gatti, Washington Rodríguez Beletti, Héctor Rodríguez y varios otros... ¡Qué escuela! Pero, también, ¡qué sensación de que no nos mirábamos el ombligo! Cometíamos errores a granel, pero intentábamos insertar nuestra militancia en el movimiento popular para un proyecto de cambio. Muy pronto —en 1968 ya era evidente— estaba claro que caminábamos hacia el autoritarismo. Había que pensar cómo sobrevivir a eso, no supimos resolver ese problema, demasiado evidente es. La generación 68 es la generación de la resistencia derrotada, pero hicimos lo posible. Cometimos nuestros propios errores, como Pepe Mujica suele recomendarle a los militantes estudiantiles en una de las frases que me gusta repetir de lo que él dice: cometan sus propios errores, no repitan los de nosotros los viejos. Si algo se puede decir a favor de la generación de finales de los sesenta es que cometimos nuestros propios errores. ¡Vaya si lo hicimos y vaya si le pusimos energía a eso!

¿Cómo lo marcaron las muertes de los primeros estudiantes en protestas?

En junio de 1968, una manifestación estudiantil salió, como tantas otras, desde la Universidad hacia el Centro. Habían sido reprimidas con cierta dureza —era dureza para el Uruguay de entonces, no para lo que vino después— algunas manifestaciones de estudiantes de Secundaria y la FEUU había resuelto que no iba a desbandar su movilización cuando llegara la policía, que íbamos a seguir. En la esquina de 18 de Julio y Minas llegó la policía, tiró, hubo cuatro heridos de bala. A uno de ellos, Manuel Zelman, militante de nuestra agrupación, lo estuve buscando

hasta que lo encontré en la madrugada del día siguiente en un colchón en el hospital Maciel. Le habían tenido que extirpar el bazo. Ese fue el abrupto paso de la militancia entre el realismo y el romanticismo a la violencia, a ver compañeros heridos. Cuando murió Liber Arce ya habían pasado varias semanas en las que día sí, día también se decía que un compañero estaba herido de gravedad y que podía llegar a morir. En América Latina era una realidad de todos los días, en Uruguay era impactantemente nuevo. Nos cambió con seguridad a todos para toda la vida. Cambió también al país.

Para siempre tratar de enfatizar también las cosas auspiciosas, pocas demostraciones más conmovedoras que la de encontrarse con inmensa cantidad de gente un día de agosto de 1968 llevando el féretro de Liber Arce. Lo tengo todavía presente, han pasado 55 años, en el momento que salimos del *hall* de la Universidad no lo podíamos creer, nunca habíamos visto tanta gente. Tanta gente tan próxima, tan callada, tan silenciosa. Era un silencio que rasgaba el aire. [El exdecano y rector Juan José] Crottogini lo bautizó años después como *plebiscito en el dolor*. La idea de que la Universidad y la militancia estudiantil estaban peleando con sus aciertos y sus errores por causas que no les eran ajenas a mucha gente era tonificante.

En una «manifestación relámpago» en los alrededores de la Facultad de Veterinaria, el 12 de agosto de 1968 fue herido de bala por la policía el estudiante de Odontología y militante de la Juventud Comunista Liber Arce. La bala, que vino de sus espaldas y entró por la pierna, destrozó su arteria femoral, por lo que no pudo recuperarse. Falleció el 14 de agosto en el Hospital de Clínicas y su sepelio fue multitudinario. No fue el primer estudiante herido de gravedad, pero sí quien inauguró el largo listado de estudiantes muertos en protestas en manos de la represión policial, acciones de grupos paramilitares y, a partir de 1973, por la propia dictadura. A Arce le siguieron Hugo de los Santos, Susana Pintos, Heber Nieto, Julio Spósito, Íbero Gutiérrez, Santiago Rodríguez Muela, Joaquín Klüver, Ramón Peré, Walter Medina y Nibia Sabalsagaray.

¿Qué recuerdos tiene de las elecciones universitarias anteriores a la intervención?

Mi recuerdo es la admiración desde la lejanía. En ese momento ya estaba preso desde hacía más de un año. Me enteraba por Judith en lo que podía contar en las visitas y el pequeño código que habíamos

armado en las cartas, en las cuales, refiriéndonos a esotéricos libros de matemática, más o menos me contaba de la militancia. Junto al movimiento universitario nacionalista wilsonista, mis compañeros y compañeras armaron una victoria estudiantil que, si se me permite decirlo sin perder sentido de las proporciones, esa victoria de 1973 es, en chiquito, una prefiguración del plebiscito de 1980 [en el que se votó la continuidad o no de la dictadura]. Muy en chiquito. Tienen diferencias en muchas cosas, como el tamaño, sobre todo, pero tienen en común la imaginación para trabajar en condiciones difíciles y el ser inesperados para la prepotencia gobernante. No esperaban, estaban convencidos de que la Udelar era un lugar donde minorías agitadoras le imponían su voluntad a las mayorías. Entonces, descontaron que después del golpe de Estado, en una elección en la cual todo el control iba a ser externo, iban a triunfar los que creyeron que iban a triunfar en el plebiscito de 1980. No fue así. Tengo admiración por mis compañeros y compañeras mucho más jóvenes que yo.

¿Qué saldo dejó la dictadura en la producción de conocimiento en la Universidad de la República y el país?

Los horrores son conocidos, así que no voy a detallarlos. No dejaré de mencionar una diferencia. Cuando salí de la prisión trabajé en la UBA, solidaria con nosotros, que nos abrió sus puertas. Mantuve después una relación estrecha con la UBA, gran universidad. Fue mucho menos golpeada que la Udelar. El nivel de persecución y barrida interna de equipos docentes, de equipos de investigación, de creación cultural fue inmenso. Esto es conocido, pero hay que reiterarlo porque incluso en el sufrido Cono Sur de entonces fue mucho más de lo que pasó en Argentina y también en Brasil, en términos relativos.

Sin embargo, uno tiene que rescatar: ¿qué cabría esperar de las generaciones estudiantiles que entraron a esa universidad intervenida, controlada por agentes represivos? Mansedumbre,

disciplinamiento, decir que sí, todas cosas que hubieran sido tan naturales, porque lo primero es vivir. No es fácil cuando se ha vivido más o menos en libertad imaginarse lo que es vivir en dictadura permanente. Y, sin embargo, apenas hubo posibilidades, con los pocos docentes y los no pocos funcionarios que pudieron quedar y mantener viva la llama de autonomía y cogobierno como formas de la mejor libertad, apenas hubo posibilidades, nuevas generaciones estudiantiles irrumpieron. Fueron la generación 83 y los que vinieron antes los que la prepararon. Si la generación 68 fue la de la derrota y la resistencia, la generación 83 fue de la democratización y del triunfo. Y se preparó en la Universidad intervenida, nunca se podrá subrayar suficientemente la hazaña que eso significa. Digamos que también quizás en las paredes silenciosas de la Universidad intervenida habían quedado los mensajes de una historia de muchas décadas. Y los estudiantes, muchachas y muchachos, sabían descifrarlos y reformularlos con sus propias palabras. La Asceep-FEUU no es la FEUU de los sesenta, tiene mucho de lo mejor que nosotros pudimos legar y muchas cosas muy buenas muy nuevas.

¿Cómo vivió desde el exilio los años anteriores a la recuperación democrática?

Lo más cerca posible, apenas nuestra vida se hizo mínimamente normal (eso fue en Venezuela), empezamos a militar en la solidaridad del exilio. Esto de la normalidad no debiera pasar sin subrayarse. ¿Cómo se define vivir en una democracia como diferente a vivir en una dictadura? No voy a entrar en una elaboración sobre eso, pero un perseguido

La Asceep fue creada por estudiantes de la Universidad de la República durante la última dictadura, después de un decreto que posibilitaba la existencia de ese tipo de organizaciones. Con la FEUU proscripta y en la clandestinidad, la Asceep fue clave para organizar a los estudiantes en los últimos años de dictadura en el camino hacia la recuperación democrática. Junto con la Coordinadora de Revistas Estudiantiles, en setiembre de 1983 la Asceep organizó la semana del estudiante, que culminó el 25 de setiembre con una multitudinaria marcha que fue desde la explanada de la Universidad al estadio Luis Franzini y que representa un hito en la recuperación de las libertades civiles y políticas.

de los setenta en Europa Oriental definía a la democracia como lo siguiente: cuando tocan el timbre a las seis de la mañana, sabés que es el lechero. A nosotros eso no nos pasó en Uruguay, no nos pasó en Argentina, donde empezó nuestro exilio, nos pasó en Venezuela: la sensación de que si tocan el timbre a las seis de la mañana no son las fuerzas conjuntas o los parapoliciales de distinto tipo. Ahí empezamos a militar de forma muy modesta en los caminos de la solidaridad. Creamos primero un boletín, *Informes y testimonios por un Uruguay libre en una América nuestra*. Hacíamos lo posible para seguir vinculados al país y a la solidaridad con la gente perseguida. En ese sentido, cuando empezaron a llegar las noticias de 1983, en particular de la movilización estudiantil, en ese tiempo yo estaba trabajando en París, durante varios días caminaba por las calles de París como si hubiera vuelto a caminar en Montevideo. Reconstruía en mi imaginación el itinerario de la manifestación, que fue hasta el Franzini: estamos empezando la vuelta, qué maravilla. ¡Cuánto nos dio esa generación del PIT-CNT y de la Asceep-FEUU a quienes estábamos en el exilio! Vivíamos tanto más tranquilos y materialmente mejor que los que estaban acá, pero espiritualmente tan desarraigados. Cuando nos hicieron llegar el mensaje de *esto se termina*, fue muy conmovedor.

¿Qué le aportó a la Universidad de la República el retorno de tantos científicos y académicos que volvieron luego de muchos años de seguir con sus carreras en el exterior?

En buena medida, la emigración fue, para muchos, un privilegio no buscado, pero un privilegio. Yo pude estudiar en condiciones excepcionalmente buenas, mucha otra gente también. En la vuelta al Uruguay, Judith llegó, entre otras muchas cosas, por un proyecto de investigación sobre la realidad de la ciencia en Uruguay, así que seguí eso no solo como militante de la reconstrucción universitaria, sino también escuchando el estudio que se hacía. Fue la reconstrucción de los equipos científicos, la construcción de equipos con nuevas

perspectivas, poner en contacto a un país relativamente aislado con el mundo y, sobre todo, colaborar con la gente que aquí había bancado la cosa. Creo que cometimos también allí errores, pero no cometimos el error de volver al país diciendo lo que había que hacer. No, volvimos, sobre todo, a colaborar con la reconstrucción. Alguna gente había logrado sobrevivir, de una manera o de otra, trabajando en la Udelar. En el Instituto de Investigaciones Biológicas Clemente Estable (IIBCE) había sido extraordinario eso; en los centros privados de investigación en ciencias sociales —CIESU, CINVE, CLAEH, entre otros—, también. Volvimos y pudimos colaborar junto con los que habían estado aquí en abrir una perspectiva nueva, con mucha modestia.

¿Qué recuerdos tiene de la etapa como docente, antes de llegar al rectorado?

Tuve la suerte de vivirlo en el marco del trabajo preparatorio y después de la construcción efectiva de una nueva facultad: la Facultad de Ciencias fue un ámbito muy dinámico, por un estudiantado muy entusiasmado con la idea de crear una institución que combinara perspectivas autonomistas y cogobernantes de siempre con modernización científica y conexión con el desarrollo del país. Eso fue extremadamente interesante. Durante finales de los ochenta vivimos eso. Vivimos, en particular, la construcción del Programa de Desarrollo de las Ciencias Básicas (Pediciba). No en la primera vuelta al país, que fue para estar presente en las elecciones de 1984, sino mi primera vuelta para trabajar en Uruguay, en 1985, ya fue en el marco de la construcción del Pedeciba. Muy pronto tuvimos el *privilegio* —subrayo la palabra—: ¿qué más puede pedir uno cuando ha estado largo tiempo exiliado que poder volver y sentirse mínimamente útil? Eso lo sentimos con el Pedeciba, ahí tuve la oportunidad, por un pequeño período, de trabajar con don Roberto Caldeyro Barcia, qué más se puede decir.

Después se dio la construcción de la Facultad de Ciencias. Dentro de ello, mi apuesta personal era vincular la ciencia con el desarrollo. Para entonces, ya estaba con un pie en la matemática y otro en los estudios del desarrollo, y en la Facultad de Ciencias, un ambiente de creación de una nueva institución, se abrió la ocasión de llevar adelante esta idea, chiquitita, pero no sin importancia, de vincular las ciencias exactas y naturales, lo que llamamos en Uruguay las ciencias básicas, con la perspectiva del desarrollo nacional. Ahí creamos la Unidad de Ciencia y Desarrollo, con la ayuda notable de mi querido amigo, compañero y docente Mario Wschebor y de Luis de León, que había sido decano de la Facultad de Agronomía y estaba trabajando en la Facultad de Ciencias. Los dos, con perspectivas muy distintas, me dijeron que tenía trayectoria en ciencias básicas. En ese momento estaba trabajando mucho en cuestiones de ciencia, tecnología, sociedad y desarrollo, y me propusieron hacer algo juntos. ¿Poder volver al país y ser constructor de algo chiquito, pero nuevo? Qué bárbaro.

¿Cuándo se propuso o le propusieron ser rector?
¿Por qué aceptó el desafío?

El sector mayoritario de la FEUU vino a proponerme eso. Yo dije que parecía muy prematuro. En mis primeras conversaciones dije que, primero, necesitábamos un programa; segundo, un movimiento que lo llevara adelante, y, tercero, el candidato, como parte de la implementación, parte no menor, pero parte no decisiva del asunto. En torno a eso fuimos conversando. Para mí, una cuestión fundamental en la decisión de aceptar la propuesta fue la aprobación por la FEUU de un documento excepcional, las *Doce premisas para una reforma universitaria*, que reflejaba un diálogo de mucho tiempo que yo había tenido con varios de los impulsores de ese documento, pero con el cual me sentía profundamente identificado. Se trataba de volver a pensar la tradición reformista de la universidad latinoamericana en las condiciones del siglo XXI. No quedarse en alabar el pasado, que



lo merece; no quedarse en defenderlo de las acechanzas neoliberales, cosa imprescindible, sino impulsar una nueva etapa de cambios. Ahí cometí el pecado de insolencia, que asumo —y en ese momento era evidente—, de hablar de una segunda reforma universitaria.

En el momento en el que la FEUU y algunos cuantos docentes, compañeros y compañeras les pareció que eso podía tener andamio para ese programa y ese incipiente movimiento, este viejo militante estuvo dispuesto a trabajar. Yo pensaba que no íbamos a ganar, pero lo que importaba era defender ciertos criterios, colaborar al debate. Conociendo la universidad latinoamericana, había visto demasiado una cierta tendencia a la autosatisfacción. Si se daba la ocasión de romper una lanza, aunque fuera chiquita, por poner en marcha una convergencia hacia la transformación, bienvenido sea. Acepté ser candidato.

¿Qué significó para el país que la Universidad de la República se declarara *en reforma* durante su período?

Soy, seguramente, de los peores ubicados para apreciar eso. Cuando uno está metido adentro y jugado en cuerpo y alma no es el mejor juez, pero me atrevería a decir, subrayando protagonismos colectivos y no individuales, que colaboré a un momento de cambio y a enfatizar que no había que dar nada por supuesto, ni siquiera lo que parecía, desde una perspectiva progresista, que no necesitaba de mayores transformaciones. La convención de la FEUU de finales de 2005, que impulsó una perspectiva de cambio también en la Universidad, fue muy importante. El gran debate por la elección rectoral de 2006 contribuyó a una idea clave: no se trata de cambiar el resto de la educación y no cambiar la Universidad. Si uno se fija, los primeros debates sobre la Ley General de Educación, cuando llega el gobierno del Frente Amplio, no tienen que ver con la Udelar. Daba la sensación de que la Universidad no necesitaba grandes cambios. En el error o en

el acierto, creo que la situación de la Universidad era mejor desde el punto de vista de su gobierno que el del resto de la educación pública, ¡pero necesitaba cambios! Que la Universidad dijera que también tenía que cambiar me parece que fue importante.

Hasta ese momento, la Udelar reivindicaba ser la única institución universitaria pública del país. Ese fue uno de los grandes temas discutidos durante la campaña rectoral de 2006. Me precio de haber contribuido a una convergencia que llegó a ser unánime y que se formuló así: el 31 de marzo de 2007, en la primera de las dos sesiones del CDC que pusieron en marcha un proceso de reforma, la Universidad cambió de posición por el voto unánime de su Consejo. Se había construido un consenso desde el debate. En este tema, el consenso decía que éramos partidarios de la creación de un sistema de instituciones de educación pública terciarias, autónomas, gratuitas, cogobernadas, de libre acceso y estrechamente coordinadas entre sí. La Universidad quiso colaborar a eso y quiso hacerlo transformándose a sí misma. Dicho con toda la modestia del caso, creo que fue una importante contribución a la urgencia de los cambios que, en materia de la educación en general, sigue pendiente en el Uruguay.

Con la llegada del Frente Amplio al Gobierno nacional en 2005, se planteó la necesidad de generar un nuevo marco jurídico para la educación en Uruguay. En ese contexto, el Gobierno convocó al Congreso Nacional de Educación que, en su primera edición, llevó el nombre del maestro Julio Castro, y del que participaron distintos actores del ámbito educativo. Las resoluciones del congreso fueron tomadas en cuenta por el Gobierno para redactar la Ley General de Educación, que fue aprobada por el Parlamento en 2008, aunque muchos actores del campo popular plantearon que fueron varios los aspectos emanados del congreso que no fueron recogidos en la norma, como el cogobierno y una mayor autonomía para toda la educación pública.

¿Qué implicó para el país el desarrollo de la Universidad de la República en el interior que se proyectó y ejecutó en su rectorado?

La experiencia que llamamos *de regionalización y descentralización de la Udelar* muestra todas las facetas del proceso de cambios que intentamos impulsar. Lo primero es que la historia nunca empieza

cuando uno llega, y hay que tener mucho cuidado contra esas trampas. El trabajo de la Universidad en el interior, pionero y sacrificado, venía de mucho antes. En Salto, desde los años cincuenta; en Paysandú, desde los sesenta, y en Tacuarembó y Rivera, en años posteriores. Lo que hubo fue la decisión de concentrar energías y tener un proyecto global de cambios. Eso fue decisivo y, también, en sus grandes líneas, fue aprobado por unanimidad. Es muy importante subrayarlo. ¿Es buena o mala la democracia universitaria? Dicho de manera muy tosca: es mala —porque bloquea todas las decisiones, se pasan discutiendo—; es buena —cuando se adoptan decisiones reflejan al colectivo—. El asunto es combinar esos dos esquemas.

Si la Universidad hubiera sido presidencialista, yo no hubiera sido rector de la Udelar, pero supongamos que sí y hubiera decretado la descentralización. ¿Qué pasa cuando cambia el presidente? A la inversa, si uno se resigna a que lo que se puede hacer es ir viviendo, de postergación en postergación. Entonces, la democracia universitaria empieza a parecer infecunda, y eso es muy grave. Tratar de construir consensos para cambiar es el arte de la conducción democrática. La gran discusión de 2006 incluyó posiciones muy distintas sobre el interior, en particular, entre lo que en aquella época se llamaba el oficialismo y lo que era la oposición mayoritaria, muy claramente contrapuestas. La tercera opción, que me tocó de alguna manera representar, sostenía —y siempre sostuvo— que hay mucho más acuerdo de lo que parece: vamos a construirlo. En 2007 estábamos empezando a construir los CENUR, lo hicimos a partir de un complicado y siempre conflictivo proceso interno, pero que fue construyendo consensos, también y sobre todo desde un protagonismo externo. Antes de ser electo rector anduve por el interior, como los otros candidatos —pero en particular yo, porque la FEUU quería llevarme a todas partes—. La expectativa suscitada me impresionó mucho. Cuando, al comienzo, me empezaron a venir a visitar intendentes y organizaciones pro Universidad, entre otras, yo les decía: la Udelar no sabe, no puede y no quiere resolver por sí sola el problema de la descentralización y la regionalización, vamos a construir perspectivas conjuntas. Eso tuvo lugar. Si uno ve la dinamización en

distintos departamentos del interior en torno a la elaboración de un programa de descentralización y regionalización, fue muy grande.

Lo que la conducción universitaria insistió, en particular, fue en que no se trataba de hacer una de las tareas de la universidad, no se trataba de llevar paulatinamente enseñanza. Se trataba de llevar enseñanza, investigación y extensión, vinculada a la problemática regional y construyendo ámbitos institucionales de nuevo tipo. Los CENUR tienen un potencial de diálogo entre disciplinas distintas que la estructura de facultades no siempre propicia. De nuevo, no hay que enfrentar blanco contra negro, las facultades tienen enormes méritos. ¿Dónde se construye una comunidad de gente que tiene vocaciones similares? ¿Dónde se construyen centros de estudiantes? ¿Dónde se construyen disciplinas? Las facultades son imperiosas, pero las cuestiones transversales, aquellas que una universidad permite construir, ¿dónde se pueden hacer? Por ejemplo, en los CENUR, donde estudiantes de bioquímica pertenecen a carreras muy distintas y van creando lazos que les dan una mirada de conjunto, pero se mantienen para después, y cuando cada uno esté en un lugar distinto de la producción y el quehacer social va a mantener los lazos y va a juntar conocimiento y pericia para la mejora del trabajo en distintos ámbitos. Eso llevó a pensar siempre que a la vez que impulsábamos descentralización y regionalización teníamos, con carácter experimental, que ir construyendo instituciones de nuevo tipo.

El Centro Universitario Regional del Este (CURE) fue el primero en ser diseñado, y se resolvió crearlo el 17 de julio de 2007, un día antes del cumpleaños de la Udelar. Lo creamos y la resolución del CDC no dice cuál va a ser su estructura. El primer artículo lo crea, el segundo crea una comisión de diálogo con la región para pensar la estructura. Esa fue una opción, por no ir a toda velocidad, pero por ir democráticamente. Nos permitió avanzar entre mil y un problemas que todavía están planteados. Una anécdota: en 2007, el CDC resolvió que le pedía a todo lo que había de la Universidad en Salto y Paysandú

que armara un proyecto conjunto. Se votó por unanimidad y, cuando se terminó de votar, hubo una carcajada de mucha gente: ¿se van a entender Salto y Paysandú? Era una especie de imposible. Se pelearon, siguieron peleándose, pero existe hoy el CENUR Litoral Norte, y qué nivel académico tiene. El arte de construir consensos, pero no aflojar la vocación de cambio creo que se ve reflejado, sobre todo, en el avance hacia la descentralización y regionalización, que fue una de las transformaciones de la Universidad más reconocidas de puertas afuera y que sigue siendo un activo para la construcción institucional.

En su rectorado se hablaba de la necesidad de tener una autonomía conectada. ¿Cómo fue el vínculo con los gobiernos de turno?

Si uno lo mira en conjunto, sin duda fue un vínculo mucho más productivo del que estaba en la historia de la Universidad. Mostró que la Udelar puede colaborar, que no es un conjunto de personas que levantan el dedo y dicen lo que habría que hacer, pero después no hacen más nada. También hubo importantes discusiones. En 2006, no nos incrementaron sustantivamente el presupuesto. En 2007, ya le habíamos agarrado un poco más la pauta al asunto y logramos poner en marcha un movimiento reivindicativo bajo una consigna para el conjunto de la educación pública: si en este momento, que es de relativa bonanza económica, no hacemos un gran esfuerzo por invertir en la educación pública, ¿cuándo lo vamos a hacer? Debo decir que al Ministerio de Economía y Finanzas no lo convencimos, pero sí convencimos a la opinión ciudadana, en buena medida, y a la mayoría del partido de gobierno. A través de diálogos, debates públicos y conversaciones reservadas, logramos un incremento sustantivo. Eso nos permitió darle a la idea de la segunda reforma un soporte material. En noviembre de 2007, cuando ya había sido aprobado un incremento presupuestal importante, el CDC, esta vez en una votación dividida —a veces no hay más remedio que contraponer posiciones—, aprobó una propuesta de rectorado de nueve líneas de reforma universitaria

de largo plazo, y le asignó dinero a cada una de ellas. Propuestas de cambio y respaldo material.

Por ejemplo, el Plan de Obras de Mediano y Largo Plazo (POMLP), que ha concretado obras en el conjunto del territorio nacional. Allí hubo un momento de desentendimiento que se logró salvar. Con respecto a la ley de educación, nosotros éramos muy partidarios de la autonomía, por supuesto, al conjunto de la educación pública. Nos parecía que no se resolvió bien la creación de un instituto universitario de educación y, en particular, que el Parlamento nunca le iba a dar el apoyo para que ese instituto fuera autónomo y cogobernado. Con el respaldo de una decisión unánime del CDC, fuimos al Parlamento y le propusimos: no nos apuremos, creemos un proyecto conjunto entre la ANEP y la Udelar, con el antecedente del Pedeciba, coordinado, naturalmente, con un papel importante del MEC, para ir generando un programa de formación de docente. Una vez que eso fuera haciendo carne, propusimos que trabajáramos cada vez más juntos, eso iba a marchar. No aceptaron nuestra propuesta, con la que quizás ahora estaríamos más avanzados en materia de una Universidad de la Educación.

Digo estas cosas y digo otras que fueron grandes acuerdos. Con el presidente Mujica uno puede tener acuerdos y desacuerdos, más de una vez no nos gustaron las cosas que dijo, pero el apoyo que le dio al programa de descentralización y regionalización y al POMLP no fue menor. Con el segundo equipo económico nos peleamos mucho más que con el primero, pero nunca dejaron de financiar interior y obras. Creo que comprendieron la importancia, pero me atrevería a decir que también captaron el respaldo ciudadano a esas reivindicaciones. Por ahí volvemos a la idea de autonomía conectada: la autonomía no puede ser la autarquía. Nosotros, la *casta docente*, como decía Carlos Quijano en 1928, ¿qué nos creemos? ¿Nos sentamos en la Universidad y decimos cómo tendrían que ser las cosas? No, autarquía no, pero tampoco simplemente subordinación al poder político. No, autonomía para poner en juego nuestras capacidades creativas, nuestras

capacidades democráticas, estrechamente conectadas con la sociedad. La Universidad tiene, desde siempre, muchas conexiones, en particular con el movimiento sindical. Ha ido construyendo especiales conexiones con la demanda de educación del interior: autonomía conectada.

En su rectorado fue cuando la Universidad de la República estuvo más cerca de llegar a una propuesta de nueva Ley Orgánica, pero no se pudo concretar. ¿Por qué a la Universidad le cuesta tanto lograrlo?

Yo pensaba que el momento para cambiar la Ley Orgánica (LO) era 2008, por la cuestión simbólica de los cincuenta años y por cosas mucho más importantes, porque estaba en discusión la Ley General de Educación. En ese contexto, hagamos una propuesta general que rescate todo lo mejor de la LO. Para quienes no tienen por qué tenerlo en la memoria: hay tres artículos de la LO que deberían estar escritos en oro. El artículo de los fines de la Universidad: es muy inusual que una universidad en el mundo tenga, entre las tareas que tiene que cumplir, defender la democracia, los derechos humanos, aparte de todo lo que corresponde a una universidad. El artículo de la libertad de opinión: en la Universidad se le garantiza a todo el mundo la libertad de opinión, incluso en aquellos asuntos donde ya haya habido pronunciamiento de la autoridad universitaria. ¿Pasa eso en otros ámbitos de la educación? Y, por supuesto, la autonomía. A partir de eso, ¿qué deberíamos haber hecho?

Es probable que el problema número 1 de la actual LO no sea el más importante, pero sí el que más se ve, y es que dejó fijo el número de facultades que había en ese momento: diez facultades son las que tienen voto en el CDC. Ahora hay dieciséis facultades y están los CENUR. No es defecto de quienes la redactaron en los cincuenta, cuando los cambios se dan tan lentamente. ¿Es razonable que cada vez que se crea una facultad nueva se cambie la ley? ¿Hay que inventar mucho? Crucemos el charco, las universidades argentinas

tienen dentro del marco de la ley la posibilidad de darse su propio estatuto, donde ese tipo de cosas pueden ser resueltas. Imaginemos que el estatuto universitario fijado por una nueva LO que conserva todos los principios de la actual le da a la Universidad, con mayorías especiales, el derecho a recomponer su CDC, manteniendo la paridad entre servicios y órdenes, cuando se crean nuevos servicios. ¿No sería lo razonable? ¿Por qué no avanzamos en eso? Creo que ahí pagamos tributo a una cuestión que está muy metida adentro de la política uruguaya y del trabajo institucional: la idea de que las cosas hay que reglamentarlas de hoy para la eternidad. Repito, no quiero ser crítico con lo que es un magnífico texto, pero en los años cincuenta no se sabía cuándo se crearía una nueva facultad.

¿Qué es lo que traduce? Voy a ser un poco polémico. Traduce el conservatismo que es inherente a casi todas las grandes instituciones y a las universidades en general. Se ha dicho que las universidades son instituciones tan memoriosas que no son capaces de cambiar. No hay que dejar de ver que en la Universidad siempre ha habido temor de abrir el expediente de la LO para que el Parlamento lo revise y, eventualmente, haga retrocesos en vez de progresos. Suscita temores que algunos períodos de la actuación parlamentaria, no todos, han justificado. En la Udelar, la LO de 1958 fue considerada el fruto de una extraordinaria movilización que desbordó a la institución: obreros y estudiantes unidos y adelante. Pero también fue vista como una suerte de casualidad, algo que el sistema político, justo antes de las elecciones de 1958 por cálculos de coyuntura admitió, pero que nunca más iba a admitir, y que más bien iba a tratar de revertir. Hay un cierto temor.

Claro que arriesgar propuestas de cambio implica que podés ir para atrás, pero cuando uno quiere cambiar y trabaja mucho tiempo por eso, logra abrir nuevas oportunidades. Confío en que en algún futuro esta discusión vuelva a abrirse. Como veterano que no pretende enseñar qué es lo que hay que hacer, cada etapa necesita sus estilos, sus propuestas, sus programas. Diría: no pensemos en

escribir en piedra la LO, pensemos en tener un estatuto universitario que nos permita, con flexibilidad, con garantías y con principios, ir adaptándonos a tiempos cambiantes. Quizás lleguen antes de lo que parecen. Ahora, hay algo que viene de la historia de la Udelar y que probablemente no sea cierto para otras universidades: los grandes cambios en la Udelar requieren un protagonismo del movimiento estudiantil organizado.

¿Cómo acompasó las responsabilidades académicas y de gestión con la vida familiar?

Ya era veterano, llegué al rectorado con 59 años, mis hijos ya no me necesitaban. Más bien me apoyaban. Y con Judith hemos sido compañeros de militancia desde tiempo inmemorial y compañeros de trabajo académico. Así que no tuvo ninguna consecuencia negativa para la vida familiar, al menos que yo haya percibido. Mi hijo y mi hija me apoyaron permanentemente y con Judith militamos juntos por la reforma universitaria. Seguimos trabajando como veníamos trabajando desde que volvimos a Uruguay, por lo menos. En ese sentido, no fue algo que hice como sacrificio. Incluso hasta pude seguir haciendo mi tarea académica, a otro ritmo, por supuesto. Me definía a mí mismo como investigador de domingos de tarde, pero como yo venía trabajando en cuestiones de desarrollo, ciencia, tecnología, innovación y educación superior desde hacía mucho tiempo, no fue un giro abrupto.

Quiero agregar mi inmenso agradecimiento a la Universidad Central de Venezuela, que me permitió la formación en Matemática, a nivel de doctorado, y después la formación en el Doctorado en Estudios del Desarrollo. En muy pocos lugares del mundo a un matemático lo hubieran admitido en uno de ese tipo. En el maravilloso Centro de Estudios de la Universidad Central de Venezuela, fundado por exiliados en tiempos anteriores, me miraron, me dijeron que presentara una carta, algún antecedente, y si no servía para eso iba

a fracasar. Así que para qué me iban a bloquear. Me fue muy bien. Eso me permitió, cuando llegué al rectorado, tener un largo trabajo previo en la parte ciencias básicas, de las más dinámicas, a través del Pedeciba, pero también en cuestiones de ciencia, tecnología, sociedad y educación superior.

Tengo entendido que el tiempo más importante de las tareas de cuidados de los hijos fueron en el exilio, ¿cómo fue esa experiencia?

Sin duda, aunque volvimos con ellos muy chiquitos. No fue sencillo. Miguel nació en Venezuela en 1978; Leonor, en Venezuela en 1980. Vinimos por primera vez en 1984. No estábamos seguros de si pasábamos bien por la aduana de Carrasco, no tuvimos problema. No queríamos perdernos las elecciones, nos instalamos a vivir en 1986 con los hijos chicos, pero para ellos fue muy bueno. Por un lado, sufrieron. El primer 1.º de Mayo, que los hicimos caminar desde por aquí al lugar del acto, ida y vuelta, casi se vuelven a Venezuela y abandonan a los padres. Pero, aparte de eso, muy pronto se sintieron en una ciudad que no es tan maravillosa como Caracas, pero que es menos violenta. Por lo tanto, permitió que rápidamente tuvieran un nivel de autonomía y que se integraran. Cuando, en 1989, se consiguieron las firmas para el voto verde y Montevideo fue una fiesta, nuestro hijo nos dijo: gracias por haberme traído al Uruguay. Eso borra todos los remordimientos, que no pocos teníamos, porque la militancia y la tarea académica muy a menudo los postergó. Sí, los postergó, por supuesto, pero —creo, de pronto me estoy engañando— no nos tienen un rencor muy grande, por eso han sido un apoyo superlativo y fuera de serie para todas mis tareas y las de Judith.

¿Qué significa, en términos personales, haber sido rector de la Universidad de la República?

Un inmenso honor, uno de los mayores de una muy larga vida militante. En 1968, yo no pertenecía a ningún grupo político. Sin embargo, el movimiento estudiantil me llevó a ser parte del Comité de Movilización de la FEUU, a ser uno de los presidentes de la Convención Universitaria y a ser el representante de la FEUU ante el movimiento sindical. ¡Qué honor! Casi cuarenta años después, fui electo, a propuesta del movimiento estudiantil y para impulsar una nueva reforma universitaria, rector de la universidad. Máximo honor militante. Trabajé durante ocho años al máximo de mis energías y capacidades, tuve enorme cantidad de preocupaciones, disgustos y problemas, pero, en conjunto, lo asociaría con una palabra que no suele asociarse con la militancia, que es la felicidad. La felicidad de sentirse trabajando con otra gente por cosas en las que uno cree. Quizás hay un gran maestro, que se llama Albert Hirschman, un extraordinario maestro de los estudios del desarrollo y de las ciencias sociales, que, aludiendo a una frase famosa de la declaración de la independencia de Estados Unidos y que habla del derecho a la búsqueda de la felicidad, da vuelta la expresión y enfatiza la felicidad de la búsqueda. La felicidad de las búsquedas colectivas. Todos los que hemos militado en algún momento hemos sentido esa felicidad de las búsquedas, en medio de dolores, problemas, retrocesos, errores y fracasos. Durante los ocho años en que fui rector, electo y reelecto, me permito subrayar, tuve un propósito muy claro: usted tiene que ser militante de los cambios. Yo me sentí feliz.





ROBERTO MARKARIAN

«Fue un rectorado que defendió
muy fuertemente la actividad académica
de calidad»

Oriundo de la Unión y de familia armenia, Roberto Markarian se gratifica de haber tenido que salir del barrio para estudiar, ya desde su etapa como liceal. Su madre, Osana Abrahamian, quien trabajaba en un almacén familiar y no pudo culminar la escuela, fue muy importante al inculcarle la disciplina necesaria para estudiar y, al mismo tiempo, las ganas por superarse siempre.

Según destaca en la entrevista, conocer otras realidades distintas a la suya a través de vivencias y lecturas fue clave para nutrirse personal y académicamente. En particular, recordó la influencia de un tío que le regalaba libros de diversas temáticas, entre ellas la política. En su trayecto como estudiante, el principal salto no estuvo en el pasaje del liceo a la Facultad de Ingeniería, sino cuando pasó del Liceo José Enrique Rodó, de ciclo básico, al preparatorio en el IAVA.

En una época en la que la generación de ingreso en la Facultad de Ingeniería estaba masculinizada y tenía menos estudiantes que en la actualidad, Markarian se involucró en el entonces CEIA y llegó a ser representante de la FEUU en el CDC de la Universidad. Su militancia estudiantil, por esos años también compartida con la Juventud Comunista, lo llevó a ser uno de los primeros docentes expulsados de la Udelar en 1973 y poco después tuvo que pasar a la clandestinidad. En total, estuvo preso siete años y algunos meses, cuenta en la que entran varias estancias breves en la cárcel y también la *prisión larga*, que fue de 1976 a 1982. Estuvo en varios centros de reclusión y le valió tener que pasar por la tortura física y psicológica, además de no poder estar presente en los primeros

años de vida de su hija Vania, quien lo visitaba en la cárcel.

Pese a haberse formado siendo estudiante y haber pasado por un exigente concurso para ser designado como grado 2 de Matemática en la FING, una vez que quedó en libertad definió aprender de vuelta y lo hizo en Brasil, donde se anotó en el grado, y luego siguió con la maestría y el doctorado. Desde lo académico, dedicó su vida a la matemática y al estudio de los sistemas dinámicos y la teoría del caos.

Con el retorno a la democracia, se convirtió en un referente para muchos universitarios e incluso le ha valido el rótulo de *experto en presupuesto de la Udelar*. Después de haber sido integrante del CDC también por el orden docente durante varios años, Markarian compitió tres veces por el Rectorado de la Universidad y fue electo en la segunda, en 2014. Llegó al cargo con una mirada crítica sobre varios aspectos de la gestión de su predecesor, Rodrigo Arocena, y propuso una agenda que, entre otros temas, planteó la reconceptualización de las actividades de extensión universitaria y la generación de un nuevo Hospital de Clínicas.

En 2018 fue por la reelección y no la logró. Siempre dispuesto a ver una oportunidad en un revés, como cuando aprovechó la prisión para leer obras que de otra manera no hubiera leído, consideró que su candidatura en ese momento aportó al debate universitario y a lo que se hizo posteriormente. «Estoy muy contento de haber sido rector y estoy muy contento de no ser más rector, ambas de igual forma», afirma.

Recientemente usted ha hablado del esfuerzo de su madre para que completara los estudios secundarios y universitarios. ¿De qué forma le inculcó la importancia del estudio en una época en la que no era tan frecuente completar los ciclos educativos?

Las motivaciones propias de mi madre no me animo a decirlas. Diría que con mi madre nos formamos juntos. Ella provenía de un período en el que había sido muy golpeada por la separación de los Markarian, que la habían denigrado un poco. Ella se encerró a cuidar el almacén de la casa, en 20 de Febrero y Fray Bentos. Mirando al entorno del barrio, una zona muy obrera, había una familia, los Schinca, que tenía un nivel más alto. Yo diría que, imitando, ella compró los muebles que los Schinca compraban, compró las enciclopedias que compraban. Con el esfuerzo del almacén, que no daba para generar altos recursos, me fue entusiasmando para estudiar y ser disciplinado, que es uno de los rasgos que mantengo.

Ese esfuerzo hizo que yo fuera dándole al asunto, con su protección muy fuerte, estuvo cerca de lo que yo hacía, por más de que mi madre no terminó la escuela primaria. En ese esfuerzo, tanto desde el punto de vista cultural, ideológico y hasta desde el punto de vista político, más adelante, hicimos un proceso paralelo en el cual yo me fui involucrando en cosas técnica y académicamente más avanzadas, que ella me empujaba a hacer. Primero en el barrio, ahí en la Escuela n.º 38 [en la Unión, cerca de la Curva de Maroñas]. Cuando fui al liceo, debo decirlo con sinceridad, por más que sea un poco a contracorriente, estoy muy contento de haber salido del barrio para estudiar. Tuve que ir al Liceo Rodó, en el Centro, al lado del Sorocabana. Estoy en contra de que la gente no salga de donde está para estudiar, es algo que va a contracorriente de la cultura avanzada actual, en la que la gran movilidad es lo importante. Mi movilidad fue menor, fue

En 2023, Roberto y Vania Markarian anunciaron que destinarían el dinero correspondiente a la herencia que el exrector le dejaría a su hija para financiar becas de apoyo para estudios en Matemática. La convocatoria apunta a financiar apoyos para la realización de estudios en el grado, maestría y doctorado.

tomar el 103 para ir desde la parada de 8 Octubre y 20 de Febrero a 18 de Julio y Río Branco, donde estaba el liceo. Ese recorrido de media hora o tres cuartos de hora de ómnibus para mí fue vivificante, porque salía de un ambiente sencillo de barrio y entraba en un mundo en el que, de repente, me encontraba con [Juan Carlos] Onetti en el Sorocabana. Nunca fui amigo de Onetti, pero el ambiente era distinto, un liceo avanzado, sabidamente con buenos profesores.

¿Qué recuerdos tiene de su etapa de estudiante liceal?

Hay algunos recuerdos medio jocosos. Yo era muy buen estudiante y, en 1961, cuando se cumplían 150 años de 1811, de la epopeya artiguista, hubo un concurso en el que te daban un tema para escribir. Yo me presenté y salí segundo. El premio era un montón de libros. Algunos los sigo encontrando en mi biblioteca. En el mismo año, quizás 1962, yo iba de pantalón corto, y los de origen armenio tenemos fama de tener mucho pelo, no en la cabeza, sino en el cuerpo. Iba de pantalón corto con aquella pierna peluda, y un profesor de Cultura Musical me hacía pasar por gusto para tomarme el pelo. Me decía que cuándo iba yo a dejar de usar esos pantalones cortos. Yo no tenía nada que ver con los pantalones cortos, eran culpa de mi abuelo o de mi madre, no sé de quién, que me hacían ir así. Decía que la primera vez que me pusieran pantalón largo me iba a parar en la puerta del liceo a fumar para mostrarlo. Por suerte nunca tomé el hábito del cigarro, pero el pantalón largo me lo puse poco después de eso.

¿Cómo describiría el clima al momento de entrar a la Universidad de la República?

El gran golpe fue pasar del Liceo Rodó al IAVA. El salto fue ahí: el IAVA era ese monstruo famoso por los buenos profesores. Así que pasé de un estado medio de protección, como era el Liceo Rodó, con poca gente, a estudiar preparatorio de Ingeniería a un lugar donde estaba

como perdido. El salto a la facultad fue menor, la gran diferencia con la actualidad es que éramos cien estudiantes en primer año de Ingeniería —105 exactamente— de quienes solo cuatro o cinco eran mujeres. Yo diría que un tercio éramos muy buenos estudiantes, no me excluyo, un número inmenso para la cantidad. Alguna vez, en broma, he dicho que el número de los treinta, un tercio de cien, es el mismo número de los buenos estudiantes ahora, pero ahora entran mil quinientos. El salto a Ingeniería no lo noté tanto. Yo iba a la Facultad de Ingeniería antes de entrar, porque una excelente profesora de Secundaria en el último año me recomendó estudiar un trabajo de [José Luis] Massera, y comencé a leer trabajos, no importantes desde el punto de vista científico, sino desde el punto de vista pedagógico, cuando tenía quizás dieciséis o diecisiete años. Fui conociendo la biblioteca de la Facultad. El golpe cuando entré a Facultad no fue tan grande y me integré con rapidez al trabajo, no sé si era propiamente gremial, pero integrado, solidario, conjunto, con gente. No entré a lo loco, solitario y que no conocía nada, sino que, al contrario, *los 105* nos conocíamos todos.

¿Qué lo llevó a tomar esa decisión de entrar a la militancia estudiantil en una época muy fermental en cuanto a las discusiones y a los asuntos que estaban ocurriendo en Uruguay y en el mundo?

Yo tenía militancia estudiantil en el IAVA. La que hice fue una actividad casi que social, hay unos famosos apuntes de un curso de Massera de Álgebra Lineal. Los apuntes habían sido sacados por la generación anterior a la mía, a través de gente importante, amigos posteriormente. Habían sacado las notas porque el curso de Massera era originalísimo, cien por ciento nuevo. Se decía que Massera lo preparaba en los viajes, cuando iba a los congresos del Partido Comunista, pero no había manera de salvar el curso si no era mirando esas notas, complementando con dos o tres libros. Mi generación fue la que hizo las notas de ese curso a mimeógrafo, todavía tengo copias. El esfuerzo de pasar las notas manuscritas a notas escritas a

máquina para después sacar centenares de copias generó un grupo de compañeros muy solidarios, que éramos entre quince y veinte.

O sea que mi actividad gremial fue típicamente de buen estudiante, después me fui involucrando más. En un vicio que mantengo ahora, iba mucho al cine. Redactaba notas de cine para el boletín del CEIA, así se llamaba: Centro de Estudiantes de Ingeniería y Agrimensura. Lamentablemente, de ese boletín no tengo ni una copia ni he visto una copia, la dictadura se lo comió todo. Los querría ver porque recuerdo películas que comenté como crítico de cine: un *Hamlet* hecho por el cine soviético, de una calidad excepcional. *Dr. Insólito*, una película sobre la guerra nuclear. Eran cosas que yo escribía para el boletín, aparte de muchas cosas más, por ejemplo, sobre el movimiento estudiantil. A los dos o tres años dimos vuelta la Facultad y el Rectorado la intervino. Fue una actividad que era gremial, pero menos política que la actividad habitual.

¿Cuáles eran los temas que se discutían en esa época?

Como estudiante, tuve una fuerte actividad, digamos, de control académico. Entré muy joven a la facultad, tenía diecisiete. Me refería a cuando tenía veinte años, en tercero, veintidós a reventar. Desde 1964 hasta 1967 no pasó nada, es decir, le dedicaba tiempo a ver qué hacían los profesores. Cuando un profesor no nos gustaba, y no era yo solo, eran muchos, armábamos polémica, pedíamos que lo echaran, que no lo reeligieran, hacíamos cátedras paralelas. Es algo que ahora suena un poco raro, pero a lo que nosotros le dedicamos mucho tiempo. No quiero generalizar, pero siempre fui un defensor de que el militante gremial tiene que ser un buen estudiante, porque es como ser profesor y no preocuparse de saber lo que se tiene que enseñar. Era un buen estudiante que me preocupaba de cómo marchaba y me fui involucrando porque los tiempos fueron cambiando. En 1968, con [Rodrigo] Arocena fui miembro del Comité de Movilización de la FEUU, que no era ninguna actividad intelectual, era organizar —lo digo con

total sinceridad y me enorgullezco de eso— dónde nos concentrábamos para tirar piedras y ver cómo huíamos para que no nos agarraran. Eso lo hacía un comité en el que había gente muy variada, de distintos grupos gremiales y políticos. No me animo a decir cómo fui derivando hacia eso, creo que fue naturalmente.

A la vez, le dedicaba mucho tiempo al estudio y eso lo hice hasta que se fueron complicando cada vez más las cosas, cuando empezaron a caer estudiantes presos; decir que ahí estudiaba es mentira. En 1970 ya no era estudiante de Ingeniería, sino de Matemática, hice un gran concurso donde yo aprendí Matemática. Fue un concurso para grado 2 que fue como una maestría, con Arocena, con [Walter] Ferrer, que también tuvo y tiene una militancia universitaria y gremial importante, y un cuarto, Jorge Gerszonowicz.

¿Qué eco encontraban como estudiantes en el orden docente y el Rectorado en relación con los distintos puntos que se discutían en el Cogobierno? Mencionaba la situación de la intervención de la Facultad de Ingeniería...

Vania Markarian ha estudiado la intervención de Ingeniería en un libro que salió recientemente. En la Facultad de Ingeniería se formó un grupo de ingenieros con un gran sentido nacionalista y progresista, más allá de que ahora el uso de la palabra nacionalista está tan complicado. Lo encabezaban [Julio] Ricaldoni, [Agustín] Cisa, Maggiolo y Massera, que no estaba involucrado de manera directa, pero era parte de ese grupo desde el punto de vista intelectual, con una mentalidad, yo diría, con gran influencia del batllismo de Batlle y Ordóñez —Massera capaz que se enojaría, si me escuchara—. Ricaldoni y Maggiolo notoriamente: si les preguntaban qué eran ellos políticamente, decían batllistas. Cisa no: era de origen blanco.

Tenían una concepción de *desarrollo* muy independentista de los países atrasados como el nuestro, en sentido que postularon y explicaron

bien que nuestros países no iban a liberarse en el sentido de la dependencia económica si no tenían un gran desarrollo de la industria y el pensamiento independiente. Eso era carne en todos ellos, en Maggiolo muy en particular. Ese grupo no era un grupo político, pero era claro que pensaban conjuntamente. Es el grupo que promovió la intervención de la Facultad por parte del CDC y que llevó a Maggiolo al rectorado poco después. De alguna manera, muchos de ellos después se integraron al Frente Amplio, Maggiolo en particular. Pero el proceso es independiente de los procesos políticos. Ese grupo tenía una dinámica propia, uno podría agregar a esos a intelectuales como [Arturo] Ardao o [Carlos] Quijano, pero ese grupo tenía su vida propia y pensaba esos problemas desde el desarrollo tecnológico, ese era el detalle que no tenían ni Quijano ni Ardao.

Ese rasgo se mantuvo y, de maneras distintas, se hizo carne en muchos de nosotros, y me refiero a Mario Wschebor, Rafael Guarga, todos estábamos y estamos imbuidos de ese modo de pensar, y después derivamos cada uno a lo nuestro. Ese espíritu fue muy fermental en Ingeniería, también estaban Juan Grompone y Ruben Budelli. Esa generación, de la cual yo soy de los más jóvenes, está influida por ese proceso. En simultáneo, y posteriormente, formamos grupos para estudiar *El Capital*, algunos se hicieron un poco trotskistas, hubo variantes, pero aquella matriz influyó mucho sobre nosotros.

¿Quiénes de todos estos referentes de la intelectualidad uruguaya lo influyeron a la hora de formarse como docente?

Como docente, Massera, por más que su estilo era mucho más formal del que yo procesé siempre en la enseñanza. La exigencia de lograr hacer entender y enseñar cosas que importan en simultáneo la aprendí de Massera. Además, aprendí que no importa lo que la gente piensa cuando uno es profesor, sino lo que sabe de lo que uno quiere enseñarle. Massera se excusaba de tomarle exámenes a los comunistas

si él sabía que eran comunistas. Quería evitar que eso influyera. Sería bueno que mucha gente lo aprendiera ahora. Estoy radicalmente en contra de la consigna «Hoy por ti, mañana por mí», que fue derrotada en 1918 en Córdoba, que no creo que esté vigente del todo, pero que mucha gente la profesa, y eso lo aprendí de Massera. En cuanto a la enseñanza, no hay amigos, hay gente que sabe o no sabe y si hay que votar negativamente la reelección del docente porque es malo, por más de que sea mi compañero de armas, lo voto negativo. La institución se mantiene porque uno controla la calidad de la institución, no la amistad en la institución, y esas cosas a veces cuestan. Yo acepto que a mí me ha costado, pero no tengo ningún problema en seguirla defendiendo, lo he hecho con coherencia y lo seguiría haciendo, porque sigo influyendo en las elecciones de mi instituto en este momento.

¿Cómo recuerda los años anteriores al golpe de Estado y, en particular, cuando empezaron a morir estudiantes?
¿Cómo impactó en la Universidad de la República y en el movimiento estudiantil?

Yo era docente, el grado 2 del concurso que comentaba antes, pero, mientras fui las dos cosas, mi militancia era estudiantil y era muy cuidadoso en evitar hasta votar en el gremio docente. Podría haberlo hecho porque era socio del gremio. No me la doy de respetuoso total de las normas de la democracia, pero me parece que son cosas que van adentro. Si era estudiante, tenía que ser estudiante y se acabó la historia. Presenció asambleas docentes, me acuerdo de una muy clara cuando se eligió a [Samuel] Lichtensztejn sobre [Carlos] Reverdito en la última votación de rector antes de la dictadura. Fui a la asamblea docente a presenciarla, calladito, a ver qué pasaba. Era una asamblea grande y de gente muy importante, gente de peso en la Facultad, pero aun así mi militancia fue siempre estudiantil hasta la dictadura.

Fue un período en el cual yo vivía medio en la ilegalidad, no dormía en mi casa. Caí preso varias veces antes de la prisión larga. Cuando cuento mis siete años y más de preso, cuento varios meses sueltos que son de este período. Yo lo viví bien, iba mucho al cine, como sigo yendo. Tenía una vida de joven normal y a la vez estudiaba, estudiaba las consecuencias de la política internacional, de algunas cosas relacionadas con el campo soviético y socialista, pero, a la vez, organizaba al movimiento estudiantil, colaboraba en esas cosas. Yo viví siempre una vida muy natural, nunca hice mucho drama de lo mal o bien que me fue, lo viví de pleno. Contento en el sentido de que me sentía haciendo lo que tenía que hacer. No soy de los que se arrepiente porque algunas cosas fracasaron o salieron mal. La vida hay que vivirla con ganas, nos equivocamos mucho en muchas cosas, pero todo el mundo se equivoca. A veces uno elige mal, apoya algunas cosas que hizo Stalin y después se arrepiente, ¿qué problema hay? La vida está llena de malas resoluciones, cosas que uno pensó mal o tuvo mala información.

¿Qué recuerdo tiene de las últimas elecciones universitarias antes de la intervención de la Universidad de la República, que fueron un hito importante?

Esa fue una de las grandes alegrías que tuvimos: haber ganado en el medio de semejante arremetida represiva. Fue en el marco de la Ley de Educación, que todo el mundo, después, la aceptó como si fuera el paradigma de la democracia, pero yo estoy en desacuerdo, incluso con lo del voto obligatorio [en las elecciones universitarias]. Haber ganado esas elecciones fue una alegría inmensa, que yo viví medio de afuera, porque ya estaba clandestino. Fue espectacular y fue una buena muestra de las reservas sanas que la Universidad y el país tenían y tienen.

¿Cómo fueron los años de la clandestinidad y en qué aspectos de la militancia estudiantil podía seguir incidiendo?

Fui miembro del CDC como delegado estudiantil hasta 1972 o 1973. Diría que dirigente estudiantil, en el sentido puro de la palabra, o sea, de algún organismo de la FEUU, lo fui hasta esos años, pero ya estaba dejando de actuar dentro del movimiento estudiantil. Así que me metí en la militancia política, diría que desde 1972 hasta 1975, que es una cosa de la que tampoco he hablado mucho. Yo fui afiliado a la Juventud Comunista, me desafilié y volví en 1973. Veía que, estando afuera, no iba a poder influir como yo podía hacerlo, así que fui dirigente importante de la Juventud Comunista, era secretario de Finanzas en ese momento. Era dirigente estudiantil, pero lo viví fuera del movimiento estudiantil propiamente dicho.

Lo viví de una manera muy extraña, porque después de que me echaron de la Universidad —fui uno de los primeros, en 1973— primero logré emplearme en unos liceos privados, di clases en el Instituto Uruguayo de Estudios Preparatorios (IUDEP), que era un liceo de alto rango que estaba en el centro. Era el preparatorio del Liceo José Pedro Varela, con un público *high*. Fui docente ahí un año y medio, un día me agarraron preso y me echaron. Luego, empecé a dar clases particulares a grupos chicos de muchachas. No me iba bien porque estaba mal económicamente, dejé de cobrar el salario universitario, mi esposa también —Leny Durán, la madre de Vania—. Quedé apretado y saltando de aquí para allá, durmiendo un día acá y otro día allá, pero estaba bien. Leía mucho, escuchaba buena música, a pesar de todo. Me acuerdo de haber escuchado los cuartetos y en particular el famoso *Quinteto para cuerdas* (con dos violonchelos) de Schubert en una casa clandestina: mirando la casa que no conocía a ver qué había y encontrar un tocadiscos para poner una música que no conocía y embelesarme, además de otras cosas que son más personales. La pasé bien, todo el mundo me dice que es un poco raro, pero es

así, y después caí preso. Yo caí en febrero de 1976, en el medio de la arremetida contra el Partido Comunista y su juventud.

¿Qué le decía su madre en esa época?

Mi madre estaba asustada y, a la vez, me apoyaba. Nunca interfirió en las cosas que yo hacía. Yo ya era mucho más independiente. A mi madre la separaron de los Markarian cuando yo tenía cinco años y era un salvaje, incluso no hablaba bien. En broma digo que hubiera sido carne de psiquiatra o de psicólogo, que no lo fui, y de repente me transformé en un excelente estudiante. Ese es el período crucial de la influencia de mi madre, cuando tenía entre seis y quince años. Cuando fui miembro del CDC mi madre no tenía nada que ver, yo era un buen estudiante que estaba en el Gobierno de la institución. La influencia era de un apoyo genérico, de dejar hacer. Ganaba un poco de dinero y le pasaba plata a ella porque el almacén estaba tecleando, era una relación distinta, pero de apoyo siempre. Y de mi esposa también, cuando estuve preso muchísimo más. Las tres, porque Vania ya era chica.

Mi familia es mínima, no tengo casi familia. Después se agregaron cosas, pero en ese período mi familia era mi madre —que desapareció—, mi esposa —Leny Durán— y mi hija. Los Markarian nunca estuvieron cerca. Después tuve amistad con mi hermano, pero es una cosa posterior. Estaban una tía y un tío del cual he hablado poco, que fue la influencia intelectual y política de la familia. Estaba casado con mi tía Bayzar —le decíamos Betty—: Martín Kelechian era la presencia masculina en la casa e influyó, quizás más indirectamente, pero influyó mucho. Todavía tengo libros de los que él me fue dando, muy variados, algunos de política, otros de las grandes culturas mexicanas: los mayas, los olmecas, las grandes culturas primigenias de América precolombina. Me lo regaló, lo leí. Yo asimilaba todo. La influencia de mi tío Martín, que murió hace muchos años, fue muy grande. Esos libros no hubieran entrado en casa si no hubiera habido una influencia externa.



Eso de criarse en el caldo de uno no es bueno, salvo que sea un caldo exquisito, lleno de cosas ricas. Pero del caldo de uno no salen caldos nuevos y para sacar caldos nuevos tiene que haber presencias distintas, yo defendiendo la diversidad en este auténtico sentido. Cosas distintas que influyan en uno, y el tío Martín trajo eso a la casa, una cosa distinta a la *armeniada*, al almacén. Y la cosa delirante de mi madre, de esas ganas de ser distinta a ella misma, eso es lo que me aportó.

Habló también de que en la cárcel aprovechó la diversidad de gente que estaba en esa misma situación para capitalizarla intelectualmente.

Eso es así, yo estuve en un montón de cárceles. Estuve en los departamentos de Inteligencia y Enlace, pero ahí fue casi pura tortura, en Maldonado y Paraguay; estuve en Cárcel Central, que es un lugar que poca gente conoce, porque ahí van los presos de jerarquía, pero yo estuve como un año en Cárcel Central, en el cuarto piso. Ahí estaba [Liber] Seregni en el sexto piso. Después me trasladaron al Penal de Punta Carretas. Luego fui al Penal de Libertad, pero en el medio estuve en los peores lugares, en los infiernos: en el foso, en el de Punta Gorda y en el Batallón n.º 13, ahí donde murió tanta gente. No sé ni cuánto tiempo estuve, fue tan terrible aquello que si me dicen que estuve dos días digo que sí, si me dicen que estuve una semana digo que sí, lo mismo si me dicen que estuve un mes. No sé cuánto estuve ahí. Creo que un mes no, porque sería mucho, pero si fue dos días o diez, no sé. En todos esos lugares estuve y terminé en Libertad, donde estuve más tiempo.

Los lugares en los que estuve con mucha gente fueron básicamente en Punta Carretas y en Libertad. En Punta Carretas porque eran grupos grandes, unas celdas feas, con ratas, pero éramos seis u ocho personas. Cocinábamos, guardábamos, pudríamos carne y hacíamos comida con eso. Ahí conocí una cantidad de gente totalmente ajena, que no

conocía, con la cual no había actuado en política ni nada. En Libertad, quizás como fue más largo, conviví con gente muy distinta, inteligente, talentosa, pero que no tenía la formación ni la cultura que yo tenía. Puede que de *La República* de Platón no se pudiera hablar, capaz que no sabían quién era, pero era gente inteligente, con la que hablabas cualquier cosa y oías una opinión madura. Enriquece mucho porque el esfuerzo por entenderse es muy lindo.

Estudié mucha historia y literatura española, desde Ramón Llull, que fue un sacerdote que fue como una revolución neoaristotélica en el siglo XIII, hasta *El Quijote*: de la literatura española leí todo. El *Ulises*, de Joyce; *La montaña mágica*, de Thomas Mann, lo que hay que hacer para leerlo es estar preso o ser crítico literario. Y eso lo hice con esa gente, es un placer. Además, estaba con Massera. Eso era otra historia, al contrario, uno paraba la oreja y a aprender. Escribimos cosas juntos que están editadas.

Parece un poco loco, pero sí, aprendí. Por más que sufrí mucho, obviamente mi familia sufrió. Vania, esa mujer hoy tan reconocida, uno no entiende mucho cómo considera que yo soy el padre, me veía una vez por mes durante media hora o cuarenta minutos. ¿Qué vio en mí? Nada, un señor que se portaba bien con ella. Eso es un mérito de la madre, de la cual me separé por razones de convivencia, pero por la cual tengo el máximo respeto y la quiero, en el sentido puro de la palabra.

En ese sentido es que aprendí, leí mucho, amplí mi cultura, que ya era importante. Aprendí a hacer manualidades que son casi increíbles, y después Leny las vendía. Eso fue después del Infierno Chico de Punta Gorda, donde me comí cada paliza por razones casi increíbles. Una vez, un soldado común me preguntó qué grado tenía yo, porque parece que ahí eran todos militares. Grado 2, le contesté, que era el grado que tenía en la Universidad. Me pegó una paliza que ni se sabe. Se habrá enterado que no era militar. Después de eso tortura física no tuve, mental, continuamente.

El preso que estaba conmigo en Libertad era un preso considerado peligrosísimo, con sanciones continuas. Teníamos número, yo era el 2640 y creo, no estoy seguro, que él, el 2315. Venían por él, lo mostraban porque era considerado un jefe del aparato armado, y yo de carambola estaba ahí al lado de él. No sé si de carambola, tampoco me voy a degradar. Si me preguntaban yo respondía que era profesor de Matemática. Me sancionaron varias veces por ellos decirme que les pudría el bocho a los chiquilines, y yo reiterarles que era profesor de Matemática.

¿Cómo vivió la etapa del exilio y la decisión de la posterior vuelta al país?

Yo exilio no tuve. Salí de prisión en setiembre de 1982 y desde ahí resido en Uruguay. Leny tenía cáncer del sistema linfático, se lo detectaron poco antes de que yo saliera. Estaba tomando citostáticos, por lo tanto, había perdido el cabello. No la dejaron entrar varias veces por no querer entrar pelada, con peluca no la dejaban entrar. Cuando salí, muchos amigos, como Mario Wschebor, Jorge Lewowicz, Marcos Sebastiani y cantidad de colegas míos un poquito mayores querían que me fuera a estudiar al exterior y los médicos dijeron que convenía tratarla acá, y nos quedamos. Empecé a estudiar Matemática de vuelta, como de cero. Eso parece muy raro, pero fue un mérito no haber creído que era un crack y después de haber ganado el grado 2, que no precisaba más nada. No. «Empiezo de vuelta», dije. Empecé como si fuera estudiante liceal en Porto Alegre. Di prueba de ingreso para entrar a la universidad. Mirado de ahora parece un poco de locos, pero fue así.

Así que en el exterior viví, en Porto Alegre, pero pocos meses. En Río de Janeiro, para doctorarme, viví un año y poco. Sabía mucha matemática, la verdad. Todo iba rapidísimo, así que en poco tiempo hice todo, la licenciatura, la maestría y el doctorado, pero nunca me

fui. A Río lo conozco bien, por ejemplo, a Porto Alegre iba y venía, iba a dar exámenes. Eso fue entre 1983 y 1985; en Río, entre 1988 y 1989. Después, salvo muchos viajes, hice un posdoctorado en Moscú, por ejemplo, pero siempre estuve radicado en Uruguay. Hice mi carrera en el exterior, pero desde acá.

¿Cómo fueron los años anteriores al rectorado, en los que desempeñó distintos cargos en el Cogobierno?

La actividad universitaria anterior al rectorado fue toda gremial, yo no tuve ningún cargo de gobierno antes de ser rector. Un poco raro, pero es así. No fui decano, no fui prorector u otros cargos en los que la gente va ocupando y va llegando. Tenía una actividad notoriamente importante, no lo voy a negar, pero lo hice siempre desde cargos gremiales. Integré el Consejo Central, fui considerado, un período, como el experto en cosas presupuestales de la Universidad, pero siempre como delegado docente. Eso se dio con naturalidad y, en paralelo, tenía una actividad académica importante. Para mí era bastante esperable que fuera así, no tenía necesidades económicas agregadas, no se daba que quisiera ocupar cargos. Eso lo hice muy naturalmente, lo hice con entusiasmo, actué con algunas de las personas que fui mencionando. En intentos de cambiar la Ley Orgánica con Arocena, otras cosas con Gerardo Rodríguez, otro docente de Ingeniería muy importante. También con gente de otras facultades, obviamente la Facultad de Derecho, la de Ciencias Económicas y de Administración. Sentía cercanía con todos ellos, por ejemplo, con Horacio Cassinelli Muñoz, con [Danilo] Astori, para hablar de nombres muy conocidos, con los cuales tenía una cercanía académica universitaria grande.

Siempre lo hice desde ese lado y dedicándole mucho tiempo a mi trabajo de investigador. Tuve un período importante donde hice cosas más importantes para mí y para la matemática, que es a la

que yo me dediqué: los billares caóticos. Yo diría que, alrededor del año 2000, unos años antes o unos años después, fue el período más activo, por más que el viaje de posdoctorado a Moscú fue crucial, porque me acerqué al palo duro de la disciplina, de la gente que había sido creadora de la disciplina. [Yakov] Sinai se llama uno de ellos, [Nikolai] Chernov, que fue mi gran colaborador, con el cual hicimos un libro que creo sigue siendo como la biblia de ese tema; era de origen ucraniano, se doctoró en Moscú y terminó viviendo en Estados Unidos, en Princeton y Alabama, con el cual hicimos amistad, varios libros y varios trabajos de investigación que marcaron etapas de esta disciplina. Eso lo hice en ese período, más o menos en paralelo con ser experto en presupuesto de la Universidad. Lo que hacía lo hacía con ganas y a veces me salía bien.

¿En qué momento decidió postularse al rectorado y qué recuerdos tiene de entonces?

Yo fui candidato al rectorado enfrentado a Arocena —enfrentado en el sentido de que éramos dos candidatos, uno frente al otro—. Creo que los dos teníamos un planteo diferente al rectorado de Guarga, que había sido el anterior. Fui muy apoyado por Wschebor, que para él debe haber sido una crisis personal, porque era más amigo de Arocena que mío, pero consideraba que yo iba a ser mejor rector. Ese espaldarazo que recibí de él fue el que me hizo presentarme cuando gané. Las plataformas están ahí. Ahora no me voy a poner a refrescarla, quizás hablemos un poco sobre algunos principios sobre la educación más en general, sobre cosas que deberían hacerse distinto.

¿Por ejemplo?

Insistir mucho para que haya más universidades en el país, yo considero que tiene que ser un principio de la Universidad Mayor. La Universidad de la República no puede seguir creciendo, no debería seguir creciendo. Tiene que diversificarse, porque adentro de la Universidad hay demasiadas universidades distintas. No quiero poner ejemplos, pero si uno mira esta facultad y otra, mira este instituto y otro instituto, son demasiado distintos. No conviene que convivan, porque trabajan de manera diferenciada y es bueno que tengan direcciones diferenciadas. Ninguno de los dos hace cosas que no hay que hacer, lo único que uno las hace muy bien y otro lo hace más o menos, capaz que es porque las disciplinas son distintas. Yo opino eso y puede que en eso vaya contracorriente, pero creo que en este momento es una traba del buen desarrollo de la educación en Uruguay. Hay que romper con ese principio, porque, si no, demasiadas cosas van a seguir trancadas.

Hay algunas cosas que son consecuencias de la historia política del país: la Ley Orgánica, por ejemplo. Cambiarla no depende solo de la Universidad, pero la Ley Orgánica no debería ser la ley de la Universidad de hoy. Por más que yo estoy en contra de tirarnos al agua de cualquier manera, esa ley no está hecha para el sistema universitario del mundo de hoy. Lo digo totalmente tranquilo. Es una Universidad pensada para hace setenta años y ahora estamos pensando los ciclos a dos años. Ahora hasta el clima se piensa cortito, que es una cosa de millones de años; la gente habla qué va a pasar pasado mañana. Nosotros tenemos 65 años exactos. Eso no significa que haya que salir a vociferar por la calle que hay que cambiar la Ley Orgánica, digo que es bueno que los universitarios nos convenzamos de que hay que cambiarla.

El sistema que se inventó cuando se empezó a concebir la Ley Orgánica está pensado para otro país. Está pensado para 105 estudiantes de ingreso en Ingeniería, de los cuales 30 éramos

todos excelentes. Yo no digo que esté mal que ahora haya miles de estudiantes de Ingeniería, lo que digo es que los miles que entran no quieren entrar a esa Facultad de Ingeniería, quieren entrar a otra cosa. Bueno, hay que ofrecérselo, no que se tranquilen al primer año porque la ingeniería que les ofrece esa facultad no es lo que ellos quieren ni lo que ellos pueden. Si no saben sumar quebrados no van a avanzar el primer año de Ingeniería. Entonces, tiene que ser distinto. Nosotros no nos podemos lavar las manos. Es necesario que lo pensemos con cabeza abierta.

La atadura a la Reforma de Córdoba... año 1918, pasaron 110 años. ¿Cómo puede haber gente que diga que eso es el paradigma de la democracia universitaria? Para mí es un contrasentido. Es como si dijera que tenemos que hacer la Revolución de Octubre de 1917, la que dirigió Lenin. Ningún comunista cuadrado va a defender eso. Que uno diga que hay que inspirarse, tener el espíritu y la capacidad de combate, yo, cien por ciento, voto. Ahora, de ahí a pensar igual, jamás. Ni lo uno ni lo otro. Sin embargo, hay gente a la que le hablás mal de la Reforma de Córdoba y te miran con cara de susto. Y hasta se habló de la segunda reforma después. Vamos, ¡qué segunda reforma! Primero veamos lo mal que está la primera.

Hay que mirar con una visión distinta los problemas en el mundo universitario y en el mundo de la enseñanza de abajo también. Tenemos que pensar seriamente qué hacer con la enseñanza de la matemática, de la cual yo me siento responsable como el viejo de la matemática del Uruguay. No estos cambiecitos que están haciendo ahora bajando las horas... Me pregunto qué va a pasar con los estudiantes de Ingeniería cuando les están bajando como cinco horas de la formación en el último año en Secundaria. Si ya venía muy mal, ahora le bajan cinco horas, va

La Reforma de Córdoba, iniciada en la ciudad llamada La Docta en 1918 con una serie de protestas estudiantiles, impulsó y logró la democratización y la mejora de la calidad de la enseñanza en la Universidad de Córdoba, en ese momento controlada por grupos conservadores. En el *Manifiesto Liminar de Córdoba*, sus estudiantes plantearon sus principales reivindicaciones, en un texto dirigido a «los hombres libres de Sudamérica». Precisamente, su contenido se expandió por todo el continente y tuvo múltiples impactos en universidades de otros países.

a ser un desastre. No puedo esperar nada mejor. Tendrán grandes competencias para competir, pero saber matemáticas, que es una de las cosas que hay que saber fuerte para entrar a Ingeniería, no. La enseñanza de la matemática hay que pensarla de otra manera, pero, a la vez, la estructura de la enseñanza de la matemática tiene que cambiar. Entender mejor cómo se piensa la matemática es un gran tema que tiene que ver con la neuropedagogía, esas cosas tienen que entrar en el mundo nuestro de una manera radical. Hay mucha gente preocupada por este tema, no digo que no, pero casi nada que entre en el sistema mismo.

¿Cómo ha sido estar al frente de una universidad cogobernada?

Creo que todos los rectores hemos tratado de fortificarla. Gobernar una institución inmensa, como es esta, en la que votan trescientas mil personas..., el número, nomás, asusta. Toda la institución trata de aumentar la participación. Eso lo hemos hecho todos, pensemos una cosa u otra, nos hemos portado bien. Ahora, otra cosa es que lo que uno trata de hacer vaya a tener buenos resultados cuando lo que hace es a contracorriente, contra la corriente del mundo de hoy, de los jóvenes, del movimiento estudiantil. Uno tiene un mundo estudiantil que está muy influido por medios que no son los de su lugar de estudio, que es un rasgo típico. Cuando uno hablaba de la LO y habla de la Reforma de Córdoba, habla de un movimiento fuertemente compenetrado con la institución, que estaba pensando la institución, no solo iba a sentarse a aprender un curso de Filosofía de la Edad Media, sino que quería a la institución, la hacía suya. Eso hoy no sucede. Entonces, si uno no quiere a la institución, ¿por qué va a querer gobernarla? Si no es su institución, es un lugar donde uno transita. Eso cambió

En 2023, la ANEP terminó de aprobar la llamada Transformación Curricular Integral, que implicó un cambio de los planes de estudio en todos los niveles de la enseñanza obligatoria. En el caso de la propuesta para la Educación Secundaria, la asignatura Matemática pierde horas en relación con el Plan Reformulación 2006. En el caso de los cursos correspondientes al ciclo básico se pierde una hora semanal, mientras que en el caso de bachillerato la pérdida depende del trayecto de salida. En el trayecto en el que pierde más horas es en Ciencias y Tecnologías, donde pasa de tener doce horas semanales a nueve.

y como cambió tiene que cambiar el modo en que se participa, porque está pensado para participar mucho, para que la gente esté arriba del tema. Y eso no sucede, así que el compromiso es mucho menor, entonces, las posibilidades de que influyan tránsfugas en esos lugares son muy grande y es sabido que esas cosas pasan. Aparecen movimientos perdidos que nadie sabe ni de dónde salieron y, de repente, tienen dos o tres consejeros en una facultad. ¿Qué peso tiene eso como representativo de, aunque sea, un tercio del *demos* universitario? Yo levanto los hombros, no tengo más nada que hacer. Yo respeto, pero eso es un problema, no cabe duda.

Otro tema que en otra época solía discutirse mucho, ahora quizás un poco menos, es el de la autonomía. ¿Cómo definiría el vínculo con los gobiernos de turno durante su rectorado?

Que defendimos la autonomía fue claro, es sabido que tuvimos algunos problemas con el gobierno frentista, con Danilo Astori en particular, del que ya hablé con respeto, porque fue una gran figura. Sé que alguna expresión que tuvimos algunos de nosotros sobre que estaba equivocado no le gustó mucho. Estoy seguro de que lo dije yo mismo. En general, la autonomía fue respetada. El problema financiero es un problema crítico de la autonomía, cualquiera lo sabe. El otro día estaba hablando del tamaño de la Universidad y decía que es parecida a la Intendencia de Montevideo. No sé si la comparación está bien o mal, pero, en tamaño, la distancia no es infinita, la única diferencia es que la Intendencia recauda, la Universidad no. Esa es la gran diferencia. Como recauda, hace lo que quiere, institucionalmente es así. La Universidad recauda un poquito, un 15 % de su presupuesto sale de fondos extrapresupuestales, por ahí. Que su presupuesto dependa de otro organismo, en este caso del Parlamento y, de manera indirecta, del Poder Ejecutivo, es un problema que lo va a vivir siempre con conflictividad con el Ejecutivo de turno.

Es más fácil vivirlo con un gobierno con el que uno está en desacuerdo que con uno con el que está más o menos de acuerdo, pero si uno es serio, no baja lo que quiere hacer porque sea amigo del que está arriba. Eso lo vivimos bien, no le ocasionó a la institución grandes problemas. Por el contrario, en el período de Arocena las inversiones que se promovieron para desarrollar el interior, por ejemplo, fueron muy grandes. Fue un gran mérito. Nosotros fracasamos con el Hospital de Clínicas, para decir una cosa que para mí fue una gran frustración, lo digo sinceramente. El pelo no lo perdí por el Hospital de Clínicas, pero fue una cosa que me dolió, estaba ahí, arriba de la mesa. Son cosas que pasan, otras cosas salieron fenomenales, como la Facultad de Veterinaria. Yo no me quiero llevar los méritos, pero la decisión de terminar con la Facultad de Veterinaria frente al Campeón del Siglo fue una decisión que se tomó quince días después de que yo había asumido el rectorado. Creo que salió bien, porque no nos endeudamos ni nada. Fue un inmenso avance y que la Universidad esté usando los locales viejos también está bien.

Uno de los temas centrales con los que Markarian llegó al Rectorado de la Udelar en 2014 fue la renovación del Hospital de Clínicas. Durante su gestión se elaboró un plan de refuncionalización de la planta física del centro de salud, pero no obtuvo financiamiento para llevarlo a la práctica. El Gobierno de la época le ofreció a la institución costear la obra a través del modelo de participación público-privada, lo que en 2017 fue rechazado por el CDC.

Como he dicho, estoy muy contento de haber sido rector y estoy muy contento de no ser más rector, ambas de igual forma. El sistema es ese, podría no haberme presentado, capaz que fue un error, pero creo que fue buena la polémica. Traer algunos temas siempre es bueno, creo que sirvió para ahora, para lo que se hizo luego. Seguí siendo poco tiempo docente de Ingeniería, ahora lo soy honorario y me concentré en mi instituto, no influyo en ningún otro lado que no sea ahí, salvo estas cosas que estoy diciendo. Desde la Academia de Ciencias, que integro, estamos estudiando algunos problemas de las reformas educativas muy calladamente; las academias son instituciones muy silenciosas. Se ha hecho famosa por el hecho de que el presidente de la Academia de Ciencias fuera el coordinador general del Grupo Asesor Científico Honorario (GACH), pero eso fue

por la personalidad de Rafael Radi. Dentro de lo que puede hacer un hombre de mi edad, estoy bien, realmente.

¿Qué pérdidas de la vida cotidiana y familiar trajo estar en un lugar con ese nivel de exigencia?

Yo siempre viví muy solo. Este apartamento es mi apartamento. El *solo* es muy relativo, porque todo el mundo sabe que yo soy de buen humor, que leo mucho, que conozco mucha gente. A diferencia de los dos que estuvieron al costado mío, yo iba a las recepciones de las embajadas y la pasaba bien, me divertía. Soy un hombre sociable, pero en la vida interna, el hecho de no tener familia... Este era mi apartamento, dormía acá todos los días, cuando agarré el rectorado decidimos con mi compañera, Ana María Ferrari, que fue decana de la Facultad de Medicina, que era mejor que yo estuviera unos cuantos días no tan solo. Son cosas medio raras, pero que hacen al bienestar de la gente. Hicimos eso: pasé a vivir acá tres días por semana y cuatro con ella, dormía esas noches en su casa. Eso me dio una cobertura personal muy grande. Somos muy distintos, pero en el plano de complementarnos y cantidad de cosas, sirvió. Yo siempre tuve una vida bastante disciplinada, capaz que mi gran mérito es ser muy ordenado. Si había que levantarse a las 6.30, me levantaba; nos levantábamos, porque ella era profesora de Pediatría y se levantaba porque si no estaba 7.50 en el Pereira Rossell, se cortaba las manos. A las 7.50 venía a buscarme el auto para ir a Rectorado y ella, con el suyo, se iba al Hospital Pediátrico del Pereira Rossell. Lo sentí, obviamente, porque el cargo de rector es el cargo de rector.

Esa niña que ahora tiene diecisiete años [señala una foto de su nieta], hace diez años tenía siete y consideraba que su abuelo tenía el tercer cargo [de mayor importancia] en el país. Yo la quería convencer de que no, que era muy importante, pero que sería el vigésimo, le decía a ver si aprendía lo que quería decir vigésimo. No sé en qué lugar, pero que es un cargo importante en el país no hay ninguna duda, y uno tiene

que asumirlo como tal. Yo lo asumí con mi estilo, capaz que a veces muy simple, pero lo hice, y después pasé a la vida *normal*, aunque ahora con lo de las becas la cantidad de gente que me vive saludando y felicitándome por la calle ni se sabe. La transición fue muy normal en mi vida personal, obviamente que es más tranquila, porque el ritmo del rectorado... no hay que explicar nada, la administración, los líos que se hacen en todos lados continuamente. Uno que protesta, otro que felicita, otro que grita. Eso es una tensión, pero bueno, uno agarró y tiene que meterse en el baile. Después sale y se mete en otros líos, porque líos hay en todos lados, cambia de problema y de dificultad. El estatus es distinto, pero en términos internos yo lo viví parecido. Parece un poco irresponsable por el cargo de rector, pero, en mi interior, lo viví así. Cuando digo que estuve contento de ser rector lo digo con total sinceridad. Me pareció bueno, me pareció buena la gente que conocí. No digo que todos fueran eficientes al cien por ciento, pero me llevé bien, no tuve frustraciones con nadie. Este me traicionó, este hizo cualquier cosa, de eso no tuve nada. Capaz que uno se pone perdonavidas, pero me parece que no. Lo viví y lo vivo ahora en otro estado, con muchos más años, pero estoy tranquilo.

Estamos hablando para una publicación de historia de la Universidad de la República. ¿Cómo le gustaría que fuera recordado su rectorado dentro de unos años?

Sobre el impacto de mi rectorado, en este momento, no me animo a opinar. Se puede decir que fue un rectorado que defendió muy fuertemente la actividad académica de calidad, eso nadie lo pone en duda. Algunos lo consideran un defecto y algunos lo consideran una virtud, pero que eso fue así no cabe ninguna duda. Traté de fortificar los sectores débiles de la institución, pero que tenían buenas perspectivas. Hay algunos sectores débiles que siguen siendo débiles y va a costar mucho levantarlos, y yo no hice ningún esfuerzo por levantarlos, también es cierto, pero a los sectores que tenían perspectiva les dimos aliento. Las construcciones, como son

de períodos muy largos, no quiero decir que todo lo que se terminó en mi período sea el fruto de mi período, pero hay dos o tres obras grandes. La Facultad de Información y Comunicación es una y la Facultad de Veterinaria, ni hablar. Algunas obras del interior, incluso en Tacuarembó, la Casa del Estudiante, que no es de la Universidad, se hizo con la Intendencia.

Hace poco alguien hizo un resumen y aparecieron varias cosas de ese período. ¿Si es comparable al de Maggiolo o Cassinoni? No. Más allá de lo que dije antes, durante el rectorado de Cassinoni fue el período de elaboración de la LO y de las primeras grandes comisiones de la Universidad asociadas a la LO, y eso es una cosa inmensa. Maggiolo, con su jerarquía intelectual, la represión y 1968. No sé si fue el más grande rector de la segunda mitad del siglo XX, pero ahí están sus escritos. No es comparable a nada de eso.

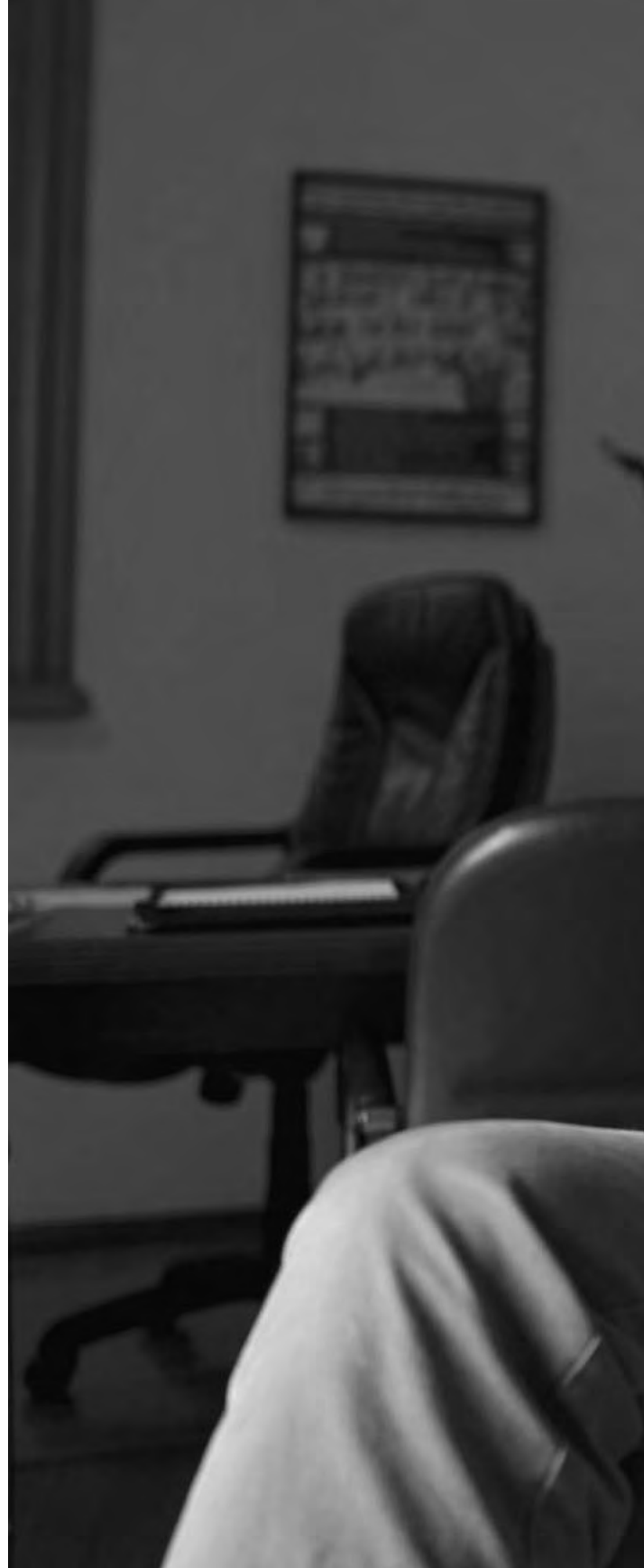
Estuvo la obra reconstructiva de [Jorge] Brovetto, con quien yo discrepé mucho y creo que se está olvidando demasiado. Yo soy muy respetuoso de mis no amigos, también. A la gente hay que reconocerla. Las comisiones sectoriales de Investigación Científica y de Enseñanza surgieron en el rectorado de Brovetto. Uno no puede hablar de esas comisiones sin hablar de Brovetto, por más discrepancias que haya tenido. Lo hizo y lo hizo muy bien.

Es difícil decir cómo querría que se recordara mi rectorado; no me animo a medir. Sobre la honestidad del equipo y todo eso ni hablar, creo que todos los equipos la tuvieron. Sobre el intento de alta calidad de trabajo también; que algunas elecciones de gente no hayan sido buenas, lo acepto. Ahora, el equipo trabajó con coherencia, un equipo muy uniforme, nos reuníamos semanalmente todos juntos los prorectores, los asistentes académicos y alguna gente más. Era un equipo muy solidario entre nosotros, muy igualitario en cuanto a considerarnos iguales entre nosotros. Son cosas con las que yo estoy contento, realmente.

¿Que hay cosas que me quedaron en el cuello porque no las pude hacer? También, varias. Hay varias que tenía pensado hacer después, pero bueno, hay cosas que son así. Es un rasgo que hay que vivirlo, porque el transcurrir institucional de todas las instituciones está lleno de idas y venidas, cuando los organismos son electivos, son electivos y se acabó la historia. Hay que aceptar las reglas de juego y bien, hasta con respeto. Eso lo hicimos todos, y yo en particular. Casi todos hicimos lo mismo, después de que salimos del Rectorado estamos a la orden, nos alegramos de que cuando el rector actual ve que viene un rector anterior lo reconoce y dice qué buenas las tradiciones. Cosas que son mérito de la Universidad que no pasan en la política ni por el forro. Uno mira el respeto que nos tenemos los universitarios discrepando en la Universidad con lo que se tienen los discrepantes en la actividad política o empresarial y nosotros somos unos santos. Yo me alegro de que seamos tan santos todos nosotros e incluyo a toda la gente que nombré. Es un mérito que la institución tiene y que tiene que mantener, que la gente sea respetuosa y que no se deje llevar por discrepancias circunstanciales, porque nombraron a este o al otro. Los nombramientos siempre tienen una cuota de injusticia, si hay dos candidatos y nombrás a uno y el otro era parecido, era parecido, pero se eligió a este. Si no hay ninguna chanchada ni cosas estrafularias, cuando son parecidos hay que elegir a uno y se acabó, el otro se queda callado.

RODRIGO ARIM

«La mejor forma de defender la Udelar
es demostrar que es capaz de transformarse
a sí misma»





Seguramente, dentro de algunas décadas los libros de historia se detengan a relatar lo ocurrido en 2020 en el mundo entero. Un virus transmisor de una enfermedad con niveles de mortalidad elevados cambió por completo la manera en que la vida social era entendida hasta ese momento. En el caso de la educación, la suspensión de actividades presenciales fue moneda corriente en todo el mundo y, en particular, en la educación universitaria.

En ese momento, el economista Rodrigo Arim desempeñaba el cargo de rector de la Universidad de la República desde hacía un año y medio. Según recuerda en la entrevista, el 13 de marzo de ese año, cuando se confirmaron los primeros casos en Uruguay, comenzó el día haciendo consultas a especialistas. La Universidad fue la primera institución pública en definir el cese de actividades presenciales, después se le sumaron casi todas las instituciones del Estado. Por todo ello y por lo que vino después, ya que las actividades presenciales con cierta normalidad en la Universidad se retomaron dos años después, Arim será asociado a esa etapa de crisis sanitaria.

Este suceso de magnitud mundial cambió las reglas de juego a poco tiempo de que asumiera el rectorado. Aun así, Arim se siente reconfortado tanto por el apoyo que encontró en el colectivo universitario cuando tomó las primeras medidas como por el hecho de que, más allá de que la covid-19 tomó el protagonismo central en la agenda de la institución durante varios meses, la Universidad no detuvo otros procesos de transformación que tenía pendientes.

En su trayectoria personal, el actual rector ingresó a la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración en 1990, en una década con varios conflictos presupuestales con los gobiernos de turno. Después de un primer año con algunas dificultades, Arim cuenta que, en el segundo, a partir de su ingreso al Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas y de Administración (CECEA) se sintió integrado de otra manera a la vida universitaria. Pronto ingresó a la docencia y luego al Instituto de Economía (IECON) como investigador, un paso clave en su trayecto docente.

A los pocos meses de haber sido designado como grado 5, en 2010 fue electo decano de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, con un amplio apoyo, cuando tenía 38 años. Cuatro años después, fue reelecto por unanimidad y en la Facultad pudo llevar adelante algunos procesos de cambio, como la creación de departamentos académicos y el cambio del plan de estudios, que databa de 1990. El mismo año que terminó su gestión como decano aceptó candidatarse como rector de la Universidad de la República, algo que le habían ofrecido y declinó cuatro años antes. En 2018 compitió con el entonces rector Roberto Markarian, quien iba por la reelección. Según recuerda Arim, en ese momento sintió que la Universidad estaba un tanto bloqueada en la definición de algunos temas importantes y, al mismo tiempo, con un clima interno polarizado y poco fecundo.

¿De qué forma incidió su familia para que culminara los estudios secundarios e ingresara a la Universidad de la República como estudiante?

Soy la segunda generación de universitarios. Para mis padres y el núcleo familiar con mis hermanos la universidad representa la esperanza de movilidad, de una vida digna en distintos aspectos. Mi padre es brasileño, siempre digo que fue el estado de bienestar uruguayo que en la década de los cincuenta termina determinando que viva en Uruguay. Primero, queda huérfano de padre, que muere de tuberculosis en el Hospital de Castillos, porque no había forma de atenderlo en la frontera. Por esas cosas de la vida, comienza a estudiar en la escuela pública uruguaya del Chuy y, al final, su tío y su madre, que eran quienes lo criaron, lo llevan a Brasil a estudiar. Las maestras uruguayas cruzan la frontera para buscarlo y preguntar por qué había abandonado la escuela, vuelve a la escuela uruguaya, termina en el liceo público uruguayo. Él siempre cuenta que, producto de la motivación de los docentes de Secundaria de Rocha, termina viniendo a Montevideo sin cédula de identidad uruguaya a estudiar con una beca de la Udelar.

Mi madre, con un contexto distinto desde Colonia, era una familia más integrada, con otras características, pero también fue a escuela pública rural y termina su formación como psicóloga en la Udelar. Ahí se conocen, ni más ni menos que en el comedor universitario. Hago este relato porque desde el punto de vista de mis padres, la Universidad es la institución que les permitió desarrollar la vida que llevaron, que es una vida rica, fecunda en distintos aspectos, profesionales y familiares. Siempre nos imbuyeron de ese espíritu, de esa cuestión de pensar a la universidad pública como un espacio central para el desarrollo social, en general, y del país, más en particular.

Mi hermano Matías y yo somos docentes universitarios y muy críticos de la Universidad, como corresponde a los universitarios. Los recuerdos que tenemos de los almuerzos de los domingos es ver a mi

padre casi erizándose cada vez que decíamos un cuestionamiento crítico hacia la Udelar, que no entendía por qué cuestionábamos a esa institución que le había permitido ser abogado y desarrollar una vida que era impensable en otro contexto. Formarse en la Universidad era parte de la vida cotidiana, eso era parte de lo que esperaban mis padres, pero también de lo que nos inculcaron. No quiere decir que fuera obligatorio —uno de mis hermanos no fue a la Udelar—, pero sí tenían la noción de que la Universidad es un espacio central de la sociedad y de las posibilidades que objetivamente tenemos como ciudadanos para desarrollarnos.

¿Cómo recuerda el trayecto anterior, en la educación secundaria?

Hice Secundaria en un momento muy particular del país, como lo son todos, pero en mi caso me tocó transitar hacia la democracia. Primer año de liceo lo empecé todavía en dictadura y lo terminé en democracia. En esos tránsitos, propios de la vida institucional democrática, para mí secundaria también fue encontrarme con la militancia como un espacio de socialización y de aspiraciones sociales, de buscar un futuro colectivo distinto, de un Uruguay que estaba reencontrándose con la libertad y con la democracia, y encontrarme conmigo mismo como un adolescente inserto en la Asociación de Estudiantes de Secundaria. Siempre pensé que iba a ser historiador, el último año decidí que iba a entrar a Economía, y diría que fue un tránsito complejo para mí. Tuve buena parte de mi formación en el Liceo Latinoamericano, pero el último año lo hice en el [Liceo público] n.º 1 José Enrique Rodó. De sexto año creo que fuimos tres personas a facultad, que nos desconectamos con rapidez, porque hicimos trayectorias un poco distintas y, para mí, el primer año fue bastante agobiante. De hecho, no fue donde tuve mejores resultados y, paradójicamente, fue el único año en el que estaba dedicado en exclusividad a estudiar y no trabajaba, porque a partir del segundo año empecé también a trabajar. Fue un tránsito complejo, había sido

un buen estudiante en secundaria y me encontré con una facultad en la que no hice grupos de pertenencia ni grupos de amigos rápido, y me sentí bastante *shockeado* por esa realidad.

En el segundo año fue bastante distinto, pero ese tránsito lo sentí. También eran años particulares, eran años de huelga, de protestas estudiantiles desde la FEUU por el presupuesto. En el segundo año logré construir espacios de pertenencia, me volví a integrar a la militancia estudiantil, en este caso a nivel universitario en el CECEA, comencé a participar en el Cogobierno, fui consejero estudiantil durante un período bastante prolongado. Pasó a ser, para mí, un lugar muy importante. Siempre digo que no necesariamente es la parte más fecunda de mi trayectoria vital, pero sí la que recuerdo con más cariño.

¿Cómo era ser estudiante universitario en su época?

La democracia implicó que la Universidad abriera sus puertas a los estudiantes en general. Entre otras cosas, elimina el examen de ingreso que había incorporado la dictadura. Yo entro a la que, posiblemente, era de las facultades más masificadas en aquel momento, hoy sin duda lo es, pero en aquel momento ya lo era. Éramos miles de estudiantes ingresando a primer año de facultad.

No tengo una mirada para nada nostálgica, creo que la lógica en la que el docente tiene un vínculo directo a lo largo de toda la carrera con el estudiante es una forma de pensar la Universidad desde una estructura que reproduce también lógicas elitistas; una Universidad democrática, masiva, un país donde se generaliza la educación terciaria superior necesariamente presupone cierto grado de personalización del vínculo docente-estudiante. En Uruguay y en el mundo sucede eso. Más bien la institución tiene que transformarse para construir espacios amenos, en donde los estudiantes se sientan parte de la institución, se involucren en su gobierno y —lo que es mucho más importante— en la vida cotidiana de la universidad. Pero no es con la misma receta que

teníamos antes, no es mirando con nostalgia al pasado en donde un docente se encontraba con sus tres o cuatro alumnos y tenía charlas fuera de horario de clase, que eran muy enriquecedoras, en general. Esto no quiere decir renunciar a ese vínculo, se va a dar en distintos momentos de la carrera y con otro tipo de estructura docente: cuando uno hace la tesis, cuando uno hace sus primeras aproximaciones al ejercicio profesional o a la investigación se va a encontrar con docentes que le van a aportar muchas herramientas. A mí también me pasó eso. Pero es una realidad muy distinta a la que tuvieron los colegas que entraron a comienzos de los sesenta o incluso en los setenta, antes del golpe de Estado.

Es una realidad con la que tenemos que estar contentos de convivir, en todo caso, preocupados por que la relación entre cantidad de docentes, recursos con los que contamos y estudiantes sea la adecuada, pero no pensando que el ideal era el otro. No significa que no hubiera docentes de referencia. A mí me tocó tener como docente a Ricardo Pascale; Danilo [Astori] también fue mi docente en una materia que se llamaba Economía del Uruguay, y tuve a figuras como Ariel Davrieux, Alberto Couriel o Daniel Olesker, para poner a gente conocida en el espectro político. De alguna manera te marcan, en un contexto distinto. Es un contexto en el que la enseñanza personalizada e individualizada es desplazada por esa enseñanza que tiene un componente mucho más colectivo y, simultáneamente, tiene que preservar la calidad en términos del intercambio y de la búsqueda del pensamiento crítico como mecanismo de aprendizaje y de autonomía personal.

Ingresó a la Universidad de la República en los noventa.
¿Qué temas se discutían en el Cogobierno y la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay?

Entré a la Udelar en 1990. Aquellos que militábamos acabábamos de tener un golpe muy importante, que fue el voto verde. El hecho de no poder hacer caer la ley de impunidad en aquel momento para esa generación fue bastante importante. Entré en la Universidad

en un momento en que la FEUU estaba en crisis, de hecho, con un enorme proceso de desmovilización. El conflicto presupuestal que emergió en 1990 y después volvió a repetirse un par de años después generó bases para el resurgimiento del movimiento estudiantil, reivindicando sus características históricas, pero también con modalidades distintas: mucho más abiertas, donde, muchas veces, las lógicas de agrupaciones eran desplazadas por lógicas más colectivas de funcionamiento gremial. No era lo mismo Ciencias Económicas que lo que podía pasar en Ciencias o en Derecho, pero eso tiene cierta marca de generación. Las generaciones que militamos al comienzo de los noventa nos sentimos, en algún momento, transformando las lógicas de la FEUU, sin renunciar a su herencia ni a su historia. La FEUU venía de un proceso de reconstitución propio de la vuelta a la democracia. En el noventa hay un cambio importante, se vuelve a reconfigurar en ese momento.

Fue un momento de muchas movilizaciones. Diría que de miles de estudiantes que protestábamos por presupuesto. Discutíamos planes de estudios, cambios en la Udelar. En 1994, está el debate que todavía que todavía algunos recordamos entre Brovetto y los cuatro decanos. Esto lo señalo no por los contenidos de ese debate, que en algún sentido hay elementos que siguen siendo vigentes y otros que no pasan la prueba de la historia como elementos relevantes para pensar ahora el debate universitario, sino porque era una Universidad que también se discutía a sí misma. Con muchos problemas presupuestales —muchos más de los que tenemos hoy, pese a la situación que atravesamos—, era una Universidad que debatía sobre sí misma, su futuro: se intentaba pensar en lógicas de diez, quince y veinte años hacia adelante.

Popularmente conocida como la elección del voto verde, en 1989 la anulación de la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado se sometió a un referéndum, en el que no se alcanzaron los votos necesarios para su revocación. Dicha ley fue votada en el marco de la recuperación democrática y, entre otros aspectos, impide la investigación de crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura que fue desde 1973 hasta 1985 en Uruguay y, por lo tanto, sancionar a sus responsables.

Ahí es donde hice mi carrera de grado y donde me incorporé luego a la docencia, en primer lugar, con un grado 1, y luego a las actividades de investigación en el marco del IECON de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración.

¿La Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay encontraba sintonía con docentes, decanos y el rectorado?

En ese momento quienes estábamos cercanos a la militancia estudiantil teníamos contacto directo con los decanatos, con el rectorado, en muchos casos, y con los docentes que estaban vinculados al Cogobierno. No se puede generalizar y decir que eso era el común de todos los estudiantes, pero nosotros teníamos ese contacto y también la discusión fermental, en el acuerdo y en la discrepancia, con esos docentes. Esos cuadros docentes eran los que estaban conduciendo la reconstitución y la reconfiguración de la Udelar en la apertura democrática. Para mí eso fue una escuela importante de ejercicio de la democracia deliberativa. De vuelta, no lo vivo con nostalgia, sino como una etapa fermental si la pienso en mi historia personal, también.

¿Cómo era la relación con los gobiernos de turno en ese momento?

El primer lustro de los noventa fue muy conflictivo. Por lo menos recuerdo dos instancias de conflictos muy importantes en ese momento. A lo largo del tiempo se dieron picos de conflicto de distinta naturaleza, diría entre 1990 y el 2000, cuando me voy a estudiar al extranjero —ya era docente—. Hay que evitar ciertas miradas maniqueístas, no siempre los vínculos no tenían componentes constructivos. En medio de la crisis de 2002, finalmente, la Udelar acuerda con el presidente [Jorge] Batlle la creación del Instituto Pasteur. Ahí hubo una colaboración entre el Poder Ejecutivo y

la Udelar, en particular, un conjunto de cuadros docentes muy relevantes, mismo [Rafael] Guarga desde el Rectorado, pero también Mario Wschebor, Ricardo Ehrlich y otros que estuvieron detrás de este impulso. Se logró un avance que para el sistema científico nacional es relevante. En el medio de eso había conflictos, por supuesto, y de magnitud. El presupuesto de la Udelar estaba incluso cayendo, en términos reales.

El conflicto con el poder político es parte de la vida cotidiana de la Universidad. Si uno cree en una Universidad autónoma —creo en ella— y en una Universidad en la que sus autoridades no son designadas directamente por el poder político —y también creo en ese esquema—, es una universidad que va a tener siempre espacio de conflictividad con los poderes de turno. Es posible que tenga distintos grados de virulencia o que primen algunos aspectos a veces más filosóficos o ideológicos y otras veces más económicos como arena de conflicto. Eso está instaurado y no solo en Uruguay. Hoy, Argentina está atravesando una situación severa al respecto, pero en Estados Unidos el conflicto también está instalado entre el discurso político conservador del funcionamiento de las universidades está mucho más a flor de piel que lo que estaba diez años atrás. Eso es parte de lo que es ser una universidad, como espacio de ejercicio de la democracia deliberativa, del debate, de la argumentación racional, de la construcción de la esfera de lo público, donde se discute sobre los problemas públicos, se aceptan las diferencias, pero se exige racionalidad a la hora de argumentar.

¿De qué manera siente que lo ocurrido en la Universidad durante la dictadura afectó su formación?

Diría que el efecto que tuvieron las dictaduras del Cono Sur sobre las universidades es más heterogéneo de lo que uno piensa. No es lo mismo en Chile o en Brasil, en particular en Brasil, donde la dictadura impulsó un modelo conservador de las universidades: se apostó, con

cierta lógica de nacionalismo de derecha, a construir instituciones universitarias que apostaran al desarrollo tecnológico del país desde una mirada conservadora. En Uruguay, y algo parecido pasó en Argentina, no es que no pasara nada —pasaron muchas cosas en ese período—, pero no hubo un intento de reconfiguración enmarcado con un modelo propio.

Lo que se tuvo que hacer en la reapertura democrática fue reconstituir una universidad que ya prácticamente no lo era: casi no había investigación, había enseñanza de grado, pero estaba deteriorada en términos de innovación básica en muchas áreas. No voy a decir que fue perder diez años, porque las dictaduras dejan efectos de largo plazo, también, pero hubo algún sentido de reconfiguración y volver al origen de 1973. La decisión que toma la Udelar fue que las autoridades que estaban vigentes antes del golpe, en la medida que estuvieran vivos y en el país, asumieran sus responsabilidades como decanos o como rector. Sucedió algo parecido con los cuerpos docentes, que estaban en el exilio, en la cárcel, muchos de ellos destituidos, a la misma vez que se respetó la trayectoria de otros que en el silencio intentaron preservar la calidad universitaria aún en la dictadura. Esas convivencias no fueron sencillas, pero la Udelar las procesó creo que de manera adecuada.

¿Eso quiere decir que no hay efectos en el largo plazo? Sí, los hay. En el caso de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, mi impresión es que veníamos de atrás en algunas discusiones sobre la configuración de la enseñanza de grado en general, y que nos costó un tiempo procesar esa discusión. El Plan 90 es mucho mejor que el Plan 80, que había instalado la dictadura, pero ese plan de estudios, que fue el que me guió a mí, tenía algunos elementos que indicaban que faltaba reflexión sobre aspectos que deberían incorporarse como proyectos formativos. Seguíamos teniendo algunos planes que eran muy taxativos. El Plan 90, a diferencia de ahora, que estamos acostumbrados a la Ordenanza de Estudios de Grado, no estaba creditizado. El primer día que uno entraba a la Facultad uno sabía

qué materia iba a hacer casi hasta el final. En el caso de Economía había cinco optativas a lo largo de cinco años. Tenías cero grado de reflexividad y de versatilidad, y además era taxativo. Uno quería cambiar un contenido y tenía que ir a un Claustro para cambiar una materia. Eso ya no pasa más, porque hemos cambiado todo el marco de funcionamiento de la Udelar.

Con el ejercicio propio de la vida académica, si no hubiéramos tenido la interrupción de la vida democrática en la Udelar, lo hubiéramos procesado antes. Algunos de estos elementos que estoy mencionando, como la propia creditización de las carreras de grado, ya estaban en el *Plan Maggiolo*. Era una discusión que la Universidad había empezado a abrir, hasta en un momento tan conflictivo como a mediados de los años sesenta. No es que no pasó nada, pasaron muchas cosas en la Universidad durante la dictadura, pero, a mi entender, dejó una herencia de atrasos importantes en ciertas discusiones que teníamos que dar para pensar en la Universidad que el país necesitaba en ese momento.

En 2011, la Universidad de la República aprobó una Ordenanza de Estudios de Grado que, por primera vez, fijó criterios comunes para los planes de estudios de los servicios universitarios. Entre otros principios, estableció la creditización y semestralización de los cursos, y flexibilizó el pasaje de una carrera a otra. En 2018, más del 80 % de las carreras de la institución habían aprobado planes de estudios bajo los parámetros de la nueva ordenanza y el resto estaba en proceso de actualización.

¿Cómo vivió la Universidad de la República el retorno de tantos científicos y académicos exiliados, que habían continuado con su formación en el extranjero?

Hay que ser cuidadoso en hacer generalizaciones en la Universidad, es probable que en distintas facultades ese efecto fuera distinto. Diría que, en general, esas acumulaciones que desde el dolor del exilio traían muchos académicos fueron muy importantes en la reconstitución de la Udelar y los nuevos planes que fue desarrollando. Para poner algunos ejemplos, Mario Wschebor representa al decano de la Facultad de Ciencias, pero detrás de él hay una comunidad

académica muy diversa, muchos de los cuales se formaron en el exilio y volvieron a Uruguay. Trajeron sus contactos, su formación, por supuesto, su forma de pensar la vida académica. Eso permitió catapultar un conjunto de procesos importantes en aquel momento, el propio surgimiento de algunos arreglos de política, como la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC), impulsado en la época en que Brovetto era rector. Todos esos elementos son parte de los acervos sobre los que la Udelar pudo apoyarse para empezar algunos procesos de transformación.

También hay otras historias de esto, de docentes que comenzaron a desarrollarse en Uruguay, pero los docentes que vinieron del extranjero, en algún sentido, pueden haber taponeado la carrera docente. A veces puede haber elementos contradictorios. Ahora, claramente, el regreso a Uruguay de un contingente importante de docentes que se habían formado en el exilio y que estuvieron vinculados a la vida universitaria fue uno de los elementos que le permitió a la Universidad, con cierta celeridad, volver a ubicarse en un sendero donde la investigación, la enseñanza y la extensión se encontraran con estándares de calidad razonables.

¿Hay algún otro episodio histórico que considere haya incidido en su trayectoria universitaria? Pienso, por ejemplo, en la Reforma de Córdoba, el *Plan Maggiolo* o la Ley Orgánica de 1958.

Esos ejemplos tienen características distintas. Hacemos referencia a Córdoba porque, sin dudas, fue donde la reforma emergió con más claridad, en un movimiento más tangible y con resultados más tangibles desde el punto de vista universitario. Tiene también sus orígenes en encuentros previos, entre ellos en Montevideo, donde participaron algunos actores uruguayos como Baltasar Brum, que era parte de ese movimiento estudiantil que discutía qué tenía que hacer una universidad en un país de América en ese momento de

la constitución de nuestras repúblicas. La Reforma de Córdoba marca la historia de la universidad pública del Cono Sur, por lo menos, yo diría que de América Latina en general. Todos hacemos referencia a Córdoba y a alguno de sus valores más relevantes desde el punto de vista del movimiento estudiantil. La democratización es un buen ejemplo, porque, a pesar de que claramente en 1918 las universidades son instituciones de élite, el discurso de los estudiantes es un discurso democratizador, que busca que la universidad se abra a la sociedad; que colabore en los procesos de desarrollo social; que intente constituirse en una plataforma para impulsar mayores niveles de equidad y de integración social en general; que se involucre en los procesos de construcción de la vida democrática de esas sociedades, contra la lógica de las universidades más enclaustradas que habían emergido en las transiciones de la colonia a la república y las primeras universidades de la república, muy centradas en la formación profesional, sobre todo, para los cargos de Gobierno.

Esos valores son parte de lo que reivindicamos las universidades latinoamericanas, aunque los conjugamos con presentes distintos. Estamos atravesados por realidades distintas porque hemos tenido también trayectorias que nos diferencian entre nosotros y que son parte de nuestro acervo y de nuestra riqueza de pensar a una Universidad que siga teniendo como uno de sus elementos centrales ese discurso de apertura a la sociedad, esa necesidad de ser parte de la sociedad uruguaya y ser una herramienta sustantiva para que el país pueda impulsar un desarrollo sustentable y equitativo en el futuro.

¿Son las mismas respuestas que teníamos en 1918 o en 1958 las que tenemos que tener en 2024? No. A 175 años de la fundación de la Udelar, la respuesta es no. Ahora, hay un conjunto de elementos de corte más normativo y valorativo que yo reivindico como parte de esa herencia cultural que tiene que ver con Córdoba y que también se expresa en la Ley Orgánica de 1958.

Lo mismo sucede con 1958, que para mí instituye algo clave en Uruguay, que es la autonomía y el cogobierno universitario, que sigo pensando que cumplieron un papel muy importante en los mejores desarrollos de la institución. Desde el intento del *Plan Maggiolo* —detrás del que estuvo un conjunto de docentes, pero también un movimiento estudiantil dinámico— hasta reformas más recientes, como el desarrollo de la universidad en el interior, que tiene que ver con el cogobierno y la presencia de los estudiantes en muchos casos tienen un papel, para mí, medular, que instala la democracia deliberativa como el eje a partir del cual tenemos que procesar la toma de decisiones a nivel universitario. Que hay riesgos, los hay: de baja participación, de apropiación de ciertos espacios por grupos relativamente pequeños... En simultáneo, la autonomía y el cogobierno son lo que nos brinda la posibilidad de constituirnos en espacio de creación de pensamiento en todas las áreas de la cultura y de la ciencia en un sentido diverso y democrático.

Estoy convencido que la ley de 1958 hay que cambiarla, porque las propias transformaciones de la Udelar hoy ya no se ven en el espejo de ese año. Los casos más claros son las nuevas facultades o los CENUR, pero no son los únicos. A la misma vez, creo que esos elementos que logró fundamentalmente el movimiento estudiantil en alianza con muchos docentes de la vida universitaria de 1958, que tiene que ver con la autonomía y el cogobierno, son elementos que deben seguir siendo parte de nuestra forma de pensar a la Udelar en el siglo XXI.

¿Por qué ha costado tanto cambiar esa Ley Orgánica?

Creo que hay varias explicaciones. En primer lugar, la Udelar es una universidad cuyo marco normativo comienza a generar algunos problemas, pero es cierto que ha logrado procesar transformaciones importantes dentro de él. La LO no es una camisa de fuerza. Hemos hecho muchas cosas como institución, quizás no todas las que a mí me gustan o que a otros actores universitarios le puede gustar, pero

hemos procesado cambios relevantes. Creo que empiezan a emerger contradicciones y se está llegando a un límite.

El otro elemento son ciertos temores, fundados en que, en la medida en que haya actores políticos que ven con prejuicios la democracia universitaria o la propia autonomía, el temor es que sea como abrir una caja de Pandora. ¿Vamos a abrir la discusión de la LO para que el sistema político pueda meterse de nuevo en esto, cuando en 1958 logramos esta autonomía y cogobierno? Son temores válidos, pero, a la vez, negativos para la institución. Con este marco normativo ya estamos teniendo dificultades, y algunas de las cuestiones tienen que ver hasta con temas generacionales.

Dicho en buen romance, cuando se fundan la Facultad de Ciencias y la de Ciencias Sociales a comienzos de los noventa y luego las facultades de Psicología, Enfermería y, más recientemente, las de Información y Comunicación y de Artes, hay un cierto pacto fundacional no escrito en el sentido de que sabemos que por la LO estos nuevos servicios no pueden tener voto en el CDC, démosle la voz y no el voto, pero los actores involucrados —estudiantes, docentes y egresados— de las facultades que estaban siendo creadas en realidad estaban buscando que la Universidad les diera un espacio para avanzar en un proyecto académico-institucional nuevo. La generación que fundó estas facultades en los 90 ya no está en la vida universitaria, quienes siguen estando eran estudiantes en aquel momento. No es una casualidad que hace relativamente poco tiempo, antes de la pandemia, hubo un planteo de las y los decanos —el planteo original provino de la decana de Ciencias—, que era no discutir todavía el voto, porque implica el cambio de la LO, pero que, por lo menos, pudieran registrar su posición en las actas del CDC. Es una forma de decir: no estamos buscando conflicto, sino que esta discusión tiene que empezar a abrirse.

Eso va a pasar con los CENUR. Estamos en contradicciones tales como que los docentes que tienen su cargo en los CENUR votan como egresados

en las Facultades de Montevideo, pero no votan como docentes. No son contradicciones con las que uno pueda convivir institucionalmente de forma eterna, más cuando estos espacios se van ampliando. La LO se va a transformar, el tema es cómo y cuándo lo hacemos.

Hay otro elemento que, para mí, fue un aprendizaje. En el último esfuerzo que hubo por intentar cambiar la LO, intentamos dar una discusión que abarcara toda la ley, y quizás lo relevante no es eso, sino que buscamos cambiar en la LO aquellos aspectos que no le dan la flexibilidad al Cogobierno universitario para que pueda transformarse cada vez que sea necesario. Eso es lo que hacen otras universidades en el mundo. En Argentina, por ejemplo, la forma en que se integran los órganos de conducción colectiva está definida a nivel de un estatuto, no de una ley. No es razonable que una ley, que vota un Parlamento nacional, defina la composición por única vez de un consejo directivo de una universidad. Tiene que tener la flexibilidad de poder transformarse en el tiempo.

¿La discusión sobre la autonomía
y el cogobierno en la Universidad de la República
están saldadas en Uruguay?

No están saldadas ni van a estar saldadas. Esos elementos son recurrentes y pasa a escala mundial. Hay avances en momentos de cierta tranquilidad en los que no se cuestiona la autonomía y el autogobierno de las universidades como mecanismo de gestión cotidiana y, en otros momentos, sucede lo contrario. Hay también prejuicios. Se habla, muchas veces, de que el cogobierno es una realidad solamente del Río de la Plata. El cogobierno, con las características y la integración que tenemos nosotros, sí, pero el autogobierno —entendido como el espacio donde intervienen los colectivos que integran una institución— es una realidad bastante generalizada en el mundo universitario, tanto en el mundo desarrollado como en América Latina —en América Latina más, por

los vaivenes autoritarios, pero ahora el mundo desarrollado también está sujeto a algunos vaivenes autoritarios que tiene este siglo—. No es un debate saldado ni va a estar saldado. Es algo que tenemos que reivindicar desde las universidades, entendiendo su importancia, no solo desde una perspectiva retórica, sino entendiendo la importancia sustantiva de tener instituciones autónomas y autogobernadas.

Eso también tiene que ver con preservar elementos claves de la vida universitaria para el siglo xx y el xxi, aún ante avances, por ejemplo, de sistemas políticos que pueden estar dominados por visiones negacionistas. El caso del expresidente Jair Bolsonaro en Brasil fue realmente traumático para las universidades federales brasileñas, de muy buena calidad en general, además. Estamos hablando de un presidente que decía que no había que invertir en ciencias sociales ni artísticas, que no había que invertir en investigar el cambio climático, porque es un negacionista del cambio climático, y que la deforestación tampoco podía ser un espacio de investigación específico. Por suerte, las universidades tenían la autonomía suficiente para mantener planes de investigación en estas áreas, a pesar de las autoridades de turno. Sucede algo parecido con [el expresidente Donald] Trump en Estados Unidos. Esperemos no ver experiencias parecidas en la región en los próximos meses, pero es un riesgo objetivo.

La reivindicación de la autonomía es la reivindicación también no del elitismo ni el aislamiento, sino de tener la capacidad de mantener programas que generen conocimiento y que formen generaciones que no estén sujetas a veleidades autoritarias de turno o a poderes fácticos, religiosos, culturales o políticos que puedan tener más peso en un momento relativo de la historia. No quiere decir aislarse de los controles. Somos parte de la sociedad, la sociedad nos financia, nos sostiene como institución y no somos una entidad aparte de la sociedad uruguaya, pero una cosa tiene que ver con la transparencia, la rendición de cuentas permanente hacia la sociedad y otra cosa es la designación directa de autoridades, por ejemplo, a través del Poder



Ejecutivo de turno. Eso es un enorme riesgo, como lo acaban de demostrar las experiencias de la región.

¿De qué manera se dio su tránsito hacia la docencia universitaria?

Si hago un análisis retrospectivo de mi vida como docente, sigo pensando que muchas cosas que nos pasan a los seres humanos son más contingentes que planificadas. El acceso a la docencia, en mi caso, fue en una facultad masificada, que todavía se caracterizaba por tener docentes con muy baja carga horaria, que necesitaba muchos grados 1 y 2 para dar clase a muchos estudiantes de ingreso y donde todavía la carrera de Economía, que yo hacía, era relativamente pequeña. Hoy ya no lo es: casi doscientos estudiantes egresan por año como economistas; en mi generación debíamos ser veinte, como mucho. La posibilidad de presentarse a un concurso a grado 1 interino para dar clases era más o menos fácil de acceder. En el momento en el que egresabas te presentabas a dar clase de una materia en concreto y podías entrar con cuatro horas, estamos hablando de dedicaciones horarias bajas para ser parte de un plantel docente que, a veces, tenía cincuenta o sesenta docentes para una materia de primer año. Esa es una primera aproximación que, por supuesto te pone en contacto con la docencia, te obliga a pensar tu papel docente, a veces todavía con distancia corta de edad respecto a quienes están entrando a la Facultad.

Creo que también tuve un poco de suerte, en un momento entré al IECON, en ese caso, como ayudante de investigación. Me tocó entrar en contacto con otros docentes, algunos de ellos muy jóvenes. Personas como Andrea Vigorito, que hoy es una investigadora reconocida en áreas de pobreza y de distribución de ingresos, para mí tuvieron una incidencia muy importante en las decisiones de qué me interesaba investigar y también en algunas decisiones vitales sobre qué estudiar y cómo seguir estudiando. La Facultad emitía pocas señales, vos hacías la carrera y no terminabas de percibir que hacer un posgrado

era importante o que hacer investigación no implicaba una actividad profesional. Por lo tanto, no era solo la voluntad de querer ejercer la investigación, había que formarse para eso.

Ese contacto en ese momento con el IECON y, en particular, con Andrea, junto con un grupo de docentes que ingresamos juntos en esa camada hacia la segunda mitad de los noventa, determinó muchas cosas en mi trayectoria. Más allá de que en algún momento tuve alguna actividad externa al Instituto, si algo ha sido constante en mi vida personal en la Udelar fue el IECON, del que dejé de ser parte activa cuando fui decano. Eso tiene que ver con el contacto, ahora sí, mucho más individual con docentes en un ejercicio de una actividad formativa tan importante como es aprender a investigar en el marco de un instituto.

¿Cómo fue el vínculo con el Cogobierno desde ese papel docente, después de una participación activa como estudiante?

Fui muchos años consejero de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, primero como estudiante, pero también como docente. Diría que lo viví con naturalidad, que quiere decir que estamos en lugares distintos, a veces también con intereses contrapuestos, pero muchas veces con perspectivas distintas. De la misma manera que reivindico al movimiento estudiantil como un motor para desarrollar algunos cambios, también creo que el cuerpo docente tiene la obligación de sostener y darle calidad a ciertos procesos de transformación.

En esas lógicas hay discusiones y son absolutamente válidas, y algunas pueden ser ásperas. Pero siempre fue un diálogo más que respetuoso, a tal punto que, pese a las diferencias que tenía con el CECEA, de donde yo venía, cuando me tocó ser decano, de donde tuve un apoyo

más claro y más nítido para ocupar ese papel fue del Centro de Estudiantes. Eso no quiere decir que no tuviéramos diferencias. Como me dijo algún ahora docente, en aquel momento integrante del CECEA: contigo tenemos diferencias, pero también muchos acuerdos y somos capaces de construir un proyecto distinto de Facultad.

Desde ese lugar, uno, en la vida universitaria, vive con naturalidad esos cambios de roles, que no quiere decir que los viva como que el cambio de posición termina generando cambio de opiniones. En realidad, lo que generan son cambios de prioridades y de enfoques. Algunos son muy naturales, cuando uno está en la vida docente hay cosas que percibe que no percibe cuando era estudiante y, de la misma manera, cuando uno es estudiante percibe con mucha más inmediatez algunos problemas fundamentalmente centrados en la enseñanza, que pueden ser un poco más distantes que cuando está en la docencia. Desde ese lugar y apostando a algo tan complejo como construir una democracia deliberativa, yo viví ese proceso con mucha naturalidad.

Muchos docentes le rehúyen a los cargos de gestión, ¿cómo fue el tránsito a la gestión, primero como decano y luego como rector?

En primer lugar, hay un tema vocacional. Si me involucré primero en el decanato y después acepté el desafío de ser rector de la Udelar es porque es una actividad que, en algún sentido, me resulta placentera y gratificante. No lo veo para nada como un mecanismo de castigo ni de obligación asumir un papel de gestión, porque me sentía convocado a ocupar un lugar de esas características e intentar transformar algunas prácticas o algunos aspectos de la vida institucional más en general.

También hay un componente que, de vuelta, tiene que ver con la contingencia. Gané un concurso de grado 5 luego de unos años de concursar, casi seis meses antes de la elección de decano. La

Facultad tenía algunos problemas importantes en aquel momento, venía discutiendo desde hacía más de una década un cambio de plan de estudios que no lograba concretar, teníamos una estructura muy profesionalista con cátedras y no teníamos departamentos académicos, había poca priorización de la investigación en general y un plan de estudios, el Plan 90, que tenía algunas deficiencias importantes, a mi entender.

Se dio una coyuntura particular en la que dimos una discusión de política programática de la Facultad para intentar avanzar con rapidez hacia un cambio de plan de estudios y de transformaciones internas, como puede ser la departamentalización y la priorización de la investigación en general, que, para nosotros, era muy importante. En aquel momento, gané el decanato con el apoyo claro de los estudiantes, con un apoyo un poco menos claro de los egresados, pero unánime —es posible que algún sector de egresados más que votar a Arim prefiriera votarlo para no votar a otro candidato—, y con la minoría de los docentes. No me toca a mí evaluar qué sucedió bajo mi decanato, pero de las cosas que logramos, como cambiar los planes de estudio o transformar la estructura académica de la Facultad, en buena medida tiene como protagonista central al movimiento estudiantil, que impulsó estas posibilidades. En mi segundo período como decano, la elección fue por unanimidad.

Creo que en ese proceso se dieron ciertas casualidades concretas que me permitieron ser candidato en ese momento, se alinearon ciertas posibilidades de dar algunas discusiones programáticas en Facultad, con algunos actores con quienes podíamos hacer alianzas constructivas para pensarla. Eso fue lo que habilitó ese proceso en el decanato, que me llevó a estar ocho años.

¿En qué momento aceptó la propuesta de ser rector y por qué aceptó el desafío?

Cuando fui candidato a rector por primera vez se dieron un conjunto de elementos coyunturales y otros más de largo plazo en la Udelar que me habilitaron esa posibilidad. En la elección anterior, cuando resulta electo Roberto Markarian, algunos colectivos me plantearon la posibilidad de que fuera candidato y expresamente dije que no tenía la vocación de ser candidato a rector y que mi intención era permanecer en la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración.

Cuando me presento como candidato a rector, veníamos en un momento en el que la Udelar estaba atravesando una tensión muy grande en la discusión interna. Una tensión que no necesariamente es negativa, pero yo no la estaba viviendo como fecunda. No estaba militando procesos de transformación y mi percepción era que estábamos en un lugar con cierto nivel de bloqueo en la posibilidad de avanzar en algunas transformaciones, con discursos internos que, muchas veces, apelaban a la polarización y a la estigmatización de otras posiciones en la Udelar, cosa que a la Universidad no le hace bien. A la misma vez, se vivía la postergación de algunas agendas que para mí eran importantes: en el interior habíamos iniciado un proceso al que había que darle continuidad y ritmos adecuados, porque, si no, había riesgos objetivos de retroceso, en algunos casos.

Tiene que ver también con la posibilidad de avanzar en algunas discusiones que habían quedado subsumidas, por ejemplo, el tema de la LO. Había una decisión política de no avanzar en esa discusión, y yo creo que no era correcto. Uno puede decidir si es el momento para presentar un cambio de la LO, pero no es razonable pensar que no sea un tema de agenda, porque estamos teniendo dificultades con eso. Tiene que ver, también, con cambios en la estructura de funcionamiento, que ahora estamos tratando de impulsar, que les dieran también más consistencia democrática a los procesos de toma de decisiones; además, con la posibilidad de avanzar en otras transformaciones, como pueden

ser ahora los institutos centrales que estamos proponiendo, que permitan mejorar la circulación de cuerpos docentes y de estudiantes en la generación de nuevos programas de investigación y nuevas formas de vincularse con la sociedad en general.

Eso fue lo que me ubicó en ese plan, fue también una acción tensa en ese momento. Un año después, estábamos en el medio de la pandemia de covid-19, hubo cosas que fueron cambiando en el camino, pero ese también fue el objetivo: claramente tengo una vocación que está vinculada a la construcción universitaria y, si desde el Rectorado podíamos volver a ubicar a la Udelar en un proceso de diálogo donde no se niegan las diferencias, pero se intenta orientar los procesos de transformación hacia ciertas direcciones, para mí era importante. Se trataba de evitar el estancamiento de la institución en lo que son sus líneas de transformación de largo plazo.

En el medio de estas cuestiones, los primeros cuatro años del rectorado estuvieron signados por otras cosas, la pandemia en particular. Sería una tontería pensar que eso no incide en las agendas institucionales, pero mi impresión es que una de las cosas que logramos es reconstituir un clima interno razonable. Eso lo logramos antes de la pandemia, porque tomamos decisiones tan importantes como lograr aprobar el Estatuto del Personal Docente, que veníamos de un período largo para su aprobación; la creación del CENUR Noreste, en 2019, que también estaba postergada y estaba generando problemas acumulativos en esas áreas, y otras transformaciones que tienen que ver con cambios normativos que había que procesar en 2019. En 2020 empezamos una etapa distinta con la covid-19.

Al inicio de su segundo período como rector de la Universidad de la República, Rodrigo Arim impulsó la propuesta de transformación de gestión de la Universidad de la República, llamada «Nueva gestión para una universidad en movimiento». Entre sus aspectos principales, apunta a simplificar la toma de decisiones, jerarquizar el cogobierno y dejar de superponer espacios con cometidos o especialidades temáticas similares. Además, se plantea crear prorreectorados como instituciones con sede, funcionarios y vida propia.

Otra de las principales medidas impulsadas en el inicio del segundo período rectoral fue la creación de institutos centrales de investigación. De esa forma, se apunta a fomentar la interdisciplina para el estudio de fenómenos complejos y salir de la lógica de facultades como la primordial para llevar adelante actividades de investigación en la Udelar.

Yendo al 13 de marzo de 2020, ¿qué sintió en el momento en el que se declaró la emergencia sanitaria por la llegada al país de la covid-19?

Probablemente sea uno de los días que voy a preservar en la memoria con más claridad el resto de mi vida. En primer lugar, porque soy economista, ni médico ni virólogo. Por lo tanto, en malas condiciones estaba solo ante mí qué medida teníamos que tomar en aquel momento. Cuando emergieron los primeros casos, lo que había que hacer en la Universidad era consultar a cuerpos diversos que estén involucrados en el tema. Ese 13 de marzo comencé haciendo llamadas por teléfono. A algunos colegas que trabajan muy cerca del Rectorado: Juan Cristina —era el prorector de Enseñanza y es virólogo— y Rodney Colina —otro virólogo que era presidente de Relaciones Internacionales—. También a otros integrantes del colectivo universitario, como Otto Pristch, que ya no está con nosotros y en aquel momento estaba en la Facultad de Medicina y el Instituto Pasteur de Montevideo, con el que hicimos varias consultas.

El viernes 13 de marzo de 2020 se confirmaron los primeros casos de covid-19 en Uruguay, después de que, en los meses previos, el virus SARS-CoV-2 se propagara en Asia, Europa y otros países de América. La llegada del virus supuso que se debieran tomar distintas medidas para evitar el contacto entre personas, principal vía de contagio de una enfermedad respiratoria con altísimos niveles de mortalidad. En el caso de la educación, la principal medida en ese entonces fue la suspensión de actividades presenciales y el pasaje a trabajar en entornos virtuales. La mayoría de las actividades de enseñanza de la Udelar mantuvieron esa medida durante dos años.

En ese momento, había que preguntarse qué era razonable hacer. El mensaje que recibí fue: esto es una situación nueva que venimos calibrando muchos cuerpos docentes sobre lo que estaba sucediendo en otras partes del mundo; parece prudente tomar la decisión de suspender la presencialidad por un tiempo. Y esa fue la razón por la que ese 13 de marzo la Universidad de la República fue la primera institución de Uruguay que tomó la decisión de no tener actividades presenciales a partir del día siguiente.

Es interesante que, pese a que la Universidad tiene un gobierno colectivo y, por suerte, el rector como cabeza de ese gobierno colectivo

tiene mucho menos poder que el que tiene en otras instituciones, hubo un respaldo de la democracia universitaria, de todos los colectivos, a esa decisión. No porque todos estuvieran convencidos, como me dijeron varios integrantes del CDC: «en aquel momento pensé que te habías apurado». Mirándolo a la distancia, entiendo que fue una decisión correcta la del 13 de marzo, en el sentido de que alguien tenía que tomar la decisión en un contexto difícil y lo que había que hacer era darle la posibilidad al rector de tomar esas decisiones. Nunca me sentí cuestionado en esa decisión, que implicaba suspender las clases en todas las facultades y en todo el país, comenzar a calibrar qué hacer de ahí en más.

Al lunes siguiente, convoqué un foro, integrado por casi veinte docentes de la Udelar, para intercambiar opiniones al respecto. Todos estaban convencidos de que era momento de sostener esa actividad. En ese momento, el país estaba en dificultades de saber qué tenía que hacer. Había señales contradictorias. Aparentemente, había un pequeño foco en Salto; primero hubo la señal de que se suspendían las actividades solo en Salto, después que quizás las escuelas y liceos de Salto cerraran puertas, pero no el resto. Al final, el lunes terminan suspendiendo actividades el resto y fue la situación general del país. Incluso tiempo después, integrantes de la FMED me dijeron que luego se enteraron que estaba circulando el virus entre los cuerpos docentes ya en los días previos a esa decisión. Por lo tanto, tener abierta la institución hubiera implicado la posibilidad de un proceso de contagio interno.

Un elemento que reivindico tiene que ver con esa noción de que la Universidad fue capaz de tener la madurez institucional desde un gobierno colectivo para ir procesando decisiones en tiempos rápidos y lo más informados posibles. Ahí empezó un proceso que duró casi dos años y todavía tiene algunas continuidades. Entre otras cosas, ese viernes empezó a funcionar, por primera vez, un grupo de Whatsapp de todos los integrantes del CDC y los decanos para circular información. Tuve que llamar a alguno que no tenía

Whatsapp para decirle que tenía que tenerlo: no era una opción a partir de ese momento.

Fuimos reconfigurando una forma de funcionamiento y toma de decisiones que rápidamente nos permitió, sobre todas las cosas, que la Universidad de la República se pusiera al servicio del país y sostuviera la enseñanza de grado y de posgrado en condiciones razonables dada la excepcionalidad de las circunstancias. Cuando digo *razonable* me refiero a que, en algunas partes del mundo, cayeron los egresos universitarios, muchos cursos se suspendieron, hubo atrasos muy relevantes en las carreras. En Uruguay, en la Udelar los egresos mantuvieron una tendencia creciente, que se mantiene hasta el día de hoy. También mantuvimos creciendo los ingresos, no hay atrasos curriculares relevantes, aunque es posible que la facultad que siga teniendo algunas dificultades sea la de Enfermería, pero el resto se puso a tiro rápido, incluso el resto del Área de Salud, con los aspectos clínicos, que fueron más complejos.

Parte de eso tuvo que ver con la capacidad de esa construcción universitaria de ir aceptando decisiones y, a la misma vez, alimentándose de eso. Desde el Rectorado, sí, hubo una cantidad de comunicados que firmaba el rector, pero detrás de esos comunicados había muchas consultas individuales para asegurarnos de no estar cometiendo errores que pudieran generar problemas en el funcionamiento institucional.

¿Más allá de lo sanitario, qué efectos educativos dejó la pandemia para la institución?

Debería responder en tres dimensiones distintas. En el mediano plazo hay paso a una incertidumbre muy grande respecto a cuáles son los efectos que, en términos de aprendizajes, tienen los estudiantes que están ingresando a la Udelar. Estamos constatando un problema severo de empeoramiento de los rendimientos en el primer semestre

y estamos intentando tomar medidas al respecto, por más de que no hemos logrado financiamiento y trasladarlo en forma generalizada en la Udelar. Es evidente que estamos teniendo peores resultados en los primeros semestres de las carreras respecto a lo que teníamos antes de la pandemia.

Es probable que esa sea una conjetura más que razonable, que ya tiene un grado de evidencia relevante, porque de estudiantes que culminan su formación en Secundaria con dos años en donde migran de a ratos a la presencialidad y de a ratos a la virtualidad —donde los propios mecanismos de evaluación son extraordinarios en función de las características del período que estamos atravesando— no podemos esperar que no tengan efectos sobre los aprendizajes previos. Probablemente, también los haya tenido sobre los procesos de socialización de estudiantes entre los dieciséis y los dieciocho años, que estuvieron sujetos a restricciones importantes, en ese plano.

Ya no, pero, además, entraron estudiantes a la Udelar con un formato de enseñanza virtual, con muy acotados espacios de presencialidad. Hay efectos que son nocivos, no sabemos ni su magnitud ni su persistencia temporal, y creo que es algo que tenemos que analizar con perspectiva académica para aportar elementos para la vida universitaria, pero también para que el conjunto del sistema educativo lo entienda. De vuelta, esto es una agenda de investigación que se mezcla con agendas internacionales, es una pregunta que se están haciendo los sistemas educativos a escala mundial.

El segundo elemento es que sabemos que pasaron algunas realidades que son contrastables, jóvenes que no se conocieron hasta estar avanzados en sus carreras o, en algunos casos se conocieron por Zoom. No tuvieron procesos de estudio colectivos, algo tan rico para todos los que hemos atravesado la vida universitaria; quizás uno de los elementos más formativos sea estudiar con nuestros pares. Los espacios de presencialidad se fueron recuperando de forma muy gradual e ingresaron a la institución, que de por sí les exige mucha

autonomía personal, en la presencialidad, y ahora muchos de ellos eran estudiantes universitarios que avanzaron en su formación y no habían pisado un edificio universitario. A veces, lo pisaron por primera vez para dar un examen.

Eso tiene consecuencias individuales y colectivas. Individuales porque hace a los procesos de maduración de las personas, de aproximarse al estudio a nivel avanzado; y colectivas porque también afecta los vínculos sociales más en general, que tiene también una traducción institucional. Una universidad cuyo gobierno se apoya en el cogobierno requiere de la vida colectiva, del encuentro, de la posibilidad de debatir ideas, de acordar presentarse a una elección y tener candidatos a un órgano colectivo. Todos esos mecanismos estaban muy entumecidos en la pandemia y lo siguieron estando luego de la pandemia, porque hay una lógica de persistencia: me acostumbré a estudiar solo, vuelvo a la presencialidad, pero sigo estudiando relativamente aislado. Nos cuesta reconstituir ese tipo de vínculos.

La tercera dimensión son los aprendizajes. Hemos hecho cosas que puede que hubiéramos hecho en el futuro, a velocidades mucho más acentuadas, porque la realidad nos obligó a eso. Todas las facultades preservan más espacios de virtualidad de lo que teníamos antes de la pandemia. En algunos casos, son sustitutos de instancias pedagógicas presenciales que tienen poco sustento, por ejemplo, clases muy masivas donde el intercambio entre docentes y estudiantes es escaso. Quizás no es muy razonable tener clases de trescientos y es más razonable tener dos o tres grupos virtuales. Otras han mantenido tramos prolongados, en términos relativos, de trayectorias donde puede haber cierto grado de virtualidad que, a la misma vez, se superpone con la presencialidad, o sea, es optativo para el estudiante.

Todas tienen muchos más materiales y soportes virtuales que los que tenían antes, también producto del esfuerzo de los docentes. Quiero reivindicar ese esfuerzo, porque en algún momento de la pandemia pudo ser asimétrico y desigual en muchos aspectos, pero el resultado

fue que los estudiantes tuvieron, en la mayor parte de las carreras, muchos más materiales de orientación y de estudio —desde videos hasta materiales escritos, presentaciones, ejercicios— que lo que tenían antes de la pandemia. Y eso persiste hasta el día de hoy. En algún sentido, hay un aprendizaje institucional en donde comenzamos a hibridar la presencialidad y la virtualidad como elementos complementarios, no como elementos sustitutos, que nos permite mejorar lo que hacemos y el alcance de lo que hacemos. También es relevante en clave de democratización del conocimiento.

Estas son las tres dimensiones. Lo que va a suceder en el largo plazo no lo tenemos del todo claro. Lo que sí sabemos que sucedió es que afectó la socialización, que afectó los procesos de aprendizaje y las transiciones. Lo que aprendimos a hacer en contextos distintos con la virtualidad son elementos que nos van a acompañar y que tenemos que lograr conjugar de forma tal de revertir los efectos negativos de la pandemia y, en simultáneo, aprovechar los aprendizajes para democratizar aún más la enseñanza superior.

¿Cómo definiría su vínculo como rector con los gobiernos de turno?

Nosotros tuvimos un año de convivencia con el gobierno anterior y luego nos tocó atravesar todo este período de gobierno. Sin maniqueísmos, hay un par de realidades que son contrastables. La primera de ellas es presupuestal. Tanto en la Ley de Presupuesto Quinquenal como en las leyes de rendición de cuentas el mensaje del Poder Ejecutivo fue de incremento cero para la Udelar en todos los casos. Eso habla del esquema de prioridades del Poder Ejecutivo. ¿Se traduce necesariamente a la política? No, porque la coalición de gobierno votó en el Parlamento nacional, a partir de un esfuerzo muy importante de la Udelar de convencer por qué eran relevantes algunas líneas programáticas, recursos que no son triviales para el desarrollo de algunas líneas.

De hecho, hemos logrado sostener el Régimen de Dedicación Total (RDT): podemos empezar a tener problemas en 2024 y 2025, pero durante todo este período no hemos tenido problemas de docentes que se presenten al RDT, jóvenes, en particular, y no pueden acceder a él porque no hay financiamiento.

Hemos logrado expandir la oferta al interior del país y consolidarla, carreras completas como Medicina, durante este período, en Paysandú y Salto; abrimos el año pasado la Licenciatura en Economía Agrícola y Gestión de Agronegocios en el Noreste; abrimos la carrera de tecnólogo en Producción Equina junto con la UTU en Melo, la primera carrera que tenemos completa en Melo; la Licenciatura en Computación, que se dicta por primera vez completa fuera de Montevideo, en el litoral norte. Hay un espacio de desarrollo relevante en el interior, que se apoyó en algunos recursos que obtuvimos en la discusión parlamentaria. Claramente, no son suficientes, estamos teniendo dificultades con eso, pero hemos logrado avanzar en ese plano. Otras áreas, por ejemplo, las becas para estudiantes, las hemos expandido mucho; lo hemos hecho a partir del uso de recursos que la institución tenía de forma transitoria y los aplicó a esa finalidad.

De una manera esquemática, hemos tenido un desarrollo asimétrico en el que hay algunas líneas programáticas que hemos logrado impulsar y otros espacios, en particular la atención a la masividad estudiantil, donde hemos tenido más dificultades porque no hemos tenido recursos. Por eso digo que es contradictorio. En el medio de la pandemia el Poder Ejecutivo se apoyó mucho en capacidades de la Udelar, no solo en la integración del GACH —el 70 % de sus integrantes eran docentes activos de la Udelar—, también en el primer circuito de diagnóstico de covid-19 en el interior, del que son todos grado 3 de la

El RDT es el programa académico más importante que tiene el país para promover la producción de conocimiento en todos los campos del saber y de la creación cultural, tanto en términos del estímulo económico que representa en los ingresos de las y los académicos como por su trayectoria y sostenibilidad a lo largo del tiempo.

Tomado de La Universidad de la República le rinde cuentas al país Rendición de cuentas 2022 (2023).

Udelar. Luego aparecieron empresas privadas, pero, al comienzo, las únicas instancias institucionales de diagnóstico de covid-19 que había en el interior eran laboratorios de la Udelar. Podría poner varios ejemplos de esa naturaleza. El último es la vacunación: el Hospital de Clínicas fue el segundo centro de vacunación del país. Las capacidades de la Universidad se pusieron al servicio de lo que la sociedad en ese momento solicitaba.

El GACH fue conformado por el Poder Ejecutivo para cumplir funciones de asesoría durante la pandemia de covid-19. El grupo estuvo encabezado por tres destacados científicos: Rafael Radi, coordinador, Henry Cohen y Fernando Paganini. A su vez, el GACH contaba con distintos subgrupos integrados por otros científicos, que en su mayoría son docentes de la Udelar.

Hay algunas áreas donde los mensajes políticos penetran más que en otros. También hemos avanzado, por ejemplo, en que, aunque no estaba previsto, vamos a tener un edificio nuevo en Paysandú, de veinticinco millones de dólares. ¿Cómo lo logramos? Con algún aporte del Poder Ejecutivo en la rendición de cuentas, no a la Udelar, sino a la Intendencia de Paysandú; con un acuerdo con la Intendencia y con un enorme esfuerzo de la Udelar, porque de los veinticinco millones de dólares hay catorce que aporta la Universidad, siete, el Poder Ejecutivo y el resto se conforma con una deuda que adquiere la Intendencia de Paysandú ante el Banco de Desarrollo de América Latina y el Caribe (ex Corporación Andina de Fomento [CAF]), que la Udelar se compromete a devolverle.

Hemos obtenido algunos recursos, hemos tenido espacios de colaboración con las intendencias, que nos permite avanzar en algunas direcciones, pero estamos acumulando un conjunto de tensiones. Eso también es objetivo. Se expresan en distintos emergentes, que uno podría calibrar y ser cuidadoso en analizar, pero van desde ciertos malestares a nivel de los grados 1 y 2 de la Udelar y estudiantes de posgrado que pueden tener algunas dificultades para acceder a algunas becas hasta circunstancias como que no hemos logrado ajustar la cantidad de horas docentes con respecto a la cantidad de estudiantes que ingresan a la institución. Pese a ello, hemos tomado decisiones de seguir avanzando en transformaciones. Podríamos haber decidido

que, dada esta situación presupuestal, no avanzaríamos en el nuevo proyecto institucional fuera de Montevideo. La decisión fue que, a pesar de las dificultades presupuestales, la Udelar sigue apostando al desarrollo institucional. Creo que eso le hace bien a la institución. La mejor forma de defender la Udelar es demostrar que es capaz de transformarse a sí misma en pos de algunos objetivos que hacen al bienestar de la sociedad.

¿Por qué definió poner énfasis en la profundización de políticas contra la violencia de género y de garantía de las tareas de cuidado dentro de la institución?

En primer lugar, porque en muchos escenarios se veía a los problemas de acoso o de discriminación como un problema entre personas, como si los espacios institucionales donde se dan ciertos vínculos que no son sanos y son dañinos fueran un problema de las personas. En realidad, de una manera muy sana, la mayor parte de las instituciones, pero, en particular, las universidades, comenzamos a asumir que los problemas que se expresan en nuestros ámbitos institucionales son problemas de la institución. Por lo tanto, debemos generar las condiciones para erradicar los problemas de violencia, de discriminación o de acoso en cualquiera de sus formas. Esto implica construir institucionalidad. En primer lugar, prevenir, que es lo más importante, y, en segundo lugar, combatir cuando estos problemas emergen. Estamos en una etapa de innovación, que tiene que ser evaluada: ¿cuánto hemos logrado? ¿Cuánto se han internalizado unas pautas de conductas que son importantes para cambiar ciertas realidades? ¿Qué más tenemos que hacer? Hemos instalado unos dispositivos que tienen que ver con procesos y comisiones específicas que atienden esta realidad.

Sigo pensando —y estamos trabajando en eso— que tiene que haber un código de ética en la Udelar que explice las pautas de relacionamiento interpersonal, que no es un código normativo. Las normas existen —tanto las legales nacionales como las de las

ordenanzas de la Udelar—, pero un código de ética señala qué es esperable y deseable que suceda en los vínculos dentro de una institución. La Udelar no lo tiene y estamos intentando avanzar en esa dirección. Vamos a tratar de dejarlo, por lo menos, encaminado en este rectorado.

Volviendo a la pregunta, lo primero es internalizar el problema y asumir que tenemos un problema, que no es entre las personas, sino de la institución y de las condiciones que genera para que sucedan algunas cosas que no son adecuadas. Hay modelos distintos en el mundo. Hay algunos modelos que me generan dudas, por lo menos. En principio, no estoy de acuerdo con implementarlos, pero en muchos países, en particular anglosajones, pero también Israel, por ejemplo, hay universidades que tienen restricciones muy fuertes para habilitar reuniones a puertas cerradas entre docentes y estudiantes. ¿Es razonable eso? Yo creo que la mayor parte de los vínculos en la vida universitaria son sanos, entonces, hay que ser cuidadosos y por tomar medidas extremas no terminar limitando algunos de esos procesos que pueden ser muy sanos y muy fecundos para las personas. A la misma vez, hay que tomar medidas para asegurarse de que no haya espacio para que se den condiciones de acoso o discriminación en la Udelar.

Lo segundo tiene que ver con generar condiciones para que madres y padres estén en condiciones de estudiar y trabajar de forma adecuada. Otro buen ejemplo: no teníamos presupuesto para líneas sobre cuidados. Hicimos una reestructura de recursos internos de la Udelar y separamos escasos recursos, quince millones de pesos, para financiar dispositivos de cuidados, que hoy están funcionando, sobre todo cuando no funciona el resto de los dispositivos de cuidados de la sociedad uruguaya: la escuela pública y el sistema educativo. Es una apuesta institucional, hemos consolidado esos recursos de manera permanente y la idea es darles más desarrollo a estos dispositivos.

De vuelta, es algo que antes no lo veíamos como un problema de la Universidad, sino que cada uno tenía que hacerse cargo de disponer de los mecanismos de cuidados que le permitan estudiar o trabajar. Hoy es un problema que entendemos que, en términos de equidad, es clave para poder avanzar. Estamos analizando esos mecanismos con arreglos distintos, depende de los servicios, pero con asignaciones presupuestales que son permanentes. Eso lo pedimos en la Ley de Presupuesto Quinquenal, no recibimos financiamiento y, a pesar de eso, comenzamos a orientar recursos permanentes en esa dirección para tener algunos dispositivos iniciales.

¿Qué significa, en términos personales, haber sido rector de la Universidad de la República?

En primer lugar, una realización personal de haber tenido la posibilidad de que los colectivos universitarios me dieran este papel. Es, posiblemente, el espacio donde me he sentido más útil a lo largo de mi trayectoria profesional, quizás también incidido por lo que fue el episodio de covid-19, que nos obligó a intentar responder de la mejor manera posible, pero lo que siento es gratitud por haber podido estar al frente de la institución en estos años. Todavía me quedan dos años y nueve meses y mi intención es seguir intentando apostar a construir una agenda de mediano y largo plazo de la institución. Veremos, en el futuro, si tiene alguna incidencia en espacios de transformación institucional que recorre la Universidad.

¿Cómo acompañó sus responsabilidades académicas con su vida familiar? ¿Y durante el rectorado?

Es difícil. Probablemente sea el aspecto que más me preocupó cuando asumí como decano y ahora como rector, entre otras cosas, porque tengo tres hijas en edades muy distintas. Mi hija grande, que hoy tiene veinte años, está en la Facultad de Ciencias. Cuando entré como

decano en la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración era una niña que recién comenzaba la escuela y cuando le intenté explicar que iba a ser decano se calló la boca y, al día siguiente, me dice: «ya entendí, papá, vas a ser igual que la directora de mi escuela». Desde aquel momento hasta ahora he intentado mantener un diálogo con mis hijas sobre lo que hago y lo que dejo de hacer.

Una tiene siete años, otra tiene once y —como ya dije— la más grande, veinte, y me propongo preservar con ellas espacios de socialización y de encuentro entre padre, hija y familiares. Creo haber intentado cuidar esos espacios, no siempre se puede: emergen situaciones en las que uno tiene que reconfigurar rápido la agenda diaria y suspender actividades, entre otras cosas dejar de lado actividades familiares. También es cierto que estar ocupando un papel de estas características te da ciertos grados de flexibilidad que a veces no los tenés en un trabajo que te exige un horario más rígido, pero también es mucho más exigente desde el punto de vista de la dedicación horaria y quizás de la dedicación mental. De lo que más me preocupa es estar en casa con las niñas y estar pensando en otra cosa que está sucediendo en la Universidad.

Pese a todo eso, creo que ellas lo han vivido bien, me pasarán las cuentas a lo largo de la vida cuando corresponda. Yo estoy intentando ser lo más consciente posible de eso, que implica hacerse tiempo para estar con ellas. Sin dudas es el aspecto que más me ha preocupado. Hay otros aspectos a los que por supuesto uno renuncia cuando asume ciertas funciones, que tienen que ver también con decisiones personales: menos espacios para encuentros con amigos, para pensar en proyectos que sean externos a la vida universitaria. Pero el vínculo con familiares he intentado cuidarlo, veremos si finalmente mis hijas a lo largo de su vida pueden transmitir que lo vivieron así o no, pero es el espacio que he intentado cuidar con más detenimiento.

¿Cómo quisiera que su rectorado fuera recordado en la historia de la Universidad de la República?

Hay cosas que nos trascienden e irremediablemente vamos a ser recordados por eso, no en clave de rector, sino de este colectivo al que le tocó conducir a la Universidad en estos años, y la pandemia es una de ellas. Fue la conducción universitaria la que lidió con la pandemia e intentó poner la Udelar al servicio del país en ese marco. Tengo la tranquilidad de pensar que estuvimos a la altura de lo que el país necesitaba, en función de lo que teníamos disponible.

Eso no fue necesariamente así en todas las partes del mundo. Hay instituciones universitarias que tomaron la decisión de cerrar, hubo algunos planteos muy marginales en la Udelar de tomar una medida parecida. La decisión fue: no hay presencialidad, pero la universidad está abierta, mantiene todas sus actividades y, más aún, fomenta y obliga a todos sus integrantes a estar atentos a lo que podemos hacer, en particular por los estudiantes y por la sociedad. Hay un elemento que va a estar arriba de la mesa, inexorablemente y más allá de nuestro gusto personal.

Lo he dicho de esta manera: pensé que iba a jugar un partido de fútbol, abrí la puerta y estaba jugando un partido de básquetbol, porque nos cambiaron todas las reglas de juego. El 13 de marzo cambiaron las reglas de juego del funcionamiento institucional. Sin embargo —este es un segundo elemento que me gustaría que se transmita también a lo largo de la historia de la institución—, es una universidad que atravesó una pandemia, problemas presupuestales, problemas de asimetrías relevantes en el desarrollo de algunos aspectos y tensiones importantes internas y que fue capaz de plantearse nuevos objetivos.

Vamos a tener un nuevo centro universitario regional, en el suroeste, tendremos institutos de investigación que trasciendan los límites férreos de las facultades, estamos avanzando hacia un nuevo Hospital de Clínicas, ya que también conseguimos recursos que nos van a permitir comenzar a construirlo en 2024, algo tan deseado por generaciones de universitarios. Espero que sea también un período en el que comencemos, por lo menos, a cuestionarnos algunas estructuras internas —en algunos casos cambiar la Ley Orgánica, pero en otros no— que nos permita dotar a la Udelar de las herramientas para que su democracia interna siga siendo el eje sobre el cual se apoye el gobierno universitario. En un contexto en el que hay ciertas lógicas que avanzan en el desplazamiento de lo colectivo por mecanismos de gerenciamiento más individualizados, creo que es un valor que hay que preservar, pero preservar no implica conservar, implica entender que para lograr que la democracia universitaria siga funcionando la propia democracia universitaria tiene que transformar los marcos institucionales entre los que opera.

Siglas y acrónimos

AGC	Asamblea General del Claustro
ANEP	Administración Nacional de Educación Pública
Asceep	Asociación Social y Cultural de Estudiantes de Enseñanza Pública
AUGM	Asociación de Universidades Grupo Montevideo
CDC	Consejo Directivo Central
CECEA	Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas y de Administración
CEI	Centro de Estudiantes de Ingeniería
CEIA	Centro de Estudiantes de Ingeniería y Agrimensura
CENUR	Centro Universitario Regional
CIESU	Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay
CINVE	Centro de Investigaciones Económicas
CIU	Cámara de Industrias del Uruguay
CLAEH	Centro Latinoamericano de Economía Humana
CNT	Convención Nacional de Trabajadores
CSIC	Comisión Sectorial de Investigación Científica
Codarvi	Cooperativa de Artesanos del Vidrio
COSUR	Comité de la Solidaridad con Uruguay
CURE	Centro Universitario Regional del Este
FEUU	Federación de Estudiantes Universitarios
GACH	Grupo Asesor Científico Honorario
IAVA	Instituto Alfredo Vásquez Acevedo
IECON	Instituto de Economía
IMFIA	Instituto de Mecánica de los Fluidos e Ingeniería Ambiental
IUDEP	Instituto Uruguayo de Estudios Preparatorios
MEC	Ministerio de Educación y Cultura
OEA	Organización de Estados Americanos
Pedeciba	Programa de Desarrollo de las Ciencias Básicas

PIT-CNT	Plenario Intersindical de Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores
POMLP	Plan de Obras de Mediano y Largo Plazo
RDT	Régimen de Dedicación Total
UBA	Universidad de Buenos Aires
Udelar	Universidad de la República
UTU	Universidad del Trabajo del Uruguay

Contenido

Prólogo	9
Presentación	11
Rafael Guarga	14
Rodrigo Arocena	34
Roberto Markarian	65
Rodrigo Arim	94
Siglas y acrónimos	135



Esta publicación conmemorativa, impulsada desde Ediciones Universitarias y la Unidad de Comunicación de la Udelar, está organizada en tres tomos. En primer lugar, el Archivo General de la Universidad actualiza la historia de nuestra casa de estudios hasta finales del siglo XX. Luego, desde el testimonio de los cuatro últimos rectores, se revisan las principales políticas desarrolladas por la universidad en estas décadas. Para finalizar, en un trabajo conjunto de la Dirección General de Arquitectura de la Universidad de la República y del Instituto de Historia de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, se pone en valor el rico patrimonio edilicio de nuestra universidad y su impacto en el desarrollo territorial de nuestro país.
